

Abril 2005 4

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Homilía en la Misa de los Jóvenes por el Santo Padre Juan Pablo II 355
- Carta con motivo de la muerte del Papa Juan Pablo II 360
- Homilía en el funeral por S.S. Juan Pablo II 363
- Carta a los fieles de la Archidiócesis de Madrid con motivo del inicio solemne del Pontificado del Santo Padre, Benedicto XVI 369
- Homilía en la Celebración de la Eucaristía de Acción de Gracias por la Elección de Benedicto XVI y el Inicio Solemne de su Ministerio como Pastor de la Iglesia Universal 373

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 380
- Sagradas Órdenes 381
- Distinciones Pontificias 383
- Defunciones 384
- Actividades del Sr. Cardenal. Abril 2005 386

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Misa de difuntos por el Papa Juan Pablo II 387
- Misa de Acción de Gracias por el nuevo Pontífice Benedicto XVI 392

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 398

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 405
- Actividades del Sr. Obispo. Abril 2005 406

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Benedicto XVI. Obispo de Roma 409
- Homilía en el X Aniversario del Seminario de Getafe 411

CANCELLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 416
- Defunción 421

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Biografía de Su Santidad Juan Pablo II 424
- Viajes apostólicos del Santo Padre Juan Pablo II a España 427
- Mensaje Póstumo de Juan Pablo II 445
- Homilía del cardenal Ratzinger en el funeral por Juan Pablo II 447
- Testamento de Su Santidad Juan Pablo II 451
- Misa "Pro Eligendo Pontifice". Homilía del Cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio Cardenalicio 458
- Biografía de Su Santidad Benedicto XVI 464
- Bendición Urbi et Orbi 467
- Missa Pro Ecclesia. Primer Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI al final de la concelebración eucarística con los cardenales electores en la Capilla Sixtina 469
- Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en ocasión de la Celebración Eucarística para el Inicio del Ministerio Petriño 476

Conferencia Episcopal Española

- Carta al Cardenal Camarlengo 483
- Mensaje del Comité Ejecutivo tras la muerte de Juan Pablo II 485
- Mensaje de felicitación al Santo Padre 487
- Nota conjunta sobre la modificación jurídica del matrimonio 489
- Nota ante la discusión parlamentario de una ley injusta sobre el matrimonio 491

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIII - Núm. 2766 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**HOMILÍA EN LA MISA DE LOS JÓVENES POR EL
SANTO PADRE JUAN PABLO II**

Explanada de la Catedral de La Almudena,
4.IV.05, 21'00 horas

Madrid, 4 de Abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor,
Mis queridos jóvenes:

Los jóvenes, ¿ante la muerte de un santo?

Celebramos esta Eucaristía por nuestro queridísimo Santo Padre, Juan Pablo, recurriendo de este modo a la forma de oración más eficaz a los ojos de Dios y la más valiosa que podemos presentar los hombres. Ofrecer el sacrificio eucarístico por él es la muestra de recuerdo emocionado y de amor -¡de vuestro cariño!- más auténtica y mejor que podéis tributarle en estas horas tan cercanas aún a su muerte, cuando su cadáver acaba de ser trasladado a la Basílica de San Pedro para la veneración de los fieles. Le habéis llamado amigo ¡tantas veces!; le habéis dicho en privado y en público ¡clamorosamente! que le quiere todo el mundo; habéis usado la expresión “padre”, ¡Santo Padre!, con toda la naturalidad propia de vuestro

estilo juvenil, nada dado a fórmulas hipócritas cuando de lo que va es de amistad sincera y de afectos incuestionables, hondos y duraderos. ¿A quién mejor que a Jesucristo, del que Juan Pablo II fue Vicario en la tierra tantos años, de forma tan abnegada y transparente, y a éste Resucitado, podemos encomendar nuestras súplicas y deseos de que goce ya eternamente con Él de la Gloria de su Reino? Si es el mismo Señor que se pone a nuestro lado y el que por el ministerio del sacerdote va a ofrecer en esta celebración eucarística su oblación sacerdotal en la Cruz, su Carne y su Sangre, su vida entregada, para que la hagamos nuestra con toda la Iglesia: por la fe, por la esperanza y, sobre todo, por la caridad de nuestros corazones arrepentidos que ante el Señor en el Sacramento de la Penitencia han dicho no al pecado que nos mata el alma. ¡Vivamos así la Eucaristía de esta noche en la explanada de la Catedral de la Virgen de La Almudena ofreciendo por el Papa el sacrificio espiritual de un corazón limpio! Todo nos hace suponer que él participa ya gloriosamente en ese único y victorioso sacrificio que Jesucristo Crucificado, el Sacerdote eterno, presenta a la Gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, intercediendo eternamente por nosotros: los vivos y los difuntos. ¡Seamos sinceros! ¿no nos sale del alma afirmar que el nombre que le cuadra a Juan Pablo II a la vista de todo lo que hemos conocido, vivido y recibido de Él como nuestro Padre y Pastor es el de SANTO? Lo que podría haber de convencional en esa forma de llamarle en vida “Santo Padre” ¿no desaparece y se diluye totalmente en esta hora de su llamada a la Casa del Padre? ¿Ante las imágenes que se nos acumulan en la visión interior del alma no estamos legitimados para confesar con toda verdad que Juan Pablo II vivió y murió como un santo?

Aquel joven Karol Wojtyla que perdió muy pronto a su madre y a su único hermano; más tarde a su padre; que sufre en directo los dos períodos de mayor persecución de los cristianos que conoció el mundo -el nacionalsocialista y el comunista-; que dedica toda sus extraordinarias dotes intelectuales, humanas y espirituales, su innata y noble forma de mostrar afecto, de ser generoso... al amor indiviso del Señor que le llama en su joven madurez al sacerdocio, muy pronto al episcopado que ejerce en sus tiempos de Arzobispo de Cracovia con el estilo propio de los testigos indomables de la fe y del amor cristianos; y que, luego, como Sucesor de Pedro, se mostró dispuesto a amar a nuestro Señor “más que a éstos” hasta dar la vida por Él y por los hermanos, sufriendo en su propia carne el golpe mortal del terrorismo enemigo del Evangelio y gastando y desgastando toda su vida hasta el último aliento al servicio de Cristo, el Salvador del hombre, como instrumento de su amor salvador a los hombres de nuestro tiempo... ¿no nos obliga a mirarle en nues-

tra memoria agradecida y conmovida de hijos y amigos muy queridos como un santo? Vosotros, queridos jóvenes, fuisteis sus amigos, de los más preferidos; os contaba y le contabais entre los mejores amigos. ¿Verdad que os sale del alma reconocer públicamente: fue un santo?

La fidelidad de vuestra amistad: ¡a prueba!

La fidelidad de vuestra amistad la ponéis a prueba hoy y todos estos días en vuestra oración y en vuestras manifestaciones públicas de amor al Papa de vuestras vidas, al Papa de vuestra juventud. ¡Es preciso que deis un paso más! Que no olvidéis todo lo que os ha encarecido y encargado en los inolvidables encuentros vividos juntos, sobre todo en los de España y, muy en especial, en los de Madrid. Retornad con vuestros recuerdos al último, el de “Cuatro Vientos”, atardecer del tres de mayo del año 2003:

“Queridos jóvenes, os invito a formar parte de ‘la Escuela de la Virgen María’. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la acción de la contemplación, así contribuiréis a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas... decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos”

“Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Mantenéos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestras vidas que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo...”

“Queridos jóvenes, ¡id con confianza al encuentro de Jesús! y, como los nuevos santos ¡no tengáis miedo a hablar de Él! pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino...”

“Esta presencia fiel del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia están llamados. Es tarea de todos...; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: ‘Sígueme’ ... no la

acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida”

“¡Un joven de 83 años! Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre. ¡Merece la pena dar la vida por el Evangelio y por los hermanos!”

¡Queremos ser testigos de Jesucristo!

Queridos jóvenes de Madrid: ¿vamos a desilusionar ahora, precisamente ahora, al Papa? Respondedle con corazón comprometido y ferviente: ¡queremos ser testigos de Jesucristo! ¡Queremos ser los protagonistas de un mundo nuevo en una España y en un Madrid, nuevos! ¡Estamos firmemente decididos a llevar las aguas siempre y eternamente frescas del Evangelio a las raíces más profundas de las personas y de la sociedad! ¡Estamos dispuestos a empeñar nuestras vidas! El Papa confesaba gozoso a los jóvenes de Madrid reunidos por centenares de millares en el Estadio Bernabéu también en un atardecer, el del 3 de noviembre del año 1982, en su primer viaje apostólico a España como “Testigo de Esperanza” lo siguiente: “No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros”. Lo que les propuso en aquél momento jubiloso fue el programa de las Bienaventuranzas para vencer al mal con el bien, y les habló de Jesucristo y de su amistad como el único camino para conseguirlo: “Haced la experiencia de esta amistad con Jesús”.

Sí, ¡hacedla, queridos jóvenes de Madrid, vosotros, la juventud del Tercer Milenio, la juventud del Papa -como os gusta denominaros a vosotros mismos-, sin miedo, valientemente! ¡Entonces comprobaréis cómo se os llenará el corazón de la gracia del Resucitado, de la vida plena y feliz, que salta hasta la vida eterna! ¡Así no defraudaréis a vuestro gran amigo y padre, el Papa Juan Pablo II!

Se trata pues de decirle “sí” al Señor con nueva creatividad y perseverancia como María el día en que le fue anunciado por el Ángel que iba a concebir en su seno a la Palabra: que iba a ser la Madre de Jesús, el Hijo del Altísimo, la Madre de Dios. No lo dudó, se introdujo en el dinamismo sobrenatural de la propia obediencia de su Hijo Jesucristo, que cuando “entró en el mundo dijo: ‘Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: ‘Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad’ ... Y conforme a esa voluntad todos

quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre” (cfr. He 10.4-106).

Incorporarse al Sí de María

Este es nuestro gran reto, queridos jóvenes: ¡incorporarnos al sí de María para que se haga realidad en nosotros el sí de Jesucristo, siguiendo el ejemplo de los santos! “¡No tengáis miedo a ser santos!”, nos animaba Juan Pablo II en el Monte del Gozo compostelano en la mañana luminosa del 20 de agosto de 1989 en la Eucaristía de la inolvidable IV Jornada Mundial de la Juventud con una fuerza de convicción espiritual y con un tono vibrante que nos arrebatava.

¡Que vuestra fórmula de despedida al Papa en la tierra, al Papa que tanto habéis querido, sea la de la confianza íntima de corazón a corazón, comunicándole: ¡queremos perder el miedo a ser santos! ¡caminaremos por la senda que tú nos has marcado...! Y, por ello, con tus mismas palabras, las de tu oración a María en “Cuatro Vientos” al finalizar la vigilia de oración con nosotros, le rogamos hoy a Santa María Inmaculada, Virgen de La Almudena:

“¡Dios te salve, María, llena de gracia!
Esta noche te pido por los jóvenes de España,
jóvenes llenos de sueños y esperanzas.
Ellos son los centinelas del mañana,
el pueblo de las Bienaventuranzas;
son la esperanza viva de la Iglesia y del Papa.
Santa María, madre de los jóvenes,
intercede para que sean testigos de Cristo Resucitado
apóstoles humildes y valientes del tercer milenio,
heraldos generosos del Evangelio.
Santa María, Virgen Inmaculada,
reza con nosotros,
reza por nosotros.”

¡María! lleva a quien ha sido “todo tuyo”, a Juan Pablo II, el Vicario de tu Hijo en los años de nuestra juventud, cerca de Él para que lo introduzca como al servidor bueno y fiel en la Asamblea de los Ángeles y de los Santos por toda la eternidad.

Amén.

CARTA CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO II

Madrid, 2 de abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El Papa ha muerto, ha llegado ya al umbral de la Casa del Padre para el definitivo encuentro con Jesucristo Resucitado. Así lo esperamos firmemente y así lo pedimos fervientemente al Señor a quien ha servido como su Vicario y como buen Pastor de su Iglesia con entrega y amor admirables durante más de un cuarto de siglo. Se lo confirmamos a María, Madre del Señor y Madre nuestra, la Reina del Cielo, a la que Juan Pablo II dedicó su vida y consagró su ministerio con ternura filial, declarándose “todo tuyo” -“Totus tuus”-.

Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado ya con Él. Sí, es lícito afirmar a la luz de la biografía del Santo Padre, sobre todo desde el momento de su elección como Sucesor de Pedro hasta estos últimos días de su cruel enfermedad, que no vivió para sí mismo, que vivió siempre para el Señor y que muere para Él: ¡verdaderamente en la vida y en la muerte ha sido y es del Señor! (cfr. Rom 14 7-9). Más aún, todo lo que nuestro recuerdo vivo -¡el recuerdo de los hijos!- nos trae a la memoria de su Pontificado, heroico y martirial como los de la primera hora del Papado, nos obliga a sostener que el Papa de este tiempo

nuestro, el del paso del segundo milenio al tercer milenio de la era cristiana, no vaciló nunca en mantener viva la respuesta afirmativa a Jesús, ya Resucitado, que le preguntó el día de su elección igual que a Pedro a la orilla del lago de Genesaret: “¿me amas más que a éstos?” Efectivamente lo que sabemos de la vida y ministerio de Juan Pablo II, todo nuestra experiencia de hijos de la Iglesia vivida con él, el Vicario de Cristo para los años más decisivos de nuestra vida, es revelación conmovedora de un Sí de amor a Jesucristo nunca desmentido, afirmado y renovado desde lo más hondo del alma, siempre más y más. En ese amor a Cristo profesado y confesado con una intensidad interior y con una valentía exterior excepcionales se encuentra la clava de su Pontificado, o lo que es lo mismo, la clave para entender su modo y forma de cumplir con el mandato del Señor “¡apacienta mis ovejas!”: sumamente cercana, cálidamente próxima ¡tan humana y tan sobrenatural a la vez!

Juan Pablo se propuso desde el primer día de su ministerio pastoral que los hombres del mundo contemporáneo, por tantas razones atormentados, amedrentados y dolidos, no tuviesen miedo: ¡que le abriesen las puertas a Cristo! ¡de par en par! las de su corazón, las de sus familias, las de su pueblo, las de toda la humanidad. Así se explica ese Papa amigo del hombre, de los hombres concretos de nuestro tiempo, de los más pobres y afligidos en el alma y en el cuerpo; ese Papa amigo de la verdadera paz que la opinión pública mundial destaca y reconoce en esta hora decisiva de su encuentro con el Señor Resucitado, Jesús Misericordioso, Juez de vivos y muertos. Así se explica también que su presencia en todos los lugares de la tierra y su palabra ardiente de testigo insobornable de Jesucristo - ¡hasta el martirio!- y de maestro luminoso de la fe encendiese con tanto fulgor la esperanza en la Iglesia y en el mundo y que sus casi tres décadas de ministerio apostólico significasen una proclamación constante del Evangelio de tal modo, que resonase en todos los rincones de la tierra como un canto firme de la esperanza en la victoria del Señor Resucitado: de su misericordia, de su gracia y de su gloria en el tiempo y en la eternidad. Una victoria operante ya en su Iglesia por la efusión del Espíritu Santo y por el testimonio de sus santos y de sus mártires, visibles en toda la geografía del planeta; victoria que hemos podido experimentar y podemos constatar también de la mano del Papa en la Iglesia que se ha adentrado ya en una nueva época de la historia: la del Tercer Milenio Cristiano.

Nuestras plegarias, las de toda la Archidiócesis de Madrid, se funden con las de la Iglesia extendida por todo el Universo para que la esperanza de la Gloria se haya convertido en realidad poseída por nuestro muy querido Juan Pablo II: ¡qué

el Señor Jesús, el Resucitado, haya acogido a su siervo fiel y solícito por toda la eternidad en la Asamblea de los Ángeles y los Santos!

¡Sabemos que Jesucristo, el Señor y Esposo de la Iglesia, no la abandona nunca! Nuestro corazón sabe también con la certeza, nacida del don de la sabiduría, que a nuestro lado vela María, su Madre y Madre nuestra, para que no le falte nunca a la Iglesia el servicio fiel del Vicario de su Hijo, dispuesto igualmente que Pedro a “amarle más que a éstos” y “apacentar sus ovejas” hasta dar la vida por Él y por ellas.

Con todo afecto y mi bendición,

HOMILÍA EN EL FUNERAL POR S.S. JUAN PABLO II

“Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”
(Jn 21,17)

Explanada de la Catedral de La Almudena, 11.IV.05

Majestades

Altezas

Excelentísimos Señores y Señoras

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

La Iglesia de Cristo ha vivido intensas horas de conmoción espiritual con motivo de la muerte de nuestro amadísimo Papa Juan Pablo II. Todos somos conscientes de que la página del Evangelio que hemos proclamado se ha actualizado en la vida y en la muerte del sucesor de Pedro a quien recibimos el 18 de Octubre de 1978 como regalo de la Providencia y que nos ha conducido hasta esta hora trascendental del paso de un milenio a otro. La biografía espiritual del Papa Juan Pablo II se ha escrito sobre la pauta de la vocación de Pedro a orillas del mar de Galilea, símbolo de ese otro mar inmenso, que es el mundo, donde el Papa ha introducido la barca de la Iglesia en el tercer milenio con toda la confianza puesta en el Señor de la Historia: “Duc in altum”, nos ha dicho con las mismas palabras de Cristo.

Este buen Pastor, en el que hemos contemplado con luminosa transparencia los rasgos del mismo Cristo, ha cruzado ya el mar de este mundo para llegar a la orilla de la eternidad adonde el Resucitado le ha llamado con el último “sígueme”. “Deseo seguirle -ha dejado escrito en su testamento pensando en su muerte- y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento”. ¡Qué glorioso habrá sido el encuentro con su Señor de este humilde y valiente servidor del Evangelio que ha gustado hasta el fin de su vida el cáliz de los padecimientos de Cristo! ¡Qué grande la gloria de este Papa a quien la Iglesia entera le debe haber sido confirmada en la fe cristiana con la frescura del primer anuncio del Evangelio! Hoy, nuestra Iglesia de Madrid, a la que se unen otros obispos de España, con la cooperación de la Conferencia Episcopal Española, y en la que participan Sus Majestades los Reyes de España, el Sr. Presidente de Gobierno y los representantes de las más altas instancias del Estado, de la Comunidad Autónoma y del Ayuntamiento de Madrid, ofrece el sacrificio de Cristo por el Santo Padre para que participe ya eternamente de la gloria del Resucitado, y expresa el más profundo agradecimiento por su ministerio de Pastor universal y por el afecto paternal que mostró siempre al pueblo de España.

1. “¿Me amas más que éstos?”

Al ser elegido para el supremo pontificado, el cardenal arzobispo de Cracovia escuchó de labios de Cristo la pregunta sobre el amor, antes de recibir en plenitud el “*officium amoris*” (San Agustín): “¿Me amas más que éstos?”. Preparado a lo largo de su vida para escuchar y responder a esta pregunta, Juan Pablo II respondió, en la obediencia de la fe y confiado en Jesucristo Salvador y en su Madre Santísima, con toda generosidad: “Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”. Al término de su pontificado toda la Iglesia, y los hombres de buena voluntad, hemos sido testigos de que el Papa ha amado a Cristo sin reservas hasta identificarse totalmente con Él. Ése, y no otro, ha sido el secreto de su fecundo pontificado. Su historia ha sido la de “un amor” apasionado a Cristo, a quien ha seguido sin reservas, con una disponibilidad y obediencia heroicas en la entrega diaria y crucificada de su vida hasta los últimos momentos de su crudelísima enfermedad. El Papa se ha dejado ceñir por Cristo que le ha llevado a la cumbre del abandono total de sí mismo, a la cruz, de donde no se ha querido bajar para revelarnos así el amor de Cristo por su pueblo “hasta el fin, hasta la consumación” (Cf. Jn 13). Cuando hoy la Iglesia, y los jóvenes de modo especial, le aclaman como a un santo, es porque han visto en su entrega a la Iglesia y a la humanidad el amor del Buen Pastor que, como Cristo, ha dado la vida por su rebaño, según el mandato de Cristo: “Apacienta mis ovejas”.

Juan Pablo II ha apacentado el rebaño del Señor de una forma directa e inmediata, visitando a las Iglesias y comunidades cristianas, por pequeñas que fueran, para conocer su realidad concreta. Dándose así, ha hecho que el mundo en general comprenda y valore el verdadero sentido del ministerio de Pedro que, por voluntad de Cristo, ha sido instituido para que la Iglesia aparezca como la casa de la salvación. Por ello, son muchos los que, sin pertenecer a la Iglesia de Cristo, se han sentido pastoreados y apacentados por este Vicario del Señor en la tierra cuya ansia evangelizadora ha marcado su pontificado. Es esta entrega a su ministerio lo que ha renovado dentro de la misma Iglesia la gozosa certeza de que Cristo vive en Pedro, y de que Pedro hace visible, cercano y tangible al mismo Cristo. ¡Gracias, Santo Padre, por habernos mostrado a Cristo, Supremo Pastor!

2. El “solemne testimonio” de la fe

En su largo ministerio como Pastor universal, Juan Pablo II no ha dejado de dar solemne testimonio del señorío de Cristo, que ahuyenta de la conciencia de los cristianos toda sombra de miedo. El Papa nos ha enseñado a confesar con gozo nuestra fe, y ha recuperado para la Iglesia entera la convicción de que la fe es nuestra victoria. Como sucesor de Pedro ha sido el testigo cualificado de la fe en Cristo muerto y Resucitado en quien obtenemos el perdón de los pecados, como dice la segunda lectura. Este solemne testimonio le ha llevado, como pastor infatigable, a todas las partes del mundo para confirmar en la fe a sus hermanos y para anunciar a todos los hombres que Cristo ama a los hombres sin acepción de personas, es el único Salvador del mundo, Aquél que nos ofrece el sentido último de la vida y de la muerte. Juan Pablo II no se ha predicado a sí mismo, sino a Cristo, y a éste crucificado. Y lo ha hecho con la palabra de la verdad y con el testimonio de su propia vida, conformada según la imagen del Buen Pastor. Ha cumplido este ministerio de modo tan ejemplar que, ya desde el inicio de su pontificado, víctima de un terrible atentado terrorista, fue marcado martirialmente con la cruz de Cristo, la cruz que ha sido su apoyo, su fuerza y su consuelo.

Hasta el último momento de su vida Juan Pablo II ha querido dar solemne testimonio de la fe en Cristo muerto y resucitado invitando a la Iglesia a vivir con la mirada puesta en la patria definitiva del cielo, de donde aguardamos un Salvador. Al final de su vida, la imagen de su naturaleza desgastada dejaba traslucir sin embargo la energía y el poder de la Resurrección con que Cristo se someterá a Sí todo lo creado. “El transformará, dice san Pablo, nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso”. Esta certeza del poder de Cristo,

de su Cruz gloriosa y de su Resurrección, ha animado la vida entera del Santo Padre hasta llegar al momento mismo de su muerte en el que, abandonado a la Divina Misericordia, ha consumado su carrera con las palabras de Cristo en la cruz, con que acaba su testamento: “In Manus tuas, Domine, commendo spiritum meum”. El solemne testimonio de la fe ha sido rubricado con la entrega de su vida al Señor, consumando así el amor confesado a Jesucristo: “Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero”.

3. El amor a España

España, de modo especial, ha sido testigo de este amor del Buen Pastor. No nos ha faltado su cuidado. Con toda verdad hemos podido decir en los años de Juan Pablo II: “El Señor es mi pastor, nada me falta... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”. En los cinco viajes pastorales a nuestra patria, siempre luminosos, ha encendido, reavivado y fortalecido nuestra esperanza, ayudándonos, con su magisterio y el testimonio de su vida, a vivir nuestra fe sin miedos ni complejos como respuesta a los problemas de la sociedad. En su última visita, en Mayo de 2003, de imborrable recuerdo por el esfuerzo personal que hubo de hacer dadas sus condiciones de salud, en una despedida con sabor de último testamento, nos urgía a vivir nuestra identidad. Merece la pena recordar el párrafo entero de su Homilía en la Plaza de Colón en la que se refería a ello, con el trasfondo de los cinco Santos españoles contemporáneos que acababa de canonizar: “Surgirán nuevos frutos de santidad - en España- si la familia sabe permanecer unida, como auténtico santuario del amor y de la vida. ‘La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español’, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Discurso en Santiago, 9.11.1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. ¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia.” (4 de Mayo de 2003).

El Papa nos ha invitado a ser testigos de Jesucristo, luchando contra la fascinación de las ideologías materialistas que atacan directamente a la dignidad de la persona. El Papa que se forjó en la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo, que padeció en su propia carne los terribles años del Nacionalsocialismo y el Comunismo, en su patria y en toda la Europa arrasada por la Guerra, el que conoció en directo la inconcebible tragedia de la “Shoah”, ha sido entre nosotros un

testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios. Este Papa, místico adorador de Dios y maestro de profunda oración, ha sido al mismo tiempo el abanderado del hombre, en su condición histórica, concreta, que es para la Iglesia el camino por el que debe llevar adelante su misión, como dijera en su encíclica programática del Pontificado. Por eso hoy le lloran los hombres agradecidos que han encontrado en él una voz de indiscutible autoridad moral, siempre valiente, que ha sabido fundamentar los derechos inalienables de la persona en su nivel más radical: el de la trascendencia de Dios; y que ha propagado sin desfallecer la cultura de la vida, basada en el respeto incondicional al plan de Dios sobre el matrimonio y la familia y en el amor solidario a los más débiles y pobres de nuestra sociedad. Por eso le lloran y le aclaman los jóvenes, a quienes ha invitado siempre a la santidad y a una vida de virtudes, en la escuela de María, para ser los constructores de una nueva civilización del amor, la única que puede seducir y comprometer a las nuevas generaciones. Es en la escuela de María donde los jóvenes podrán conocer, contemplar y tratar a Jesucristo en la experiencia de la vida interior. Así responderán generosamente a la vocación de Dios, en el sacerdocio, en la vida consagrada, en el matrimonio y la familia y en el compromiso del seglar cristiano en las tareas de la nueva evangelización. ¡Queridos jóvenes, no olvidéis este legado del Papa! ¡Acogedlo como su último testamento en nuestra patria! ¡Responded con fidelidad a quien tanto os ha amado!

Su ¡adiós! a nosotros y a vosotros, se expresó con un: “¡Hasta siempre España! ¡Hasta siempre, tierra de María!”.

4. “Totus tuus”

En su testamento espiritual Juan Pablo II pone su vida entera en manos de la Virgen, a quien se consagró totalmente con su lema *Totus tuus*. Como hizo Cristo en la cruz, también él ha querido, al salir de este mundo, dejarnos en manos de María: “En estas mismas manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humanidad”. También nosotros queremos colocar en manos de María a nuestro amado Juan Pablo II. Lo hacemos en esta Catedral dedicada por él, cuyo recuerdo permanecerá imborrable como signo de su pastoreo universal y de su afán evangelizador. A Ella, Madre de Cristo y de la Iglesia, encomendamos a su hijo el Papa Juan Pablo II y le rogamos con todo el afecto de nuestro corazón:

“Madre, Virgen de La Almudena, acoge a quien te consagró toda su vida y su ministerio con amor filial lleno de ternura; preséntalo a tu Hijo, a quien amó y sirvió con la entrega total de su vida hasta el último aliento; colócalo junto a Él para que, en la compañía de todos los santos, goce para siempre de la luz que iluminó su vida en la tierra y cante eternamente las misericordias del Señor. Y a nosotros danos la alegría de vivir siempre en la fe que él conservó, transmitió y vivió como el Pastor bueno que tu Hijo quiso concedernos en esta hora magnífica de la Iglesia”.

Amén.

CARTA A LOS FIELES DE LA
ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
CON MOTIVO DEL INICIO SOLEMNE DEL
PONTIFICADO DEL SANTO PADRE,
BENEDICTO XVI

Madrid, 22 de abril de 2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El Domingo, nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, iniciará solemnemente su ministerio como Romano Pontífice y Pastor de la Iglesia Universal. Elegido por el Colegio de los Cardenales electores siguiendo las normas canónicas vigentes el pasado martes día 19 de abril, y después de haber aceptado su elección, el nuevo Papa recibía directamente del Señor la misión, el mandato y la autoridad de ser “Pedro” para su Iglesia: “el pueblo y ovejas de su rebaño”. “Tu es Christus” - “Tú eres Cristo” - había confesado el elegido por sus hermanos los Obispos miembros del Colegio Cardenalicio, dirigiéndose a Jesucristo, el Cabeza y Pastor invisible del nuevo Pueblo de Dios. “Tu es Petrus” - “Tú eres Pedro” - le había replicado el Señor, añadiendo “y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (cfr. Mt 16, 13-20).

La proclamación de este pasaje del Evangelio de San Mateo después de las palabras de aceptación revelaba con claridad meridiana a todos los presentes, a toda la comunidad de los fieles católicos y a todo el mundo quién era el protagonista principal de lo que estaba ocurriendo, con qué fuerza y legitimación se estaba actuando y quién inspiraba el acontecimiento y lo asistía. ¡No había duda! El Señor Jesús, el Resucitado, en este preciso momento histórico de la humanidad que ha iniciado la andadura del Tercer Milenio, seguía de manera efectiva eligiendo y constituyendo a “Pedro” como el principio y fundamento visible de la unidad de fe y de comunión para su pueblo. ¡Su Espíritu, el Espíritu Santo, se había hecho presente y operante en la actualización de ese diálogo de fe y de amor entre el Señor y el nuevo Sucesor de Pedro!

En el marco incomparable de la Capilla Sixtina, delante de Cristo que va a juzgar a vivos y muertos, tan genialmente representado en el fresco de Miguel Ángel, la acción litúrgica, en la que se desarrollaba el acto, subrayaba la hondura espiritual de lo que se contemplaba y de lo que se vivía. El Señor le preguntaba al nuevo Sucesor de Pedro si le amaba “más que éstos” y escuchaba del elegido como respuesta un sí tembloroso, sencillo y humilde que se confiaba totalmente a su amor misericordioso y al cuidado maternal de su Madre, la Santísima Virgen María. ¡No había miedo! Estaba dispuesto a apacentar sus ovejas (cfr. Jn 21, 15-19). La Iglesia recibía así del mismo Cristo, su Cabeza y Esposo, un nuevo Pastor supremo: la Iglesia Universal y las Iglesias Particulares en las que está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica” (ChD 11). ¿Cómo no dar gracias fervientes al Señor por el don que nos ha hecho del nuevo Papa? ¿Y cómo no vivir estos momentos tan trascendentales en la historia de la Iglesia contemporánea en un clima de plegaria incesante y unánime por el nuevo Romano Pontífice que “como sucesor de Pedro -según hermosas palabras del Concilio Vaticano II- es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los Obispos como de la muchedumbre de los fieles?” (Lg 23).

El acontecimiento de la elección del nuevo Papa, Benedicto XVI, ha estado rodeada -como lo estará también la misa del inicio solemne de su ministerio de Pastor Universal- de un interés informativo espectacular y de una expectación social que no conoce fronteras. El mundo, entendido en el sentido más descriptivo de la expresión -las naciones y pueblos de la tierra, sus gentes y sus gobernantes-, han seguido paso a paso lo que sucedió en Roma ya en los días del fallecimiento y de las exequias de nuestro amadísimo Juan Pablo II y ahora con la elección de Benedicto

XVI, y manifestando una actitud de respeto y -¿por qué no querer verlo?- de esperanza para el bien de la humanidad que nos admira y conmueve. Las voces críticas y discordantes no han logrado empañar ni perturbar este ambiente de reconocimiento agradecido y de deseo de buenos augurios para un nuevo futuro de concordia y de paz en todos los puntos de la tierra y en todas aquellas situaciones típicas del hombre contemporáneo, marcadas por el desánimo, el sufrimiento y el ansia de ser curados y salvados. Los creyentes, los hijos de la Iglesia, debemos alegrarnos por ello y compartir esta necesidad de obtener razones para la esperanza que siente tanta gente y que demandan, sobre todo, las generaciones más jóvenes de la sociedad contemporánea. Pero debemos ir más allá: es preciso profundizar en el significado cristológico y espiritual del Ministerio de “Pedro” para la Iglesia y la evangelización del mundo, apropiarlo con una renovada profesión de fe según la doctrina del Concilio Vaticano II sin reservas y recortes intelectuales y pastorales raquíticos, y unirnos, especialmente en la celebración de este Domingo, a la oración de toda la Iglesia por nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, y por la fecundidad evangélica de su ministerio para el bien de la Iglesia y de todos los hombres, sobre todo de los más necesitados de la gracia misericordiosa del Señor y del amor fraterno de los cristianos en el cuerpo y en el alma.

La muestra quizá más auténtica de la acogida fiel y generosa de lo que el Señor nos pide en este momento inicial del Pontificado de Benedicto XVI es responder positivamente con una actitud de obediente comunión a lo que él nos ha propuesto ya como líneas de futuro de su ministerio al servicio de una renovada vida cristiana y de la acción pastoral y apostólica de la Iglesia ante esta nueva etapa de su historia que comienza solemnemente el próximo Domingo, a saber: el anteponer a Cristo a todas las cosas; vivir toda la riqueza espiritual del Sacramento de la Eucaristía en este año dedicado a su mejor conocimiento, a su mayor veneración y a su más auténtica y vigorosa experiencia en el interior de la vida cristiana de cada persona y de toda la comunidad eclesial, con el reconocimiento renovado de la presencia real del Señor en este Santísimo Sacramento, con la importancia decisiva de la celebración diaria de la Santa Misa para la vida del sacerdote y de la comunidad cristiana y, muy significativamente, como la fuente del amor verdadero que mueve y sostiene la ofrenda de todo lo que poseemos y somos en favor del amor a los más pobres y a los más débiles dentro y fuera de la comunidad eclesial; y, finalmente, ofrecer la luz de Cristo y no la propia en la acción evangelizadora, especialmente en el diálogo con los jóvenes, abierto por Juan Pablo II con contenidos y estilos originales y profundamente evangélicos que tanto les han fascinado, y que el nuevo Papa se propone continuar: Luz de Cristo que quiere llevar también al cora-

zón de un nuevo empeño ecuménico por la unidad de la Iglesia y al centro mismo del diálogo interreligioso e intercultural.

¡Sigamos al Papa Benedicto XVI por este camino de esa “Iglesia más valiente, más libre y más joven” que nos legó Juan Pablo II y que él nos propone hacer avanzar con nuevas perspectivas y esperanzas! No abrigo la menor duda de que nuestra queridísima Archidiócesis de Madrid, que celebra en la víspera de la inauguración solemne del “ministerio petrino” del nuevo Obispo de Roma la última sesión plenaria de la Asamblea de su III Sínodo Diocesano, mirando con ilusión creyente y apostólicamente comprometida el objetivo de la transmisión de la fe a todos los madrileños, le seguirá sin vacilación. Pidamos insistentemente al Señor por nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, Papa de la reconciliación y de la paz, de la revitalización cristiana de las raíces de Europa, el que va a anteponer a Cristo a todas las cosas en el servicio humilde en la viña del Señor y en la cercanía al hombre más doliente de nuestro tiempo, y encomendémoslo amorosamente a la Virgen María, Madre de la Iglesia, nuestra Madre y Señora de La Almudena.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

HOMILÍA EN LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA
DE ACCIÓN DE GRACIAS POR
LA ELECCIÓN DE BENEDICTO XVI Y EL
INICIO SOLEMNE DE SU MINISTERIO
COMO PASTOR DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Explanada de la Catedral de La Almudena, 30.IV.2005

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Una misma escena evangélica

Una misma escena evangélica ha ambientado las exequias de nuestro amadísimo Juan Pablo II en esta misma explanada de la Catedral de La Almudena hace poco menos de dos semanas -intensas de emociones y fervientes de plegarias- y, hoy, la celebración de la Eucaristía de Acción de Gracias por la elección de nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, y el inicio de su Pontificado como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal: es la escena del diálogo entre Jesús Resucitado y Pedro a orillas del Lago de Genesaret. “¿Simón, hijo de Juan me amas más que éstos?... Tu sabes que te amo... apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas”. Tres veces se repite la pregunta. A la tercera: “Pedro se entristeció”... Si Jesús lo sabía todo... sabía que lo amaba... ¿Por qué tanta insistencia? Por lo que iba a venir: para anunciarle como iba a morir y pedirle el seguimiento hasta el martirio.

Muchos son los aspectos que recordamos de la vida y ministerio de Juan Pablo II que han suscitado nuestra veneración, nuestro cariño y nuestra gratitud imperecedera. No, no es fácil encontrar en la historia reciente y en el pasado de la humanidad una personalidad tan rica de facetas humanas como la de Juan Pablo II. Fue un Papa que se hacía querer. Pero hay una que constituye la clave de explicación de todas las demás y la que, en el fondo de nuestros sentimientos y querer, resulta la verdaderamente decisiva: su amor a Cristo hasta el extremo de estar dispuesto a ser el Pastor de sus hermanos y, si fuese preciso, a dar la vida por ellos como el Maestro; en una palabra, decidido a ser su Vicario para la Iglesia y para el mundo.

También, en esta luminosa mañana madrileña, al celebrar el gozo -¡el “*gaudium magnum*”!- de la elección de Benedicto XVI y del comienzo solemne de su “ministerio petrino”, vivas en nosotros las jubilosas celebraciones de la Plaza de San Pedro de los días 19 y 24, lo que nos mueve y conmueve el corazón es el sí de nuestro Papa a Jesús, el Señor Resucitado, formulado igual que el de Pedro después de que se les hubiese aparecido y hubiera comido con ellos. De nuevo, en medio de la Iglesia, entre los discípulos del Señor, los de este tiempo, los de nuestro tiempo, más concretamente de entre los actuales sucesores de los Apóstoles, uno se ha adelantado para decirle: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” y, sobre todo, para renovarle sin condiciones su amor, un amor superior al de los otros, manteniendo vigilante y ardiente el amor del pescador de Galilea, de Pedro, en el cuidado tierno y abnegado de “sus ovejas”. En el cara a cara con Jesucristo, nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, no ha dudado: “Me dispongo a emprender este peculiar ministerio, el “ministerio petrino” al servicio de la Iglesia universal, con humilde abandono en las manos de la providencia de Dios. Y es en primer lugar a Cristo, a quien renuevo mi total y confiada adhesión: *¡In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum!*”.

¡La Iglesia tiene necesidad de “Pedro”!

“Pedro” no es “un lujo” para la Iglesia o una especie de anacronismo del que se puede prescindir en “la modernidad”. Antes al contrario. Las promesas del Señor al respecto son inconfundibles e indefectibles: “Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella...” (Mt 16,18,19). “Pedro” es pues una necesidad vital y constitutiva para la Iglesia. ¡Nunca le ha faltado, nunca le faltará! Necesidad que hoy sentimos con una peculiar sensibilidad, nacida de la doctrina y de la vivencia del Concilio Vaticano II, por una

parte, y de la experiencia de su aplicación y realización pastoral en estos cuarenta años de postconcilio, por otra. Sin el ministerio petrino no es posible la unidad de la fe de pastores y fieles, su comunión y la eficacia universal de la evangelización. ¿Cómo superar la sinuosa tentación que nos acecha en el momento actual de la vida de la Iglesia, de proyectar nuestra luz y no la de Cristo al anunciar y enseñar la doctrina de la fe, si prescindimos del testimonio y del magisterio de Pedro, su Vicario para la Iglesia Universal? ¡Cuánto han agradecido, especialmente los más sencillos y mansos de corazón -¡los jóvenes!-, el Magisterio de nuestro queridísimo Juan Pablo II, en estos tiempos de intemperie espiritual! Estoy absolutamente seguro que lo mismo ocurrirá con las palabras y las enseñanzas, siempre luminosas, de Benedicto XVI. Ha llegado la hora en la que la voz de los Obispos y de sus sacerdotes resuene unánime en la predicación del Evangelio de Jesucristo, el único Salvador del hombre. En una sociedad como la nuestra, inerme muchas veces ante el poder del pecado y de la muerte, es improrrogable que todos los fieles cristianos nos unamos estrechamente en comunión de fe, de palabra y de testimonio de vida en torno al Papa, si queremos que Cristo -y Éste Crucificado y Glorificado- y el misterio de su amor misericordioso sean conocidos y amados.

Y necesitamos también al Papa para que el Colegio Episcopal, el Obispo con sus presbíteros, los seminaristas, los consagrados, los fieles laicos -¡todos!- vivan unidos el tesoro de gracia y santidad que encierra el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: el significado verdadero del sacrificio y de la mesa eucarística, la presencia real del Señor en las especies eucarísticas y el sentido transformador de la comunión eucarística. Y lo hagan con honda piedad y veneración, con el alma convertida, buscando allí la fuente de una vida santa, del amor creciente que se entrega a los hermanos, más pobres y pequeños, y a los más necesitados en el alma y el cuerpo. ¡La unidad eucarística de la Iglesia en la profesión y testimonio de la fe, en la esperanza y en la comunión de la caridad es imprescindible para que el mundo crea y sea evangelizado!

También “el mundo” necesita a “Pedro”

Porque también el mundo y el hombre necesitan hoy a “Pedro” -¡al Papa!- como pocas veces en épocas pasadas de la historia de la humanidad. Un mundo que también “se globaliza” a pasos agigantados en torno a la destrucción de la dignidad del hombre, del matrimonio y de la familia, ofuscado por falaces promesas de supuestos logros de libertad y de vida que, en realidad, conducen inexorablemente a una cultura de la muerte, precisa de una instancia moral y espiritual

personalizada, de alguien que con la fuerza de Cristo sea por vocación y misión defensor de la persona humana y de su dignidad, promotor de paz y de reconciliación, servidor de los más humildes: de los padres y madres de familia numerosa, de los niños y de los jóvenes, de los pueblos más empobrecidos de la tierra...; necesita de una persona que libre e insobornablemente, imitando al Buen Pastor y encarnando actualizadamente la función pastoral de “Pedro”, cargue sobre sus hombros con el peso de la humanidad herida: con las ovejas perdidas de la actual familia humana. ¡Son tantos los extraviados de nuestra época y tantas las malezas y desiertos en los que se han perdido! El propio Benedicto XVI lo concretaba admirablemente en la Homilía de la Eucaristía del pasado domingo en la Plaza de San Pedro:

“La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores”.

La humanidad de la actual hora de la globalización -¡también en España!- reclama impacientemente que alguien le recuerde con fortaleza inquebrantable que “no es el poder el que redime, sino el amor”. Ese alguien es “Pedro”, y “Pedro” es hoy Benedicto XVI.

El Señor nos ha regalado de nuevo a “Pedro” en la persona de Benedicto XVI

Las promesas del Señor se han cumplido una vez más.

Contamos con un nuevo Sucesor de Pedro que nos guíe en la verdad de Cristo, que nos una en la comunión de su esperanza y caridad y que defienda y sostenga al hombre hermano en el camino de la cruz salvadora. Y por ello, porque el Señor nos ha dado a Benedicto XVI, nos sentimos llenos de gozosa gratitud y le ofrecemos al Padre junto con el sacrificio del Hijo, Jesucristo, animados y sostenidos por el Espíritu Santo, de la mano de María, en compañía de todos los Santos, lo mejor de nuestros sentimientos y nuestras vidas: la plegaria incesante por su persona e intenciones.

Uno de los instantes de más emoción, vividos en estos primeros días del Pontificado de Benedicto XVI, es aquél en el que el Papa confiesa que no se siente, ni está solo, después de aludir al canto de las letanías de los santos que nos habían acompañado en las exequias de nuestro llorado Juan Pablo II, con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave y al comienzo de su primera Eucaristía solemne: “de este modo -afirma-, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy sólo. No tengo que llevar yo sólo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo sólo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza”.

Yo quiero decirle al Papa solemnemente, en nombre vuestro y en el de todos los católicos de Madrid, con los que estoy seguro sintonizan todos los de España, que no está solo y que no le dejaremos sólo. Invocaremos fervientemente a los Mártires y Santos de España -los del primer milenio- y los del segundo milenio para que le auxilien en el empinado camino de su ministerio y no cejaremos en nuestra oración a la Virgen Santísima, la Inmaculada Concepción, bajo las innumerables y entrañables advocaciones que le han dedicado los españoles de todos los tiempos: ¡que sea Ella la que le guarde junto a su Hijo! ¡que le conceda “vitam et salutem perpetuam” -“vida y salud perpetua”-!

El Papa necesita nuestra oración

¡El Papa nos necesita! Necesita, sobre todo, nuestra oración, no sólo la de los santos del cielo, sino también la de la comunidad de los santos de la tierra: ¡de la Iglesia viva! La Iglesia manifiesta su vitalidad en la tierra de forma eminente cuando, unida al coro de los ángeles y de los santos en el cielo, contempla a su Señor glorificado, lo alaba, exulta de gozo y de acción de gracias con Él, suplica al Padre con plegaria ardiente que venga “su Reino” y se muestra dispuesta a seguir fielmente a su Pastor visible y universal, el Vicario de Jesucristo, por las sendas del Evangelio y de la santidad.

Leyendo estos días en el libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús, me he encontrado con aquel pasaje en el que ella recomienda vivamente la comunión de oraciones, el ejercicio de la amistad de los que oran: “Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones. ¡Cuánto más que hay muchas más ganancias! Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean

muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), no se ha de permitir que quien comencare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración”. A la Santa le preocupaba, antes que nada, la suerte del alma: “Gran mal es un alma sola entre tantos peligros: paréceme a mí que, si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudare a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios” (cfr. Libro de la Vida, 7,20). Pero evidentemente quedaba dicho que lo que estaba en juego era el bien de todas las almas, el destino del hombre arrogante. ¿Hay forma de mayor arrogancia que la que pretende desde el poder proyectar y regular el derecho a la vida, el trabajo, el matrimonio, la familia, la sociedad, la política, la cultura, la sociedad, la patria... como si Dios no existiese?

La Iglesia en Madrid, al finalizar su III Sínodo Diocesano, se siente interpelada en lo más hondo de su ser en orden a configurarse con mayor intensidad como comunidad orante, formada por los llamados al cultivo diario de la amistad con el Señor y con los hermanos, consciente de la urgencia de tomar conciencia de que “es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones”. El nuevo Papa nos insiste con palabras dramáticas en que le prestemos esa ayuda de nuestras oraciones: “rogad por mí -nos decía en su homilía del pasado domingo-, para que, por miedo, no huya ante los lobos”; pero, a la vez, estimulantes, confiadas y gozosas: “roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros”... “¡quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida!”.

Contad con nosotros, querido Santo Padre, contad con nuestra oración y con nuestra obediencia filial, expresión inequívoca de obediencia a la voluntad de Dios que nos hace libres, que es la fuente purísima de la libertad: ¡somos tus amigos! Y, viceversa, no dudamos ni un solo segundo de tu amistad fiel y de tu amor de pastor y padre; hoy mucho mayor que ayer en los días inolvidables de tus visitas a Madrid. A través de las palabras del Apóstol Pedro, proclamadas en la segunda lectura, te oímos decir a ti: “El mismo Dios de toda gracia, que os ha llamado en Cristo a su eterna gloria, os restablecerá, os afianzará, os robustecerá. Suyo es el poder por los siglos, Amén” (1 Pe 5,11).

¡Querido Santo Padre, querido Benedicto XVI, os encomendamos a Nuestra Señora y Madre, la Virgen de La Almudena, de todo corazón!

Los jóvenes de Madrid estarán contigo en Colonia, el próximo agosto, en la XX Jornada Mundial de la Juventud, para el encuentro de los jóvenes católicos de todo el mundo con Jesucristo, el Señor, su Maestro y Amigo: ¡iremos juntos “a adorarlo”! (cfr. Mc 2,2).

Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CAPELLANES:

De las MM. Agustinas del Real Monasterio de la Encarnación:
D. José María González Pardo (5-04-2005).
De la comunidad Rumana de Rito Latino: D. Leonard Diac (5-04-2005).

SAGRADAS ÓRDENES

- El día 1 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Miguel Arcángel, de Pedrezuela (Madrid), el Sagrado Orden del Diaconado al religioso

Werby Mitial, M.Sp.S.

- El día 2 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Francisco Javier, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a los escolapios

Eduardo López-Aranguren Velarde, S.J.,

Ignatius Musi Fominyen, S.J.,

Rui Nunes, S.J.,

Roberto Otero André, S.J.,

Joaquín Solá Lario, S.J. y

Guy Rodrigue Takoudjou Dzomo, S.J.

- El día 17 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Colegiata de San Isidro, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos. Sres.

D. Alfredo Bada García de Quevedo,

D. Pedro Pablo Cano Santacruz,

D. Jesús Jaime Díaz-Ropero López,
D. Andrés Esteban Colmenarejo,
D. Ignacio Javier Gallego Sanmiguel,
D. Miguel Fernando García López,
D. Rubén Inocencio González,
D. Pablo López Vizcaíno,
D. Álvaro Maldonado González,
D. Emilio Montes García,
D. Francisco Javier Pérez Sánchez,
D. Miguel Ángel Torrente Vigil y
D. Faustino Fernando Velasco Arribas, diócesanos de Madrid.

- El día 30 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió en la Capilla del Seminario Conciliar de la Inmaculada y San Dámaso, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado, con carácter permanente, a

D. Jesús Lorenzo Herráiz Martínez,
D. Orlando Pastor Ojeda González y
D. José María Venturo García, diócesanos de Madrid.

- El día 30 de abril de 2005, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió en la Parroquia de San Gabriel de la Dolorosa, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado a los Rvdos.

P. David Benito Martín, C.P. y
P. Juan Carlos Prieto Torres, C.P.

DISTINCIONES PONTIFICIAS

PRELADO DE HONOR DE SU SANTIDAD:

- Mons. Sebastián Gayá Riera.

CRUZ PRO ECCLESIA ET PONTIFICE:

- Fr. Daniel Elcid Celigüeta, O.F.M.

DEFUNCIONES

- El día 9 de marzo de 2005, FR. ABILIO ENRIQUEZ CHILLON, franciscano-capuchino, de la comunidad de San Antonio de Cuatro Caminos, de Madrid. Nació en Sanzoles del Vino (Zamora), el 22 de febrero de 1914. Profesó en la Orden Franciscano-Capuchina el 13-09-1931, en Bilbao y fue ordenado sacerdote en Astorga, el 31-10-1937. Se ha dedicado especialmente a la docencia en el Colegio-Seminario Menor de El Pardo y ha sido profesor en la Escuela Oficial de Periodismo y en la Escuela Superior de Hostelería y Turismo de Madrid.

- El día 9 de marzo de 2005, el Rvdo. Sr. D. ANTONIO ALBARES FERNÁNDEZ, sacerdote diocesano de Tui-Vigo. Nació en Viñales-Bembibre (León), el 18 de enero de 1918. Ordenado en Astorga, el 29 de junio de 1935. Fue auditor de la Rota (22 de Julio de 1912 a 1 de junio de 1983).

- El día 24 de marzo de 2005, D^a SOLEDAD RAMÍREZ TORRES, madre del sacerdote D. Manuel López Ramírez, Vicario Parroquial de la Parroquia de Los Doce Apóstoles, a los 95 años de edad.

- El día 1 de abril de 2005, el Ilmo. Sr. D. ANTONIO GARCÍA DEL CUETO, sacerdote diocesano de Madrid. Ecónomo de Colmenar Arroyo y Chapinería (3-10-50 a 25-7-51). Oficial de la Secretaría de Cámara (Archivero) (26-7-51). Capellán Obispo Auxiliar (D. J. Ricote) (26-7-51 a 15-2-65). Capellán Real Monasterio de la Encarnación (2-2-52 a 2-2-57). Asesor Diocesano Juv.

Fem. A. C. (Enseñanza Media) (6-2-52 a 2-2-57). Profesor adjunto de Religión Inst. Isabel la Católica (1-11-53 a 31-12-72). Consiliario de dos Centros de Juventud de A. Cat. Confesor Ordinario del Seminario Conciliar (1-10-55 a 1964). Asesor Diocesano Aspirantes y Menores Fem. A. C. (2-2-57 a 1-12-60). Vocal del Patronato "Isabel la Católica" (24-7-57 a 12-72). Profesor Titular Inst. "Isabel la Católica" (31-12-57 a 12-72). Censor diocesano de publicaciones (1-1-52 a 15-9-1973). Inspector D. Enseñanza Primaria/Vocal C. D. Enseñanza (1-1-60 a 20-9-1972). Id. Pat. D. Esc. Ples./Vocal técnico E. M. Com. Ep. Ens. (1-5-60 a 15-09-1973). Vocal Junta Prov. Censo Agrario (4-12-61 a 31-12-1972). Profesor Bachillerato Radiofónico (1-10-63 a 30-9-1972). Sec. Junta Pastoral (1-3-65 a 23-12-1966). Vocal Caja Jubilaciones por la Curia Diocesana (14-6-67). Delegado Ep. de Past. Enseñ./Sec. Consejo Presbiteral (14-6-67 a 15-9-73). Canciller Curia/Secretario Cámara y Gobierno (11-1-72 a 15-9-73). Vicario Episcopal Zona VII, Extremadura (15-9-73 a 1-12-87). Canónigo Arcipreste S.I.C.B. de Madrid (15-5-77 a 8-10-97). Vicario Episcopal de Economía (14-9-77). Capellán Mayor de la Encarnación (1-12-78). Miembro nato para el Consejo Presbiteral (1983 a 8-6-1995). Miembro designado del Colegio de Consultores (8-1-85 a 17-11-95). Ecónomo Diocesano (17-9-85 a 13-12-95). Miembro Junta Adm. Caja Compens. y Jubilación (3 a.) (17-2-90). Prelado de Honor de S. S. (23-11-1992). Facultad para absolver la pena de excomunión *Latae sententiae*, y dentro de la confesión sacramental, por haber incurrido en la pena del aborto (sin límite de tiempo) (16-3-1995). Facultad para celebrar en su domicilio (16-3-1995). Miembro libre designación del Consejo Presbiteral (8-6-1995 a 12-5-2000). Miembro del consejo de Consultores (17-11-95 a 7-12-2000). Ecónomo Diocesano (13-12-1995 a 30-9-1998). Canónigo Emérito S. I. Catedral de Madrid (9-10-97). Jubilación (1-04-1998). Miembro del Consejo de Asuntos Económicos (30-9-1998). Protonotario Apostólico Supernumerario de Su Santidad (28-11-1998). Miembro elegido para el Consejo Presbiteral, para los sacerdotes jubilados (1-2-2001 a 26-5-03).

- El día 1 de abril de 2005, Hermana EPIFANIA BROVIA MARCO, hermana del sacerdote diocesano de Madrid, D. Julián Brovia Marco, párroco de San Antonio de la Florida y Documentalista-Archivero de la Diócesis.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL ABRIL 2005

Día 2: Sínodo.

Día 3: Misa por los 40 años de la parroquia de Nuestra Señora de Sonsoles.
Misa en la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe, organizada por la Asociación de la Divina Misericordia.

Día 4: Eucaristía con los jóvenes por el Santo Padre.

Día 9: Inauguración de la parroquia de la Aurora y el Santo Ángel.

Día 10: Confirmaciones en la parroquia de Nuestra Señora de Los Arroyos, en El Escorial.

Misa en Santa María de Caná, en Pozuelo.

Día 11: Misa en la explanada de la Catedral de la Almudena por el Papa Juan Pablo II.

Día 12: Consejo Episcopal.

Viaje a Roma.

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

MISA DE DIFUNTOS POR EL PAPA JUAN PABLO II

(Catedral, 5 Abril 2005)

Lecturas: *Rm* 6,3-9; *Jn* 3,5.7-15.

1. En las conversaciones entre el magistrado judío Nicodemo y Jesús de Nazaret, según el Evangelio de hoy, se abordan los temas de la vida eterna (*Jn* 3,15), del amor de Dios al mundo (cf. *Jn* 3,16), del juicio de quien rechaza la luz y ama las tinieblas (cf. *Jn* 3,18-20). Nicodemo percibe que está ante un gran Rabbí, que realiza signos prodigiosos, propios de la mano de Dios, y está preocupado por entender al Maestro, cuando le habla del Reino de Dios.

La respuesta de Jesús resulta enigmática e incomprensible para el maestro fariseo: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios» (*Jn* 3,3). “Nacer de lo alto”, “nacer de nuevo”, “nacer de agua y de Espíritu” (*Jn* 3,5) son maneras de decir lo mismo: hay que a nacer a otra vida; hay que mirar las cosas desde otra perspectiva; hay que contemplar las cosas desde Dios; de otro modo, no puede entenderse la vida del hombre.

2. El Papa Juan Pablo II ha muerto. Desde su magisterio pontificio y desde su propia vida, nos ha estado hablando de este giro necesario, que el hombre debe hacer, si quiere encontrar sentido a su vida y salvarla para la eternidad. Durante los veintiséis años y medio de su pontificado ha proclamado, incansablemente, que la

vida del hombre no tiene sentido sin Dios y que Jesucristo es el “Redentor del hombre”.

En su primera encíclica, a los pocos meses de iniciar su ministerio petrino, nos explica la dimensión divina de la redención: “La redención del mundo -ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada- es en su raíz más profunda “la plenitud de la justicia en un corazón humano: en el corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios” y llamados la gracia, llamados al amor. Con esta revelación del Padre y con la efusión del Espíritu Santo, que marcan un sello imborrable en el misterio de la Redención, se explica el sentido de la cruz y de la muerte de Cristo” (*Redemptor hominis*, 9).

Y en la misma encíclica nos expone la dimensión humana del misterio de la redención: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre” (*Redemptor hominis*, 9). En el misterio de la Redención, el hombre es, en cierto modo, creado de nuevo: «Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,28). El hombre que quiera comprenderse a sí mismo debe acercarse a Cristo y asimilar la realidad de la Encarnación y de la Redención. Esa era la enseñanza de Jesús a Nicodemo: «Que todo el que crea, tenga por él vida eterna». Esa es la enseñanza que Juan Pablo II ha querido darnos, con su magisterio y su testimonio.

3. Esta gran verdad le ha llevado a proclamar, ante el mundo entero, la dignidad del hombre y el sentido de su existencia en el mundo, perdida a causa del pecado. La redención se ha cumplido en el Misterio pascual, que estamos celebrando en este tiempo litúrgico: Jesucristo ha muerto en la cruz por nosotros y ha resucitado.

A través de la cruz y de la muerte se llega a la resurrección. El Papa lo ha aprendido bien y lo ha asumido en su propia vida, viviendo largos años de sufrimiento y entrega total al servicio de la Iglesia y de la humanidad, en el ministerio de Sucesor de Pedro. ¡Que gran lección para nosotros! No ha escatimado esfuerzos,

ni cansancios; se ha acercado, en sus viajes y en los diversos encuentros, a todo el mundo.

4. La trilogía que el Papa escribió sobre Jesucristo, sobre Dios Padre y sobre el Espíritu Santo, ha marcado su ministerio. El hombre debe ser considerado desde su religación a Dios: “Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, esto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio” (*Dives in misericordia*, 1).

Dios Padre se comporta con el hombre como el padre de la parábola del hijo pródigo: “El padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo” (*Dives in misericordia*, 6). “Creer en el Hijo crucificado significa “ver al Padre”, significa creer que el amor está presente en el mundo y que este amor es más fuerte que toda clase de mal, en que el hombre, la humanidad, el mundo están metidos. Creer en ese amor significa creer en la misericordia” (*Dives in misericordia*, 7). El Papa ha sido llevado a la otra vida en la víspera de la fiesta de la Misericordia.

El Espíritu Santo es presentado por el Papa como el “otro abogado”, que viene detrás de Jesucristo, para continuar su obra: “Precisamente a este Espíritu de la verdad Jesús lo llama el Paráclito, y Parákletos quiere decir “consolador”, y también “intercesor” o “abogado”. Y dice que es “otro” Paráclito, el segundo, porque él mismo, Jesús, es el primer Paráclito, al ser el primero que trae y da la Buena Nueva. El Espíritu Santo viene después de él y gracias a él, para continuar en el mundo, por medio de la Iglesia, la obra de la Buena Nueva de salvación” (*Dominum et vivificantem*, 3).

5. La experiencia del Dios trinitario y la vivencia de su amor, manifestado en Cristo Jesús (cf. *Rm* 8,39), le ha llevado a amar al hombre. Usando sus mismas palabras: “Aquí se trata por tanto del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre “abstracto” sino real, del hombre “concreto”, “histórico”. Se trata de “cada” hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el miste-

rio de la Redención y con cada uno se ha unido Cristo, para siempre, por medio de este misterio (...). El objeto de esta premura es el hombre en su única e irrepetible realidad humana, en la que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo.” (*Redemptor hominis*, 13).

La figura del Papa ha sido rica, profunda y compleja: Ha sido un “don de Dios” a su Iglesia; un “fenómeno eclesial” muy rico, difícil de comprender. Su vida ha sido como un mar, del que sólo vemos la superficie; o un volcán, del que sólo se perciben los elementos externos, pero dentro es un océano de fuego, de luz y de amor.

Su magisterio no ha estado exento de críticas, por parte de quienes no le entendían, o no les gustaba lo que decía. Se ha dicho que era un hombre progresista en temas sociales, pero conservador en cuestiones eclesiales y morales. Sin embargo, su gran preocupación ha sido, en realidad, como él mismo ha dicho, el “hombre concreto”, en toda su integralidad. No tendría sentido preocuparse sólo de algunas necesidades y pobreza del hombre, despreocupándose de lo más importante, esto es, de su derecho a la vida, de su dimensión religiosa trascendente, de su salvación eterna; como no sería congruente valorar sólo la belleza física de una persona, despreciando lo más íntimo de su ser.

6. San Pablo nos ha recordado, en su carta, que el bautismo nos une a la muerte de Cristo: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte?» (*Rm* 6,3). El bautismo nos sumerge en el Misterio pascual de Cristo, uniéndonos a su muerte y haciéndonos partícipes de su resurrección: «Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante» (*Rm* 6,5).

La vida nueva, de la que hablaba el Señor Jesús con Nicodemo, se alcanza celebrando y viviendo el misterio pascual: «Al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos, por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (*Rm* 6,4). El Papa Juan Pablo II se ha unido a Cristo en su Misterio pascual y, muerto para este mundo, vive para la eternidad. Pero la unión con Cristo, a través del sufrimiento y del servicio, la ha realizado en cada instante de su vida. La muerte temporal ha sido, ahora, el final de un largo proceso de entrega y de amor.

7. Su partida de este mundo ha ocurrido, además, en el año dedicado por él mismo a la Eucaristía y a la Virgen. Jesucristo y María son los dos amores de su vida, como se puede apreciar en su escudo y lema episcopales. Como decía un mensaje, que circulaba estos días: “Una luz se ha apagado en la tierra; una fiesta comenzó en el cielo. El Redentor y su Madre le han dado al Papa el abrazo por él tan deseado”.

En los días pasados le hemos acompañado con el silencio y hemos rezado por él, durante su enfermedad. Ahora rezamos por él, que tanto nos ha amado, para que el Señor le conceda la paz plena, le ilumine completamente con su luz santísima y comparta con Él la Vida eterna.

Después de los funerales os invito a rezar por la Iglesia y por el Colegio cardenalicio, para que Dios nos conceda el nuevo Papa, que la Iglesia y el mundo necesitan en estos tiempos. Juan Pablo, desde el cielo, intercederá por todos nosotros.

¡Que la Virgen María, al igual que le ha acompañado en todo su ministerio sacerdotal, le acompañe ahora hasta la casa del Padre! Amén.

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR EL NUEVO PONTÍFICE BENEDICTO XVI

(Catedral, 24 Abril 2005)

Lecturas: *Hch* 6,1-7; *1 Pe* 2,4-9; *Jn* 14,1-12.

1. Acabamos de escuchar las palabras que el evangelista Juan pone en boca de Jesucristo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 14,6). Cristo es el fundamento de todo. Cristo es la plenitud del hombre. Como dice el Concilio Vaticano II: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*Gaudium et spes*, 22).

El Papa Benedicto XVI en su reflexión homilética al inicio del Cónclave, como Decano del Colegio Cardenalicio, hizo referencia al “relativismo” reinante en nuestra sociedad, que rechaza la existencia de la Verdad absoluta. Si todo es relativo, todas las opiniones parecen tener el mismo peso y el mismo valor; no existe, de ese modo, un punto de referencia objetivo y válido para todo hombre.

2. Según el evangelista san Juan, Jesucristo reafirma la existencia de lo Absoluto. Existe la Verdad absoluta, que todo hombre puede encontrar. Es cierto que existen semillas de verdad en las distintas religiones y expresiones de fe cristiana; pero hay que afirmar con claridad que existe la Verdad absoluta, que es Dios.

Cristo se presenta a sí mismo, ante nosotros, como “la Verdad”: no una verdad más entre otras o una opinión más entre muchas, sino la Verdad, que da sentido a la vida del hombre. Aquélla Verdad, por la cual el hombre puede tener una referencia y una orientación hacia lo trascendente, y una relación con el Ser trascendente personal, Dios.

El cristianismo no es una religión más entre las otras, sino “el camino” que Jesucristo, Dios y hombre, ha trazado a la humanidad, para llegar hasta Dios.

3. Cristo mismo nos invita a seguirle como *Camino* único: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 14,6). No hay más caminos para llegar a Dios Padre. Aún aquellos que no conocen a Jesucristo realizan su vinculación a Dios, incluso de manera inconsciente, a través de Cristo.

En nuestro sistema planetario no existen muchos soles, sino uno sólo; ese único sol es el que ilumina, calienta y favorece el crecimiento de la vida de los seres animados. Aunque uno creyera que existen otros soles, la verdad objetiva es que existe un único sol. De igual modo, existe un solo Dios, cuyo Hijo Jesucristo nos ha revelado.

4. Felipe, el apóstol, hace una petición a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (*Jn* 14,8). El apóstol le pide a su Maestro ver lo que más anhela; desea conocer el sentido de la vida, saber dónde está la felicidad, dónde está la verdadera paz, dónde está la Vida eterna. Y Jesucristo, como dice el Evangelio, le responde: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”?» (*Jn* 14,9).

El Señor nos dice que hemos de aceptarle a Él, si queremos descubrir la Verdad, porque Él es la Verdad. Jesucristo nos muestra el verdadero rostro de Dios. No hay que buscar fuera de Él, ni caminar por otro camino que no sea Él. La auténtica libertad, verdad y camino, están en Cristo.

El nuevo Papa, Benedicto XVI, nos exhorta a todos a vivir esa Verdad y a dar testimonio de ella. Los cristianos somos testigos de Jesucristo, que debemos proclamar sin miedo la auténtica verdad sobre el hombre, sobre la vida, sobre Dios y presentarla ante los hombres, frente a tantas opiniones, a veces falsas verdades, que deforman y manipulan la realidad. Esta es la invitación, que nos hace Jesucristo y que nos recuerda el Papa.

5. La Eucaristía, que estamos celebrando, es una acción de gracias a Dios por el regalo de habernos concedido un nuevo Papa. El servicio que hace el Sucesor de Pedro es un regalo para toda la Iglesia y para la humanidad entera.

El Romano Pontífice es “principio visible y perpetuo fundamento de la unidad de la fe y de comunión” (*Lumen gentium*, 18), que nos ayuda con su Magisterio a permanecer fieles a Cristo y a no salirnos del verdadero y único camino. Eso es un regalo del Señor.

Los católicos tenemos un gran don en la persona del Sucesor de Pedro, que nos ayuda y nos vincula a Jesucristo. Las iglesias cristianas no católicas carecen de este regalo del ministerio de la unidad, ejercido por el Sucesor de Pedro.

6. El actual Papa ha sido puesto por el Señor, a través de las mediaciones. Es un regalo del Espíritu Santo, que ha asistido a los cardenales, reunidos en Cónclave. Al igual que el anterior Papa, Juan Pablo II, fue un gran regalo para toda la Iglesia y para el mundo, el actual Papa, Benedicto XVI, consciente de su responsabilidad, será un gran bien para la Iglesia.

En su primer mensaje decía: “Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis pobres hombros, también es desmesurada la potencia divina sobre la que puedo contar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt* 16, 18). Al escogermelo como obispo de Roma, el Señor ha querido que sea su Vicario, ha querido que sea esa «piedra» en la que todos puedan apoyarse con seguridad. A Él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu” (Benedicto XVI, *Primer mensaje*, Vaticano, 20.IV.2005, 2).

7. San Pedro nos ha dicho, en su carta, que somos piedras vivas del edificio espiritual que es la Iglesia: «Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (*1 Pe* 2,4-5).

Cristo es el fundamento del edificio; los apóstoles son columnas; Pedro y sus sucesores representan a Cristo; y cada uno de nosotros somos auténticas piedras vivas, que entramos a formar parte de ese edificio espiritual. Al Sucesor de

Pedro, hoy Benedicto XVI, le corresponde el ministerio de ser una piedra especial, representando a Cristo. Y a cada uno de nosotros nos corresponde el ser piedras vivas, que den testimonio de Jesucristo y proclamen ante la sociedad que existe una Verdad absoluta, que el hombre puede conocer.

8. El Papa Benedicto XVI decía, en ese mismo discurso: “Los funerales de Juan Pablo II han sido una experiencia verdaderamente extraordinaria en la que se ha percibido en cierto sentido la potencia de Dios que, a través de su Iglesia, quiere formar con todos los pueblos una gran familia a través de la fuerza unificadora de la Verdad y del Amor” (*Primer mensaje*, Vaticano, 20.IV.2005, 1).

Estas palabras reflejan también lo que había sido la vida y el ministerio del Papa Juan Pablo II. Hemos palpado, a través de los medios de comunicación, que ha sido como un vendaval, que ha recorrido todo el mundo. Todos los países, todas las culturas han recibido el mensaje del anterior Papa. Su ministerio ha sido como una ráfaga de viento fresco, que ha animado a muchas comunidades cristianas a despertarse, a hacerse más presentes en la sociedad. Sus palabras han ayudado a muchas naciones, a muchos dirigentes y gobernantes a hacer un retoque en su gestión gubernamental. Su testimonio ha servido a creyentes y a no creyentes.

9. Juan Pablo II, según las palabras del actual Papa, ha dejado “una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que, según su enseñanza y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro” (Benedicto XVI, *Primer mensaje*, Vaticano, 20.IV.2005, 3).

A nosotros nos toca continuar esta tarea, con la antorcha de la fe en la mano, recorriendo el camino de esta vida, hasta llegar a la Eterna, proclamando la verdad de Jesucristo.

Deseo que todos nosotros vivamos como miembros de una Iglesia más valiente, más libre, más joven y más dinámica. Estas palabras del actual Papa son para mí una invitación personal. Como Obispo de Alcalá, deseo que las tomemos como tarea nuestra. ¡Que seamos una Iglesia más libre, frente a tantas manipulaciones e incomprensiones de la sociedad! ¡Que seamos una Iglesia más valiente, sin miedo a proclamar la verdad!

10. La Verdad que profesamos no es nuestra, sino de Cristo. Nuestra predicación ha de ser la persona y la obra de Jesucristo. No interesan las propias

opiniones personales, sino la Verdad que Cristo nos revela, que está contenida en la Biblia, como Palabra de Dios, y la Iglesia nos enseña.

Es incomprensible que algunos, que se confiesan cristianos, sostengan teorías que están en contra de la verdad revelada y, por tanto, de la doctrina de la Iglesia.

También es incomprensible decir que uno es cristiano, pero no quiere saber nada de la Iglesia. Para poder amar a un ser humano hay que amarlo en todas sus partes; no es posible amar una parte del cuerpo, descartando la cabeza. De la misma manera, no es posible amar a Jesucristo despreciando a su Iglesia. Amar a Dios, amar a Cristo, amar a su Iglesia, amar al Papa, amar a los pastores es expresión del mismo amor y de la misma verdad.

11. El Papa Benedicto XVI, al inicio de su Pontificado, nos ha indicado dos puntos importantes, en los que el Papa anterior había ya insistido y que forman parte de esa antorcha, que debemos mantener en nuestra mano.

El primero es la invitación a vivir la Eucaristía como centro de nuestra vida y fuente de evangelización: “La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede dejar de constituir el centro permanente y la fuente del servicio cetrino, que me ha sido confiado” (Benedicto XVI, *Primer mensaje*, Vaticano, 20.IV.2005, 4). La Eucaristía, por tanto, no puede dejar de ser para nosotros de manantial de la misión evangelizadora y centro de nuestra vida.

En segundo lugar, la invitación que nos hace a todos a trabajar por la unidad de los cristianos: “Alimentados y apoyados por la Eucaristía, los católicos no pueden dejar de sentirse estimulados a tender a esa plena unidad, que Cristo deseó ardientemente en el Cenáculo” (Benedicto XVI, *Primer mensaje*, Vaticano, 20.IV.2005, 5). Él mismo se compromete de manera especial a llevar adelante dicha tarea. En Alcalá también hay otros creyentes, que no son católicos, sino pertenecientes a otras iglesias y confesiones cristianas (protestantes, ortodoxos, anglicanos), o a otras religiones.

12. Como veis, es todo un programa de vida, que parte de la aceptación de Jesucristo como Camino, Verdad y Vida, como nos ha dicho el Evangelio de san Juan. Todos formamos la Iglesia única de Jesucristo, como piedras vivas, cada uno

con su misión: el Papa, los obispos, los sacerdotes, los fieles, los religiosos, las religiosas, los niños, los mayores, los adultos, los jóvenes. Cada uno tiene su misión propia y hemos de llevarla a cabo, tal como el Señor nos pide.

Quiero animaros a caminar conmigo, como Pastor de esta Iglesia, que peregrina en Alcalá, en la que el Señor me ha puesto sin ningún mérito por mi parte. Deseo que caminéis conmigo, unidos con el Sucesor de Pedro, a quien hemos de amar cada día más. En este momento se llama Benedicto XVI; hace tres semanas se llamaba Juan Pablo II.

13. Vamos a rezar por el Papa. Le ha tocado un ministerio difícil y, además, a los setenta y ocho años; edad en que la mayoría de las personas viven sin responsabilidades. Él mismo le había pedido al Papa anterior que le dejar marchar a su tierra natal y le exonerara del trabajo en la Curia vaticana.

Pero el Papa Juan Pablo II le pidió el sacrificio de continuar al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe; y ahora el mismo Espíritu Santo le ha pedido que asuma el ministerio de Sucesor de Pedro. Benedicto XVI nos ha dado una gran lección, aceptando ese alto ministerio, a pesar de sentirse débil, pobre y sin fuerzas, pero confiando en la gran potencia divina y en la fuerza del Espíritu Santo.

Recemos por él, y unidos con él vivamos nuestra vida de fe, aceptando a Cristo en nuestra vida y siendo testigos de él en nuestra sociedad. ¡Que la Virgen María nos acompañe en nuestro caminar, nos ayude con su maternal intercesión y nos fortalezca con su cercanía y su delicadeza! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

VIDA CONSAGRADA

El día 2 de abril, en el Monasterio de MM. Clarisas de San Juan de la Penitencia, en Alcalá de Henares, hizo Profesión Solemne la hermana María Francisca de Paula Mesones Oreja, nacida el 19/09/1962, nacida en Toronto (Canadá).

CONVIVENCIAS SACERDOTALES

Durante el mes de abril han tenido lugar dos Convivencias con los sacerdotes ordenados en los últimos quince años.

La primera de ellas, que congregó a un grupo de treinta, tuvo lugar en el Monasterio de las MM. Benedictinas, en Valfermoso de las Monjas (Guadalajara), durante los días 8, 9 y 10.

La segunda, con un grupo de veinticinco, fue en la Casa de Espiritualidad “La Cerca”, en Los Molinos, los días 24, 25 y 26.

Estas Convivencias están dentro del plan de encuentros de los presbíteros y diáconos de la Diócesis con el Obispo, con el fin de posibilitar el conocimiento mutuo y favorecer el crecimiento de una verdadera fraternidad sacerdotal, todo ello en un clima de oración y de reflexión en común.

El tema de trabajo personal y en grupo se centró en la Carta Pastoral de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, S. Sebastián y Vitoria, con motivo de Cuaresma y Pascua: “*Renovar nuestras comunidades cristianas*”.

También se proyectó la película sobre la vida del P. Pío, que dio lugar a un diálogo muy enriquecedor.

El rezo de la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía fueron momentos centrales durante las Jornadas.

Todo ello, en un clima de alegría y de hermandad.

JORNADA SACERDOTAL

El día diecinueve, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal, correspondiente al mes de abril y que fue presidida por el Obispo de la Diócesis.

Comenzó la Jornada en la Capilla con el rezo de la Liturgia de las Horas.

A continuación, en dos sesiones de trabajo, se abordó, según los Objetivos Pastorales del presente curso, el tema de la Inmigración.

Actuó como ponente D. Antonio Bravo Tisner, de la Sociedad de Sacerdotes del Prado, Párroco de S. León Magno, de Madrid, y Delegado Episcopal de Cáritas Española, quien presentó los retos pastorales que el fenómeno de la inmigración plantea y las posibles respuestas a dar desde las comunidades cristianas.

Después de una detallada información sobre el trabajo que se viene realizando desde el Secretariado de Migraciones en nuestra Diócesis y de otras informaciones, tuvo lugar la comida en un ambiente fraterno.

SECRETARIADO DE FAMILIA Y VIDA
CRÓNICA DE LA I SEMANA POR LA VIDA
4 AL 10 DE ABRIL DE 2005

Como cada año, el 25 de marzo la Iglesia celebra la Solemnidad de la Anunciación, y con ella la Jornada por la Vida. Este año, por ser este día Viernes Santo, esta Jornada se trasladó al 4 de abril. Desde el Secretariado de Familia y Vida, se decidió tomar esta Jornada como ocasión para celebrar una Semana por la Vida, bajo el lema “Todos hemos sido embriones”.

Teniendo todos muy vivo el recuerdo de Juan Pablo II, que acababa de fallecer, comenzamos la Semana el lunes 4 de abril, con una Charla-Coloquio en el Centro de Salud de la calle Santiago de Alcalá de Henares, organizada en colaboración con la Asociación Pro-Vida de Alcalá de Henares. Introdujo las actividades de la semana el Director del Secretariado, D. César Alzola, que dio paso al presidente de Pro-Vida Alcalá, D. Alberto Martín, quien expuso las actividades que Pro-Vida realiza en toda la zona de Madrid Este y en la Diócesis de Alcalá. Como “plato fuerte” del día, el Dr. Jesús Poveda, nos animó a trabajar a favor de la vida y a darnos cuenta que todo lo que se haga a favor de la cultura de la vida, por muy pequeño que parezca, es un gran paso adelante. Concluyó el acto nuestro Obispo Don Jesús, quien también nos animó a contribuir con la cultura de la vida, aunque a veces tengamos que ser, en este campo, la “conciencia crítica” de la sociedad.

El viernes 8, se realizaron diversas vigiliass de oración en los diversos arciprestazgos y monasterios de la Diócesis. Entre las 20’00 y las 22’00 se elevó

una gran oración a Dios a favor de la Vida, y tuvimos la suerte de contar con la presencia de algunos testimonios vivos de hombres y mujeres que son, día a día, un regalo para nuestro mundo.

La Semana concluyó con una Jornada Familiar por la Vida en la que todos, mayores y pequeños pudimos comprender un poco más diversos aspectos de la defensa de la vida. Mientras los “peques” realizaron diversas actividades catequéticas a favor de la Vida, los mayores tuvimos una conferencia y coloquio con D. Benito Fraile, Profesor Titular de Biología Celular de la Universidad de Alcalá de Henares. En ella, el profesor Fraile nos explicó diversas cuestiones de actualidad acerca del desarrollo embrionario, de las células-madre, así como de la clonación, teniendo siempre como perspectiva fundamental el respeto incondicional a toda vida humana. A continuación celebramos la Eucaristía dominical, presidida por el Director de nuestro secretariado, y la Jornada concluyó con una comida fraterna de todas las familias que asistimos al encuentro.

Sólo queda agradecer a todos la participación en las diversas actividades, así como animar para futuros encuentros.

JORNADA DIOCESANA DE JÓVENES

El pasado 16 de Abril tuvo lugar el Encuentro Diocesano de Jóvenes. Estábamos citados a las 11:00 horas y tras saludos y la bienvenida tuvimos la bendición de la Cruz de los Jóvenes.

La jornada comenzó con la bendición de la Cruz de los Jóvenes, tras ello, y de la mano del profesor de la Facultad de Teología San Dámaso, D. Ángel Castaño, disfrutamos de una charla acerca de la Sábana Santa, con diversidad de detalles científicos que a nadie dejaron indiferente. Durante la charla y a lo largo de toda la mañana contamos con la presencia, y gracias a la parroquia de Torres, de una réplica muy fidedigna de la Sábana Santa, la cual pudimos ver de cerca una vez terminada la conferencia.

Pasada la una de la tarde tuvimos la Eucaristía con nuestro Obispo. Don Jesús, que nos invitó a no tener miedo a ser cristianos. Acabada la misa llegó la hora de la comida, ansiada por muchos.

Ya entrada la tarde tuvimos otro ratito con el Señor en la exposición del Santísimo y acabada ésta y con el corazón lleno de paz los chicos del grupo RockAngular nos hicieron bailar y cantar al son de temas tan conocidos como «Dios está aquí» o el tan emocionante y a la vez lleno de recuerdos «Himno de Santiago».

Fue un día lleno de encuentros y vivencias, desde la tranquilidad de estar frente a Cristo en la exposición del Santísimo hasta el baile del archiconocido «Boogie Boogie». La próxima cita es la Jornada Mundial de la Juventud de Colonia, en verano. ¿Aún estás dudando si ir o no?. No te lo pienses, te cambiará la vida...

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

M. I. Sr. D. Juan Miguel Prim Goicoechea, Comisario de la Exposición del Año Jubilar de los Santos Niños Justo y Pastor (21/03/2005)

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ABRIL 2005

Día 2. Administra el sacramento del Bautismo (Parroquia de San Andrés - Valencia).

Día 3. Asiste a la Vigilia de Oración con los jóvenes, con motivo de la muerte del Papa Juan Pablo II (Catedral).

Día 4. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, asiste al encuentro de Familias, con motivo de la Jornada por la Vida.

Día 5. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la Misa de difuntos por el Papa Juan Pablo II (Catedral).

Días 7-8. Asiste al funeral del Papa Juan Pablo II (Roma).

Día 9. Por la mañana, participa en el Encuentro diocesano de catequistas (Palacio episcopal).

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santa María del Castillo (Perales).

Día 10. Prosigue la Visita pastoral a la parroquia de Santa María del Castillo (Perales).

Día 11. Participa en la Convivencia con sacerdotes jóvenes (Valfermoso de las Monjas-Guadalajara).

Por la tarde, concelebra en la Misa funeral por el Papa Juan Pablo II (Catedral Almudena-Madrid).

Día 12. Prosigue la Convivencia con sacerdotes jóvenes (Valfermoso de las Monjas-Guadalajara).

Día 13. Reunión de Consejo episcopal.

Día 14. Reunión con los neo-sacerdotes.

Por la tarde, audiencias.

Día 15. Audiencias.

Día 16. Preside la Eucaristía, con motivo de la Jornada Diocesana de Jóvenes.

Día 17. Visita pastoral a la parroquia de San Maximiliano María Kolbe (Rivas-Vaciamadrid).

Día 18. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la Eucaristía, con motivo del inicio del “Cónclave” para la elección del Romano Pontífice (Catedral).

Día 19. Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Día 21. Reunión del Consejo episcopal.

Día 22. Por la mañana, audiencias y entrevista en “COPE” de Madrid.

Por la noche, asiste a la entrega del “Premio Círculo de Contribuyentes” de Alcalá al Colegio Calasanz de las R.M. Escolapias (Alcalá).

Día 23. Por la mañana, asiste a la entrega del Premio Cervantes (Universidad de Alcalá).

Por la tarde, administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Sebastián Mártir (Velilla).

Día 24. Visita pastoral a la parroquia de San Sebastián (Arganda).

Por la tarde, preside la Eucaristía, con motivo de la elección del nuevo Papa Benedicto XVI (Catedral).

Día 25. Por la mañana, dicta una Conferencia sobre Europa a sacerdotes de Guadalajara.

Participa en la Convivencia con sacerdotes jóvenes (Los Molinos-Madrid).

Día 26. Prosigue la Convivencia con sacerdotes jóvenes (Los Molinos-Madrid).

Día 27. Audiencias y dicta una Conferencia sobre las raíces cristianas de Europa en la Universidad de Alcalá.

Día 28. Asiste a la Reunión de Obispos y Empresarios (Madrid).

Día 29. Asiste a la Inauguración de la Exposición “Inmaculada” de la Conferencia Episcopal (Catedral “Almudena” - Madrid).

Día 30. Por la tarde, asiste al Pregón de la Hermandad del Rocío (Monasterio de MM. Clarisas de N^a S^a Esperanza- Alcalá).

Por la noche, asiste a una representación sobre la Virgen María (Colegio “Antonio Machado” - Alcalá).



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

BENEDICTO XVI, Obispo de Roma

**Signo, puesto por Dios,
para reconocer la verdadera Iglesia**

El Evangelio, antes de narrarnos la institución de la Eucaristía, nos habla de su preparación, que comienza con un mandato del Señor: *“Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y en la casa en que entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta ¿donde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?” Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arregladla con divanes. Preparadnos allí la cena”* (Mc. 14, 13-15). S. Juan de Ávila, comentando este texto en uno de sus sermones sobre el Santísimo Sacramento, compara a la Iglesia con la casa de la Cena: *“No se nos pase por alto esta casa, porque ésta significa la Iglesia”*. Y al Papa lo compara con el hombre del cántaro, que conduce a los discípulos al lugar del Cena: *“Mirad que dice que un hombre lleva el cántaro de agua, porque ha de haber un hombre que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia (...) Este es el Papa, Vicario de Cristo, que lleva en su mano el cántaro de agua, que es la divina Escritura y los sacramentos; no porque él pueda hacer fe ni sacramentos, como tampoco el hombre que lleva el cántaro crió el agua ni el cántaro; más llevarlo en la mano es declarar cómo se ha de entender, y poner cada cosa en su lugar; y dar a beber el agua que Dios dio. Pues le está dicho “apacienta mis ovejas (Jn.12,17). Y ¿cómo las apacentará, si no le dan que pueda declarar la Escritura y los sacramentos, en que las ovejas se apacien-*

tan?. Diósele este poder para soltar y ligar, para declarar e interpretar, y sobre él está fundada la Iglesia” (Obras Completas. BAC, T.III, pag.407)

La muerte de Juan Pablo II y el comienzo del pontificado de Benedicto XVI han sido momentos intensos de emoción y acción de gracias a Dios, por la vida santa, el ministerio fecundo y la entrega, hasta el límite de sus fuerzas, del Papa que se nos iba; y, al mismo tiempo, momentos también de profunda gratitud, por el Papa que nos venía, bien conocido de todos, que se presentaba ante la Iglesia y ante el mundo como humilde trabajador de la viña del Señor; y lo hacía, consciente de asumir un cometido infinito, superior a toda capacidad humana, pero seguro y firme, porque se sentía lleno de la gracia del Señor, protegido por la muchedumbre de los santos y acompañado por el amor, la fe y la esperanza de todos sus hijos.

Pero los acontecimientos de estos días han de ayudarnos especialmente a meditar y a dar gracias a Dios, por encima de cualquier coyuntura histórica, por el don que constantemente, a lo largo de toda la historia, ha dado a su Iglesia y seguirá dándoselo, con el ministerio del Sucesor de Pedro. *“Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt.16,18).*

El Papa, “el hombre del cántaro”, seguirá guiando a los discípulos del Señor a la “Casa de la Cena”, la Iglesia Santa, que en torno a la Eucaristía, se va construyendo en medio del mundo, como edificio espiritual y sacerdocio santo, para mostrar a los hombres las maravillas de Dios. El Señor nunca abandona a su Iglesia. *“He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20).* En el ministerio de nuestro nuevo Papa, seguiremos experimentando, todos los días, suceda lo que suceda, esta presencia.

† Joaquín María, López de Andujar
Obispo de Getafe

HOMILÍA EN EL X ANIVERSARIO DEL SEMINARIO DE GETAFE

(Domingo V de Pascua)

«Acercándoos al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo» (1 Ptr. 2,4 ss.)

Querido Sr. Vicario General, Sr. Rector y formadores del Seminario, queridos seminaristas, queridos sacerdotes, queridos amigos y hermanos, que en este quinto domingo de Pascua, estáis participando con gozo en esta solemne Eucaristía para conmemorar, con un corazón agradecido, el décimo aniversario de la fundación de nuestro Seminario. Es un día de gozo para nuestra Diócesis, y lo es también para toda la Iglesia por la entronización, como su Pastor Supremo, de Su Santidad Benedicto XVI, celebrada esta mañana en la Basílica de S. Pedro. Pediremos con filial afecto por él en esta Misa para que el Señor le llene de su Espíritu de sabiduría y con fortaleza apostólica nos confirme a todos en la fe.

Las palabras de la primera carta del apóstol San Pedro, que hemos escuchado en la segunda lectura, nos animan, una vez más, a poner nuestra mirada en Jesucristo nuestro Señor, muerto y resucitado, piedra viva desechada por los hom-

bres, pero escogida y preciosa ante Dios. En Él, todo tiene consistencia y nuestra vida se llena de luz. Él ha querido contar con nosotros para que unidos a Él, como piedras vivas, entremos a formar parte en la construcción del Templo del Espíritu y, en esta porción de la Iglesia que es la Diócesis de Getafe, seamos protagonistas directos y testigos privilegiados de las maravillas que el Señor ha querido realizar en nosotros.

El Señor, en su misericordia infinita, quiso elegir para guiar, como primer Obispo de la recién creada Diócesis de Getafe, a una persona providencial.

D. Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, al que de una manera especial tenemos presente en este momento, tuvo en su mente desde los comienzos mismos de la Diócesis, la creación del Seminario. Como maestro formador de muchos sacerdotes, tanto en su etapa de Director Espiritual del Seminario, como más tarde como Párroco, Vicario episcopal y Obispo Auxiliar de Madrid, tuvo siempre la gran preocupación de formar sacerdotes santos, entregados en cuerpo y alma a su ministerio sacerdotal, que transmitieran la alegría infinita de haber sido llamados por Dios para hacer presente entre los hombres a Jesucristo, Buen Pastor.

Al ser llamado por Dios para poner en marcha la Diócesis de Getafe, su principal deseo fue la creación del Seminario. En Cubas de la Sagra, comenzaron los primeros pasos y felizmente, con la ayuda eficaz y generosa de D. Rafael Zornoza, nació el Seminario de Getafe el año 1994, siendo bendecidos sus locales, en una ceremonia sencilla y entrañable, por el Nuncio de su Santidad, Mons. Mario Tagliaferri.

Han sido diez años muy fecundos; y aquí estáis ahora, para darle gracias a Dios gran parte de los sacerdotes que en él os habéis formado. Podemos decir que las palabras del Señor, que hemos escuchado en el Evangelio, se han cumplido en la breve historia de nuestro Seminario diocesano: *«El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago y aún mayores»* (Jn. 14,12). El Seminario es una obra de Dios, fruto de la fe y la confianza en Él. Pero una obra, que está en sus comienzos y que, animados por esa fe, hemos de seguir construyendo, entre todos, con la ayuda de Dios. En el Seminario está el futuro de la Diócesis y seguirá caminando y dando frutos si, entre todos, lo sacamos adelante, poniendo cada uno, según la misión que en la Iglesia ha recibido, la parte que le corresponda, y uniéndonos todos, siempre y en todo momento con la fuerza insustituible de la oración, en la

que participan de forma intensa y misteriosamente eficaz nuestras monjas de clausura y una gran cadena de oración por el Seminario.

A los formadores del Seminario, con los que ahora convivo y a los que estoy profundamente agradecido, les pido que, como han hecho hasta ahora, muy unidos a su Obispo, sigan fielmente las orientaciones de la Iglesia. *«El Seminario es, nos dice la Exhortación Apostólica “Pastores Dabo Vobis” sobre todo, una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer, a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los doce Apóstoles (..) La identidad profunda del Seminario es ser, a su manera, una continuación en la Iglesia, de la íntima comunidad apostólica en torno a Jesús, en la escucha de su Palabra, en camino hacia la experiencia de la Pascua, a la espera del don del Espíritu para la misión» (PDV60).*

Siguiendo estas orientaciones aparece con claridad la importancia de hacer del seminario una verdadera comunidad educativa que, en comunión con el Obispo, tenga un claro y único proyecto formativo para que los que caminan al sacerdocio conozcan y amen la inmensa riqueza de ministerios y carismas que el Señor ha derramado en esta Diócesis y se preparen para ser pastores, según que el corazón de Cristo, de todos aquellos que la Iglesia un día les va a confiar, acogiendo a todos con paternal afecto sin otra preferencia que la de los más pobres y desfavorecidos.

Tarea importantísima de todos es la pastoral vocacional. Es verdad que tenemos que darle muchas gracias a Dios porque, en estos años, no nos han faltado vocaciones y nuestro seminario figura entre los primeros de España en número de vocaciones. Pero, proporcionalmente a la cantidad de habitantes de la Diócesis, el número de vocaciones sigue siendo insuficiente y es mucho lo que nos queda por hacer. Por el misterio de la Encarnación sabemos que Dios siempre actúa por mediación nuestra. Y es muy grande la responsabilidad que tenemos para que lleguen a buen término las vocaciones que el Señor sigue suscitando.

Sabemos muy bien que nuestra primera subresponsabilidad es vivir santamente nuestra vocación sacerdotal. Al lado de un sacerdote santo siempre surgen vocaciones. Y la santidad va siempre unida al gozo inmenso de una vida totalmente entregada al servicio de Dios y de los hermanos. Ser sacerdote hoy es algo apasionante. Nadie como el sacerdote puede acercarse, con la luz de la fe, a los abismos

más profundos del corazón humano, participando en sus alegrías y penas y siendo para todos, cauce e instrumento privilegiado de la misericordia divina. Nadie como el sacerdote llega a alcanzar un grado de comunicación tan intenso con los hombres que le permita ser compañero, amigo y padre de mucha gente hambrienta de Dios y deseosa de escuchar palabras verdaderas que ayuden a entender el significado más hondo de la realidad en la que vivimos inmersos. Y esta pasión y este gozo de la vida sacerdotal hemos de transmitirla a nuestros jóvenes, para que, a través nuestro, el Señor, si es su voluntad, les llame al ministerio sacerdotal.

Pero esto, siendo lo más importante, no basta. Para fomentar la pastoral vocacional, junto al atractivo de nuestro testimonio personal, los jóvenes han de sentir el atractivo de una Iglesia unida; han de sentir la belleza una Iglesia que transparenta en su forma de ser y en su misión evangelizadora, esa unidad que brota de las Tres Divinas Personas y que por la gracia que nace de los sacramentos, especialmente del Bautismo y de la Eucaristía, va dando frutos abundantes de comunión. Estos frutos hemos de verlos, en lo que se refiere al cuidado y fomento de las vocaciones, en la pastoral de juventud. Es fundamental una pastoral de juventud, sin ambigüedades, con una propuesta clara y valiente del misterio de Cristo y, como ha venido haciendo Juan Pablo II en todo su pontificado, fomentando la vida interior y ofreciendo a los jóvenes la vocación a la santidad como algo que, con la gracia de Dios, llena el corazón y es posible alcanzar. El día a día de la pastoral de juventud hemos de hacerla en nuestras comunidades parroquiales y movimientos apostólicos, pero no es suficiente. Los jóvenes necesitan espacios más amplios donde vivir su fe y por ello hemos de ayudarnos mutuamente, para poder ofrecer a los jóvenes signos eclesiales y encuentros comunitarios que hagan visible la rica realidad de nuestra Iglesia diocesana; y, junto al Papa, en las jornadas mundiales, poder experimentar con gozo la catolicidad de la Iglesia. Las fronteras entre las naciones y las culturas son cada vez más flexibles y los jóvenes han nacido ya en un mundo globalizado en el que la Iglesia ha de manifestar la universalidad del evangelio y su capacidad de ser fermento de las culturas, fuente de unidad y semilla de un mundo y de una humanidad nueva en donde resplandezca la dignidad del hombre.

En la Diócesis de Getafe abundan los jóvenes y, por ello nuestra responsabilidad es aún mayor. El Señor nos está bendiciendo con muchos dones y nuestra respuesta ha de ser generosa. No escatimemos esfuerzos. Presentemos con toda su fuerza transformadora la palabra de Cristo, en el seno de una Iglesia diocesana unida y vigorosa, en la que todos los hombres de buena voluntad puedan reconocer

la vitalidad de aquella primitiva comunidad cristiana de la que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles donde *«los hermanos eran constantes en escuchar las enseñanzas de los apóstoles, en la vida en común, en la fracción del pan y en las oraciones y todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén»* (Hech. 2,42-47)

Encomendemos el Seminario y la Diócesis de Getafe a la Virgen María en este año de la Inmaculada y de la Eucaristía. Que ella, mujer eucarística, sea siempre nuestra maestra e intercesora.

*«Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida
y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo;
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos
en su vida y en su ministerio sacerdotal
Oh Madre de los sacerdotes» AMEN. (PDV82)*

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

Doña Gema María Jiménez Rodríguez

Los archivos eclesiásticos tienen una gran importancia para la eficacia de la misión de la Iglesia y para la sociedad civil. Es responsabilidad del obispo diocesano que se conserven diligentemente las actas y documentos contenidos en los diferentes archivos de la Diócesis. Para cumplir la misión de archivar y custodiar los documentos en nuestra Diócesis, concurriendo en tu persona las dotes y cualidades necesarias, por las presentes te nombro,

ARCHIVERA
del Archivo de la Curia y del Archivo “histórico”

Por el tiempo de mi voluntad. En el desempeño de tu oficio actuarás en conformidad con el Vicario General y Moderador de la Curia y con el responsable último del Archivo que es el Canciller-Secretario, para velar por el cumplimiento de las disposiciones del Código de Derecho Canónico referentes a la custodia y conservación de los archivos. (Cf. cc. 486 -488).

Confío en tu experiencia y pericia en estos temas así como en tu prudencia para desempeñar dignamente el oficio que te encomiendo.

Confía, para el desempeño de este cargo pastoral en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Dado en Getafe, a 20 de abril de 2005,

Por mandato de S. E. Rvdma.
José Javier Romera Martínez

CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO PRESBITERAL 2005-2008

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

Llevadas a cabo las elecciones a las que fue convocado el Presbiterio diocesano mediante Decreto de 28 de diciembre de 2004, y nombrados a su vez, en uso de las facultades que me concede el c. 497 & 3 del Código de Derecho Canónico, los miembros de libre designación que, junto con los miembros natos, conformarán el Consejo Presbiteral, éste queda constituido del siguiente modo:

MIEMBROS NATOS:

Ilmo. Sr. D. Antonio Domínguez Galán, Vicario General y Moderador de la Curia.

Ilmo. Sr. D. José María Avendaño Perea, Vicario General

Ilmo. Sr. D. Juan Fernández Rodríguez, Vicario Judicial

Ilmo. Sr. D. Antonio Cano de Santayana Ortega, Vic. Episcopal de Religiosas

M. Ilre. Sr. D. Rafael Zornoza Boy, Rector del Seminario

Rvdo. Sr. D. Guillermo Corral Peramato

Rvdo. Sr. D. José Antonio Luengo Lora

Rvdo. Sr. D. Antonio Manuel Lucero Granizo

Rvdo. Sr. D. Justo González Meda
Rvdo. Sr. D. Ernesto Luis Senovilla Velasco
Rvdo. Sr. D. Gregorio Romero Alonso
Rvdo. Sr. D. Ricardo Gómez Fernández
Rvdo. Sr. P. José Manuel Cabezón Vicente
Rvdo. Sr. D. Fermín Marcos Priego
Rvdo. Sr. D. Enrique Santayana Lozano
Rvdo. Sr. D. José Juan Lozano Carrasco
Rvdo. Sr. D. Ignacio Fernando López Ortega
Rvdo. Sr. D. Julio Rodrigo Peral

MIEMBROS ELEGIDOS:

Arciprestazgo de Alcorcón
Rvdo. Sr. D. Antonio Soler Areta
Rvdo. Sr. D. Jesús M. de las Heras Sánchez
Arciprestazgo de Aranjuez
Rvdo. Sr. D. Aurelio Carrasquilla Jerez
Arciprestazgo de Chinchón
Rvdo. Sr. D. Pedro Chaparro Barrigas
Arciprestazgo de Fuenlabrada
Rvdo. Sr. D. Andrés Calonge Berzunces
Rvdo. Sr. D. Jesús Torrecuadrada Fdez.
Arciprestazgo de Getafe
Rvdo. Sr. D. José Ángel García Botello
Rvdo. Sr. D. Julián Nicolás Ortiz
Arciprestazgo de Griñón
Rvdo. Sr. D. Enrique Conde Vara
Arciprestazgo de Leganés
Rvdo. Sr. D. José María Bueno Martín
Rvdo. Sr. D. Norberto Otero López
Arciprestazgo de Móstoles
Rvdo. Sr. D. Ignacio Torres Gozalo
Rvdo. Sr. D. Juan Luis Castón López
Arciprestazgo de Navalcarnero
Rvdo. Sr. D. Manuel de Castro Martínez
Arciprestazgo de Parla
Rvdo. Sr. D. Álvaro Ojeda Gutiérrez de Tovar

Rvdo. Sr. D. Luzvino Fernández García
Arciprestazgo de San Martín de Valdeiglesias
Rvdo. Sr. D. Juan Antonio Rodríguez Beltrán
Arciprestazgo de Valdemoro
Rvdo. Sr. D. Santiago Rodrigo Ruiz
Arciprestazgo de Villaviciosa de Odón
Rvdo. Sr. D. Antonio Lizana Lago
Curia y Delegaciones
Rvdo. Sr. D. Carlos Díaz Azarola
Capellanes
Rvdo. Sr. D. Mariano Fernández González
CONFER
Rvdo. Sr. D. Alfredo Martín Gonzalez

MIEMBROS DE LIBRE DESIGNACIÓN DEL SR. OBISPO:

Rvdo. Sr. D. Inocente García de Andrés
Rvdo. Sr. D. Manuel Torres López
Rvdo. Sr. D. Gonzalo Pérez-Boccherini Stampa
Por Seminario Menor
Rvdo. D. Manuel Vargas Cano de Santayana
Por Asociaciones de Fieles y Medios de Comunicación Social
Rvdo. Sr. D. Francisco Armenteros Montiel
Por Cáritas Diocesana
Rvdo. Sr. D. Jesús de Santos Martín
Secretario
Ilmo. Sr. D. José Javier Romera Martínez.

Dado en Getafe a 11 de abril de 2005

Por mandato de S.E.R.
José Javier Romera Martínez

DEFUNCIÓN

- D. Eliseo González González, Párroco de Santa María de los Ángeles, en Getafe, falleció el 22 de abril de 2005, en Móstoles, a los 75 años.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

**FOTO
JUAN PABLO II**

BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Karol Józef Wojtyła, conocido como Juan Pablo II desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941.

A los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela *Marcin Wadowita* de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (*Solvay*), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del «Teatro Rapsódico», también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada «Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler». Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-65), con una contribución importante en la elaboración de la constitución *Gaudium et spes*, el Cardenal Wojtyla tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II ha realizado 104 viajes pastorales fuera de Italia, y 146 por el interior de este país. Además, como Obispo de Roma ha visitado 317 de las 333 parroquias romanas.

Entre sus documentos principales se incluyen: 14 Encíclicas, 15 Exhortaciones apostólicas, 11 Constituciones apostólicas y 45 Cartas apostólicas. El Papa también ha publicado cinco libros: «Cruzando el umbral de la esperanza» (octubre de 1994); «Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal» (noviembre de 1996); «Tríptico romano - Meditaciones», libro de poesías (Marzo de 2003); «¡Levantaos! ¡Vamos!» (mayo de 2004) y «Memoria y identidad» (su publicación está prevista para la primavera de 2005).

Juan Pablo II ha presidido 147 ceremonias de beatificación -en las que ha proclamado 1338 beatos- y 51 canonizaciones, con un total de 482 santos. Ha celebrado 9 consistorios, durante los cuales ha creado 231 (+ 1 in pectore) Cardenales. También ha presidido 6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio.

Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido 15 Asambleas del Sínodo de los Obispos: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de 17.600.100 peregrinos han participado en las más de 1160 Audiencias Generales que se celebran los miércoles. Ese numero no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas (más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000) y los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las 38 visitas oficiales y las 738 audiencias o encuentros con jefes de Estado y 246 audiencias y encuentros con Primeros Ministros.

Fuente: Oficina de Prensa de la Santa Sede.

VIAJES APOSTÓLICOS DE JUAN PABLO II A ESPAÑA

PRIMER VIAJE APOSTÓLICO DE JUAN PABLO II A ESPAÑA (31 de Octubre a 11 de Noviembre de 1982)

DÍA 1º: Domingo 31 de octubre.
(Madrid: Barajas, Sede de la CEE, Parroquia Ntra. Sra. de Guadalupe)

AEROPUERTO DE MADRID-BARAJAS: Discurso a las autoridades, presididas por los Reyes, a la Iglesia y al pueblo de España: «Gracias, España, Gracias, Iglesia de España».

MADRID: Visita, bendición e inauguración de la nueva sede de la Conferencia Episcopal Española en la calle Añastro de Madrid. Momento de oración en la capilla, reunión con los Obispos en el aula de la Asamblea Plenaria y discurso sobre la misión del Obispo en la Iglesia. Encuentro con los colaboradores y empleados de la Casa de la Iglesia y palabras de saludo acerca del servicio a la tarea evangelizadora en España.

MADRID: Visita a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid y presidencia de un acto eucarístico organizado por la Adoración Nocturna Española. El Papa pronuncia un discurso sobre la eucaristía, «el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Iglesia».

DÍA 2º: Lunes 1 de noviembre.
(Solemnidad de todo los Santos)
(Ávila y Alba de Tormes: Clausura del IV Centenario de la muerte
de Sta. Teresa de Jesús. Salamanca: Encuentro en la Universidad Pontificia)

ÁVILA: Encuentro y alocución a las monjas y monjes de clausura reunidas en el Monasterio de la Encarnación de Ávila. El Papa habla sobre el papel primario de la vida contemplativa en la Iglesia. «Las almas contemplativas, avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino».

ÁVILA: Eucaristía concelebrada con todos los Obispos de España ante las murallas de Ávila, en la Puerta del Carmen. Pronuncia una homilía sobre Santa Teresa de Jesús, a quien define como «hija singularmente amada de la Sabiduría Divina».

ALBA DE TORMES: Celebración de la Palabra en el campo de la Dehesa. Homilía del Papa acerca de los caminos teresianos. Visita al Monasterio de Carmelitas Descalzas, donde murió y está enterrada Santa Teresa de Jesús. En su alocución realiza una evocación y una plegaria ante el sepulcro de la mística doctora de la Iglesia.

SALAMANCA: Visita a la Universidad Pontificia y encuentro con el claustro de profesores. Discurso papal sobre el papel de los teólogos en la comunión eclesial.

DÍA 3º: Martes 2 de noviembre.
(Conmemoración de los Difuntos)
(Madrid: Cementerio de la Almudena, Palacio Real, Sede de
la Organización Mundial del Turismo, Nunciatura Apostólica,
Plaza de Lima y Parroquia «Ntra. Sra. de Guadalupe»)

Eucaristía en el cementerio de la Almudena de Madrid. Salutación inicial.

Recepción de los Reyes de España, del Gobierno y principales autoridades de la nación en el Palacio Real. Discurso del Papa sobre el mensaje de la buena nueva y la misión de la Iglesia en la construcción de una sociedad basada en la fraternidad, la justicia y la paz. El Papa habla también de los valores de la concordia y la convivencia.

Visita a la Organización Mundial del Turismo. Discurso papal sobre el interés de la Iglesia por el fenómeno del turismo y sobre el sentido cristiano de las vacaciones.

Recepción en la Nunciatura Apostólica al Cuerpo Diplomático acreditado ante el Reino de España. Discurso papal sobre la diplomacia como arte para la paz y la justicia.

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con representantes de los empresarios de medios de comunicación social. Discurso papal sobre el servicio desde los medios de comunicación a la causa del hombre en su integridad.

Visita privada a la Familia Real Española en el Palacio de la Zarzuela, residencia oficial del Rey de España.

Misa para las familias cristianas en la plaza de Lima. Homilía del Papa sobre el matrimonio y la familia a la luz de las palabras y del sacramento de Jesucristo. Participaron más de un millón de personas.

Encuentro en la parroquia «Ntra. Sra. de Guadalupe» con religiosos y miembros de Institutos Seculares. Discurso papal sobre el seguimiento a Cristo y el servicio gozoso en santidad de vida y la grandeza de la vocación consagrada.

DÍA 4º: Miércoles 3 de noviembre.
(Madrid: Nunciatura Apostólica, Universidad Complutense,
Parroquia de «San Bartolomé» de Orcasitas y Estadio «Santiago Bernabeu».)

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con la comunidad judía de España. En su saludo, el Papa habla del «culto y amor ferviente al único y verdadero Dios».

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con representantes de Confesiones cristianas no católicas. En su discurso, el Papa habla de la «solicitud por la unidad en el amor».

Encuentro en la Nunciatura Apostólica con periodistas e informadores. En su saludo, Juan Pablo II habla de la «importante y delicada misión de informar».

Encuentro en el Aula Magna de la Universidad Complutense con los representantes de la Universidad, Reales Academias e investigadores. Juan Pablo II habla del diálogo entre la Iglesia y las nuevas culturas.

En el campus de la Universidad Complutense de Madrid, encuentro del Papa con los universitarios, en el que habla del «Dios que hace nuevas todas las cosas».

Eucaristía en la parroquia de «San Bartolomé», del barrio obrero de Orcasitas. Inauguración del templo. En su homilía, el Santo Padre habla de «Jesucristo, piedra angular del nuevo templo de Dios». Habla también sobre la acción pastoral a través de la parroquia y la importancia capital de ésta.

Encuentro con los jóvenes de España en el Estadio Santiago Bernabeu. Participan cerca de un millón de jóvenes, a quienes Juan Pablo II propone las bienaventuranzas como programa de lucha para vencer el mal con el bien y habla del potencial humano y cristiano de la juventud española.

DÍA 5º: Jueves 4 de noviembre.
(Fiesta onomástica del Papa)
(Guadalupe, Toledo, Segovia)

GUADALUPE: Celebración de la Palabra en la plaza del Santuario de la Virgen. Homilía sobre el drama y reto humano, social y cristiano de las migraciones.

TOLEDO: Eucaristía en el polígono industrial de esta ciudad. Es la Misa dedicada al apostolado seglar. Después, el Papa visita la Catedral Primada.

SEGOVIA: Acto en la plaza de la artillería, junto al Acueducto, en el glosa la figura de San Juan de la Cruz. Visita posterior a la Iglesia de los Carmelitas Descalzas donde se halla el sepulcro de este gran santo sobre quien Karol Wojtyła hizo su tesis doctoral.

DÍA 6º: Viernes 5 de noviembre.
(Sevilla y Granada)

SEVILLA: Misa en el Campo de la Feria y beatificación de Sor Ángela de la Cruz. Posterior visita a la Catedral hispalense.

GRANADA: Celebración de la Palabra en el Polígono de Almanjayar. Homilía sobre la educación en la fe y la catequesis.

DÍA 7º: Sábado 6 de noviembre.
(Loyola, Javier y Zaragoza)

LOYOLA: Eucaristía en el Santuario de Loyola (Guipúzcoa), cuna de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús. La celebración está dedicada a los religiosos y religiosas. En su homilía, el Santo Padre habla de la «fidelidad a Cristo y a la Iglesia en las líneas señaladas por el Concilio Vaticano II».

JAVIER: Encuentro con misioneros y misioneras e imposición del crucifijo misionero en la explanada del Castillo de Javier (Navarra). El Papa habla en su alocución de la dimensión esencialmente misionera y evangelizadora de la Iglesia. Visita posterior al Castillo de Javier, donde nació San Francisco Javier, patrón de las misiones.

ZARAGOZA: Acto mariano nacional en la plaza Eduardo Ibarra. Homilía del Papa acerca de la presencia evangelizadora de la Virgen en la España del pasado, presente y futuro. Visita a la Basílica de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza y encuentro con minusválidos y enfermos, a quienes habla del sentido cristiano del sufrimiento «con Cristo que sufre». En la plaza de la Basílica del Pilar, el Papa reza el Santo Rosario, transmitido por radio y televisión para España y todo el mundo.

DÍA 8º: Domingo 7 de noviembre.
(Montserrat y Barcelona. Jornada muy lluviosa.
Fue el único día de todo el viaje en que llovió).

MONTSERRAT: Misa del Papa en la Iglesia Monacal. Homilía en la Plaza del Monasterio sobre el sentido cristiano de la vida como peregrinación, imitando el estilo de la Madre, hacia el monte de la paz.

BARCELONA: Visita al Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. Rezo del Angelus y alocución sobre «la unidad de fe y comunión de vida en el quehacer diario de una gran ciudad» y sobre los rasgos de la familia cristiana. Visita a la Catedral de Barcelona.

BARCELONA: Encuentro en Montjuich con empresarios y trabajadores, a quienes habla del evangelio del trabajo y de la doctrina social de la Iglesia. Eucaristía vespertina en el Estadio del Nou Camp, en cuya homilía llama a los fieles a «adoptar siempre actitudes auténticamente cristianas en la vida personal y social.

DÍA 9º: Lunes 8 de noviembre.
(Valencia, Moncada, Alcira, Madrid)

VALENCIA: Encuentro con los ancianos en la plaza del Santuario de la Virgen de los Desamparados. En su discurso, el Santo Padre expresa la preocupación pastoral y el afecto de la Iglesia hacia los hombres y mujeres de la tercera edad. Posterior visita del Santuario y de la Catedral.

VALENCIA: En la Alameda, celebración eucarística con ordenación sacerdotal de 141 diáconos de toda España. Es el acto de este viaje dedicado especialmente a los sacerdotes. En su homilía, el Papa habla del ministerio sacerdotal al servicio de los hermanos y de la necesidad de que los presbíteros sean «sacerdotes de cuerpo entero». Al final de la Eucaristía, el Papa hace entrega al Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Gabino Díaz Merchán, de un mensaje a los seminaristas de España, en el que señala que se preparan a ser «futuros sacerdotes en un mundo que necesita ver huellas claras del evangelio».

MONCADA: Encuentro con los sacerdotes y seminaristas. Alocución del Papa sobre la necesidad de que estos sean «amigos fieles del amigo fiel» y de que sepan ofrecer a los hombres la salvación.

ALCIRA: Visita no programada inicialmente. Encuentro del Papa con los habitantes de la zona afectada por recientes y dramáticas inundaciones. En su saludo, Juan Pablo II expresa la cercanía y la solidaridad de la Iglesia con los que sufren.

MADRID: Encuentro con las religiosas y miembros de Institutos Seculares femeninos en el Palacio de Deportes de la capital de España. En su alocución, el Santo Padre habla del sentido de la vocación y del seguimiento cotidiano a Jesucristo.

DÍA 10º Y ÚLTIMO: Martes 9 de noviembre.
(Madrid y Santiago de Compostela)

MADRID: Encuentro con el personal de los cuerpos de seguridad y del protocolo de la Nunciatura Apostólica, en el que el Santo Padre expresa su gratitud por su servicio y contribución al buen desarrollo del viaje pontificio.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: Misa del peregrino en las instalaciones del aeropuerto de Labacolla. En la homilía, Juan Pablo II habla de que «la fe católica constituye la identidad del pueblo español». 1982 fue Año Santo Compostelano.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: En la plaza del Obradoiro, encuentro con las gentes del mar. Discurso papal sobre la dignidad del trabajo humano y la toma de conciencia de que todos estamos en la barca de Jesucristo.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: En la Catedral del Apóstol, acto europeísta. En su discurso, Juan Pablo II habló de las raíces cristianas de Europa y de su necesaria renovación espiritual y humana. Oración ante el sepulcro de Santiago.

SANTIAGO DE COMPOSTELA: Acto de despedida en el aeropuerto de Labacolla con la presencia, al igual que en el acto anterior, de los Reyes de España. Discurso de despedida del Papa: «¡Hasta siempre, España! ¡Hasta siempre, tierra de María!».

NOTAS FINALES

- El Papa Juan Pablo II tuvo como residencia durante todos los días de su viaje apostólico a España la sede de la Nunciatura Apostólica en Madrid. Allí regresó todas las noches y de allí partió a las distintas etapas de su periplo. Era Nuncio Apostólico en España Mons. Antonio Inocenti.

- El Santo Padre se desplazó por España en un helicóptero de la Fuerza Aérea Española, pilotado habitualmente por el General Ignacio Martínez Eiroa. El coordinador de parte del Estado Español de este viaje fue el diputado Luis Apostua Palos, ex subdirector del diario «YA» de Madrid. El coordinador de parte de la

Santa Sede del viaje fue el padre jesuita Roberto Tucci. Por parte de la Conferencia Episcopal Española, los coordinadores fueron el Obispo Secretario General, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, y los dos Vicesecretarios, Monseñores José María Eguaras Iriarte y Bernardo Herráez Rubio.

- El Presidente de la Conferencia Episcopal Española durante este primer viaje del Papa era el entonces Arzobispo de Oviedo. Mons. Gabino Díaz Merchán fue elegido para este cargo, en sustitución del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, todavía Arzobispo de Madrid, en febrero de 1981, junto a Mons. José Delicado Baeza, Arzobispo de Valladolid, como Vicepresidente. Desde junio de 1982, el entonces Obispo de León, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, era el Secretario General de la CEE.

- El Jefe del Estado Español era el Rey Juan Carlos I. El Gobierno de España estaba presidido en funciones por Leopoldo Calvo Sotelo, del partido de la Unión del Centro Democrático, una vez que el 28 de octubre anterior, se celebrasen elecciones generales legislativas en España, en las que el Partido Socialista Obrero Español obtuvo una muy holgada mayoría absoluta.

- Eran Obispos de las diócesis españolas visitadas por el Papa los siguientes Prelados: Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, de Madrid; Mons. Felipe Fernández García, de Ávila; Mons. Mauro Rubio Repullés, de Salamanca; Cardenal Marcelo González Martín, de Toledo; Mons. Antonio Palenzuela Velázquez, de Segovia; Mons. José Méndez Asensio, de Granada; Mons. Carlos Amigo Vallejo, de Sevilla; Mons. José M^a Setién Alberro, de San Sebastián; Mons. José María Cirarda Lachiondo, de Pamplona y Tudela; Mons. Elías Yanes Álvarez, de Zaragoza; Cardenal Narciso Jubany Arnau, de Barcelona; Mons. Miguel Roca Cabanellas, de Valencia; y Mons. Ángel Suquía Goicoechea, de Santiago de Compostela. De esta última archidiócesis era entonces Obispo auxiliar el actual Presidente de la Conferencia Episcopal Española y Arzobispo de Madrid, Cardenal Antonio M^a Rouco Varela.

- El Santo Padre Juan Pablo II visitó un total de 18 ciudades (Madrid, Ávila, Alba de Tormes, Salamanca, Guadalupe, Toledo, Segovia, Sevilla, Granada, Loyola, Javier, Zaragoza, Montserrat, Barcelona, Valencia, Moncada, Alcira y Santiago de Compostela) pertenecientes a 11 Comunidades Autónomas: Madrid, Castilla y León, Extremadura, Castilla-La Mancha, Andalucía, País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña, Comunidad Valenciana y Galicia.

- Juan Pablo II pronunció en España un total de 57 discursos, a los que hay que añadir un mensaje previo, la alocución del Angelus en Roma del 10 de noviembre y la posterior catequesis de la audiencia general de los miércoles.

- Todos los actos del Papa fueron seguidos por miles y miles de personas. En la Misa de las Familias de la plaza de Lima de Madrid, el 2 de noviembre, y en el encuentro con los jóvenes, en el estadio Santiago Bernabéu, también en Madrid, participaron en torno a un millón de personas. Fueron los dos actos más multitudinarios. TVE transmitió en directo la práctica totalidad de este viaje papal.

- Juan Pablo II se encontró con distintos y numerosos colectivos de la Iglesia y la sociedad españolas: los Obispos, los monjes y monjas de clausura, los teólogos, las autoridades y los representantes del pueblo, los diplomáticos, los empresarios de los medios de comunicación, los periodistas e informadores, las familias, los jóvenes, los representantes del judaísmo y de otras confesiones cristianas no católicas, los universitarios, los profesores, académicos, científicos e intelectuales, los obreros, los emigrantes, los representantes de los grupos, asociaciones y movimientos de apostolado seglar, los educadores cristianos, los catequistas y los niños, los religiosos, las religiosas y los miembros de los Institutos Seculares, los misioneros y las misioneras, los enfermos y los minusválidos, los trabajadores y empresarios, agentes de la seguridad del Estado, los mayores, los sacerdotes y los seminaristas, víctimas de catástrofes naturales, los hombres y mujeres del mar, políticos vinculados con Europa y, con el turismo, y sobre todo, con el pueblo, con el pueblo de Dios que peregrina en la Iglesia Católica en España.

- La doctrina predicada por el Santo Padre durante su viaje apostólico a España y sus interpelaciones y retos constituyeron la base del Plan Pastoral que la Conferencia Episcopal Española aprobó meses después, ya en 1983, bajo el título «La visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo».

SEGUNDO VIAJE APOSTÓLICO DE JUAN PABLO II A ESPAÑA (10 a 11 de Octubre de 1984)

DÍA 1º: Miércoles 10 de octubre.

Llegada del Papa Juan Pablo II al aeropuerto de Garrapinillos, en Zaragoza, a las 18 horas. Fue recibido por el Jefe del Estado, el Presidente del Gobierno

y varios de sus ministros y otras autoridades civiles, el Arzobispo de Zaragoza y los miembros de la Conferencia Episcopal Española.

A las 18,30 horas, el Santo Padre visita la Basílica de la Virgen del Pilar de Zaragoza. Ora ante la venerada imagen y saluda a padres y familiares de misioneros españoles en América Latina.

A las 19 horas, visita el Ayuntamiento de Zaragoza, donde el Alcalde le entrega la llaves de la ciudad.

Entre las 19,15 y las 20,30 horas, Celebración litúrgica en la Avda. de los Pirineos (Carretera de Huesca), en el Actur. En su alocución el Papa llama a España a ser «fiel a su historia de fe».

A las 21 horas, en el Palacio Arzobispal de Zaragoza, se encuentra con los Obispos españoles. Posteriormente, desde el balcón de la sede del Arzobispado saluda a los cientos de miles de fieles presentes en la Plaza del Pilar y que durante esa noche iban a tener una vigilia mariana de oración.

DÍA 2º: Jueves 11 de octubre.

A las 8 de la mañana, el Papa Juan Pablo II vuelve a saludar a los fieles, especialmente jóvenes, presentes en la Plaza del Pilar.

A las 9,45 horas, parte en avión desde el aeropuerto de Garrapinillos de Zaragoza hacia República Dominicana. Antes, el Papa se entrevistó con el Presidente del Gobierno español.

NOTAS FINALES

- En octubre de 1984 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. El Arzobispo de Zaragoza era Mons. Elías Yanes Álvarez y el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo.

- Esta visita papal a España duró tan sólo 16 horas y tuvo a la ciudad de Zaragoza como su único destino. Se trataba de una escala querida por el Papa en el comienzo de su viaje apostólico a República Dominicana y Puerto Rico para inaugurar el novenario de años de preparación al V Centenario del descubrimiento y evangelización de América. Es obvio el simbolismo de esta escala en Zaragoza, a los pies de la Virgen del Pilar, patrona de la Hispanidad, en cuya festividad litúrgica, el 12 de octubre de 1492, fue descubierto el llamado nuevo mundo y puesto por el descubridor Cristóbal Colón bajo la cruz de Cristo.

TERCER VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA

(Santiago de Compostela y Asturias, 19-21 de Agosto de 1989)

DÍA 1º: Sábado 19 de agosto.
(Santiago de Compostela)

Llegada a las 11,05 horas al aeropuerto de Labacolla de Santiago de Compostela. Discursos oficiales. Encuentro privado con el Rey de España.

Rito del peregrino, tras haber recorrido a pie el Papa y séquito los cien metros que distan entre el Convento de San Francisco y la Catedral compostelana, donde tiene lugar la liturgia de la Palabra. Discurso del Papa en el que glosó el salmo 121 («¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor!»). Asimismo, afirmó que «la ruta jacobea es paradigma de la peregrinación de la Iglesia».

En la sede del Arzobispado de Santiago de Compostela, encuentro con el Comité Organizador de la Jornada Mundial de la Juventud.

En el Seminario de San Martín Pinario, encuentro con jóvenes minusválidos. Discurso del Papa. Juan Pablo II recordó a los jóvenes minusválidos que también a ellos el Señor les envía a su viña y que el hombre que sufre es el camino de la Iglesia.

En la sede del Arzobispado compostelano, encuentro con los miembros de la Xunta de Galicia.

En el Monte del Gozo, Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud. Homilía del Papa. En ella, entre otras cosas, alentó a los jóvenes del mundo a la defensa de la familia y de la vida y a contribuir en la tarea de la nueva evangelización. «Vengo

a comprometeros -dijo el Papa a los jóvenes- en la construcción de un mundo donde resplandezca la dignidad del hombre»

DÍA 2º: Domingo 20 de agosto.
(Santiago de Compostela y Oviedo)

Eucaristía de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, en el Monte del Gozo. Homilía sobre el lema de la misma «Yo soy el camino, la verdad y la vida» y alocución del Angelus.

Llegada al aeropuerto de «Ranón» de Oviedo a las 13,15 horas, Saludos oficiales.

Visita a la Catedral de Oviedo y a la Cámara Santa.

Eucaristía en el aeroclub de Llanera. Homilía del Papa

DÍA 3º: Lunes 21 de agosto (Oviedo y Covadonga).

Encuentro con el Patronato de la Gruta y Real Sitio de Covadonga.

Visita a Nuestra Señora «La Santina de Covadonga» en la Santa Cueva. Plegaria ante la venerada imagen de La Santina.

Eucaristía en la plaza ante la Basílica de Covadonga. En la homilía, el Papa propone la reconquista moral de Europa desde Covadonga.

Visita privada del Santo Padre al parque natural de los Lagos de Covadonga.

A partir de las 17,20 horas, ceremonia de despedida en el aeropuerto de «Ranón» de Asturias. Encuentro privado con el Presidente del Gobierno español.

NOTAS FINALES

- En agosto de 1989 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español, con quien el Papa

mantuvo una entrevista privada en el aeropuerto de Asturias. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. El Arzobispo de Santiago de Compostela era Mons. Antonio M^a Rouco Varela y el Arzobispo de Oviedo Mons. Gabino Díaz Merchán. El Presidente de la Conferencia Episcopal Española era el Cardenal Ángel Suquía Goicoechea, Arzobispo de Madrid; el Vicepresidente, Mons. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo de Zaragoza; y el Secretario General, Mons. Agustín García Gasco y Vicente, Obispo auxiliar de Madrid.

- Esta tercera visita papal a España se organizó para la clausura de la IV Jornada Mundial de la Juventud, que tuvo lugar en Santiago de Compostela. Por voluntad del Papa, se amplió a Asturias, que había sido una de las etapas pendientes tras su primer periplo apostólico a España.

- En la Jornada Mundial de la Juventud de Santiago de Compostela, la segunda que se celebraba fuera de Roma, tras la creación de las mismas, participaron cerca de un millón de jóvenes.

- La presidencia civil de los actos en Asturias corrió a cargo del Príncipe de Asturias, Felipe de Borbón.

CUARTO VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA

(12-17 de junio de 1993)

DÍA 1º: Sábado, 12 de junio.

SEVILLA

Llegada al aeropuerto de Sevilla a media mañana, donde fue recibido por el Jefe del Estado, el Presidente del Gobierno y varios de sus ministros y otras autoridades civiles, el Arzobispo de Sevilla, los miembros de la Conferencia Episcopal Española y el Legado Pontificio al Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla, Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo (República Dominicana) y Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Palabras de saludo.

Angelus en la Plaza de la Virgen de los Reyes, sede del Arzobispado hispalense. En su alocución el Papa habló de la «eucaristía como fuente de un renovado impulso de vida cristiana».

Adoración eucarística en la Catedral de Sevilla. Homilía del Papa sobre la eucaristía y la evangelización.

En el Polideportivo Municipal de Sevilla, ordenación sacerdotal de 37 diáconos.

Homilía del Papa sobre el sacerdocio como compromiso de servicio a los hermanos.

Encuentro con los fieles, especialmente jóvenes, desde el balcón del Palacio Arzobispal de Sevilla.

DÍA 2º: Domingo, 13 de junio.

SEVILLA Y DOS HERMANAS

Eucaristía de clausura del 45 Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla, en el Campo de la Feria. Homilía sobre la eucaristía como «compromiso de caridad sin límites» y rezo del Angelus, en cuya alocución habló de la relación entre la eucaristía y la Virgen María.

Encuentro con los delegados nacionales del 45 Congreso Eucarístico Internacional, en el Patio de Naranjos de la Catedral hispalense. Discurso del Papa sobre el Congreso Eucarístico Internacional como signo de catolicidad.

Inauguración de la obra social del Congreso Eucarístico Internacional, en la Residencia «San Rafael» de Dos Hermanas. Discurso del Papa sobre la dimensión social, caritativa y solidaria de la eucaristía.

DÍA 3º: Lunes, 14 de junio.

HUELVA, LA RÁBIDA, PALOS DE LA FRONTERA, MOGUER Y EL ROCÍO

Eucaristía en la Avda. de Andalucía de Huelva. En su homilía, el Papa subrayó la necesidad de que la Iglesia en España -pastores y fieles- haga presente en medio de la sociedad los valores permanentes del evangelio.

Breve visita a los lugares colombinos de Moguer y Palos de la Frontera.

Coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros del monasterio de La Rábida. Plegaria del Papa a Santa María, Estrella de la evangelización. Visita al Santuario de la Virgen del Rocío. En su alocución, el Santo Padre habló de la auténtica devoción a la Virgen María y de sus caminos y expresiones.

DÍA 4º: Martes, 15 de junio.

MADRID

Llegada en avión al aeropuerto de Madrid-Barajas.

Traslado a la sede de la Conferencia Episcopal Española, en la calle Añastro, donde mantuvo un encuentro con los Obispos españoles, a quienes entregó un discurso sobre el anuncio incansable del evangelio, y saludo a los sacerdotes, consagrados y laicos que trabajan en la sede de la Casa de la Iglesia.

Eucaristía de dedicación y consagración de la Catedral de Ntra. Sra. de la Almudena de Madrid. En su homilía, el Santo Padre habló de una catedral, esta catedral de la Almudena, como símbolo y reto del dinamismo del pueblo de Dios.

DÍA 5 º: Miércoles, 16 de junio.

MADRID

En los campos de deportes del Seminario Conciliar de Madrid, encuentro con los seminaristas y sacerdotes. En su alocución, el Papa habló de la vocación sacerdotal y religiosa como don precioso de Dios al servicio de los hermanos.

En la sede de la Nunciatura Apostólica, recepción al Cuerpo Diplomático y discurso papal sobre el servicio a la gran causa común de la paz.

Visita privada al Palacio de la Zarzuela, sede del Jefe de Estado español, donde se encontró con la Familia Real.

En la plaza de Colón, eucaristía de canonización de Enrique de Ossó y Cervelló, con una asistencia superior al millón de personas. Juan Pablo II llamó a los fieles a «salir a las calles» en y con el nombre del Señor y a hacer de la hora

presente, «la hora de Dios». Glosó asimismo la figura del nuevo santo y su permanente mensaje interpelador.

DÍA 6º: Jueves, 17 de junio.

MADRID

A las 10 horas, acto oficial de despedida en el aeropuerto de Madrid-Barajas. «Reavivad vuestras raíces cristianas» fueron algunas de las llamadas finales del Papa.

NOTAS FINALES

- En junio de 1993 el gobierno de la nación española estaba presidido por Felipe González Márquez, del Partido Socialista Obrero Español. Acababan de celebrarse elecciones generales en España. Resultó vencedor de las mismas el PSOE, pero sin mayoría absoluta. El Jefe del Estado era el Rey Juan Carlos I. Era Presidente de la Conferencia Episcopal Española Mons. Elías Yanes Álvarez, Arzobispo de Zaragoza; Vicepresidente, Mons. Fernando Sebastián Aguilar, Arzobispo de Pamplona y Tudela; y Secretario General, Mons. José Sánchez González, Obispo de Sigüenza-Guadalajara, que fue el coordinador español de este nuevo viaje papal. Eran Prelados de las diócesis visitadas por el Papa Mons. Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla; Mons. Rafael González Moralejo, Obispo de Huelva; y Cardenal Ángel Suquía Goicoechea, Arzobispo de Madrid.

- Una de las principales razones de este cuarto viaje papal de Juan Pablo II a España era la clausura del 45 Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo a la ciudad de Sevilla como sede. Juan Pablo II ha presidido siempre las clausuras de los distintos Congresos Eucarísticos Internacionales celebrados en su pontificado. La celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla se enmarcaba asimismo dentro de los actos conmemorativos del V Centenario del descubrimiento y evangelización de América, obra en la que Sevilla tuvo una gran importancia.

En este contexto de las estrechas vinculaciones de nuestra Iglesia con la obra de la evangelización del llamado nuevo mundo se insertó también la visita papal a Huelva a los llamados lugares colombinos.

En Madrid, el Santo Padre, entre otros actos, dedicó y bendijo la Catedral de la Almudena y canonizó a Enrique de Ossó y Cervelló, sacerdote español del siglo XIX y fundador del Instituto de Vida Consagrada Compañía de Santa Teresa de Jesús.

QUINTO VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA

(3-4 de Mayo de 2003)

DÍA 1º: Sábado 3 mayo.

A las 12,00 horas, llegada del Santo Padre al aeropuerto internacional de Madrid-Barajas, donde fue recibido por Sus Majestades los Reyes, el Gobierno de la Nación y otras autoridades del Estado y de más Administraciones, el Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española y los miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Palabras de bienvenida de S.M. el Rey.

Palabras de Su Santidad Juan Pablo II.

A las 17,30 horas, encuentro con el Presidente del Gobierno en la Nunciatura Apostólica, en Madrid.

A las 18,45 horas, encuentro con casi un millón de jóvenes en la Base Aérea de Cuatro Vientos, en Madrid.

Palabras de presentación y saludo de Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y Arzobispo de Valladolid

Palabras de Juan Pablo II a los jóvenes en el aeródromo de Cuatro Vientos.

Testimonios: matrimonio, joven disminuida física, seminarista, monja contemplativa, hermana de la Cruz, la cruz en mi vida, joven de Madrid.

DÍA 2º: Domingo 4 mayo.

A las 10, 00 horas, celebración de la Santa Misa en la Plaza de Colón de Madrid en la que fueron canonizaciones Pedro Poveda Castroverde, presbítero,

mártir, fundador de la Institución Teresiana; José María Rubio, presbítero, de la Compañía de Jesús; Genoveva Torres Morales, virgen, fundadora de las Angélicas; Ángela de la Cruz, virgen, fundadora de las hermanas de la Compañía de la Cruz; y Maravillas de Jesús, virgen, de la Orden de las Carmelitas Descalzas.

Saludo al Santo Padre del Cardenal Antonio M^a Rouco al comienzo de la celebración Eucarística.

Homilía del Papa Juan Pablo II en la ceremonia de Colón.

Regina Coeli.

A las 13,45 horas, encuentro y comida con los cardenales de España, los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española y los cardenales y obispos del séquito Papal en la Nunciatura Apostólica.

A las 17,00 horas, encuentro con los Reyes en la Nunciatura Apostólica.

A las 18,15 horas, ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional Madrid-Barajas, desde donde, a las 18,45 horas, partió con destino a Roma.

NOTAS FINALES

- En mayo de 2003 el Gobierno de la Nación española estaba presidido por José M^a Aznar López, del Partido Popular. El Cardenal Antonio M^a Rouco Varela era el Presidente de la Conferencia Episcopal Española y Arzobispo de Madrid.

- La canonización de cinco beatos españoles fue el motivo de esta quinta y última visita de Juan Pablo II a España. El Papa aprovechó para encontrarse con casi un millón de jóvenes que desde primera hora de la mañana prepararon en la Base Aérea de Cuatro Vientos una calurosa y emotiva bienvenida al Santo Padre.

MENSAJE PÓSTUMO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

PARA EL REGINA COELI DEL DOMINGO DE LA DIVINA MISERICORDIA

Domingo 3 de abril de 2005

Mensaje que Juan Pablo II había preparado para que fuera leído con motivo de la oración mariana del «Regina Caeli» en este Domingo de la Misericordia, leído tras la misa en sufragio del Santo Padre en la plaza de San Pedro del Vaticano.

Fue leído «con tanto honor y tanta nostalgia», «por explícita indicación» del Santo Padre, como él mismo dijo, por el arzobispo Leonardo Sandri, sustituto de la Secretaría de Estado, tras la celebración eucarística en sufragio por Juan Pablo II presidida por el cardenal Angelo Sodano.

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el Resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y «les mostró las manos y el costado» (Juan 20, 20),

es decir, los signos de la dolorosa pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único» (Juan 3, 16).

Este misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo «in Albis», dedicado al culto de la Divina Misericordia.

2. A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

3. La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!

HOMILÍA DEL CARDENAL RATZINGER EN EL FUNERAL POR JUAN PABLO II

Viernes 8 de abril de 2005

«Sígueme», dice Dios Resucitado a Pedro como su última palabra, a este discípulo escogido para llevar el rebaño. «Sígueme». Esta palabra de Cristo puede considerarse como la clave para comprender el mensaje que viene de la vida de nuestro difunto y amado Juan Pablo II, cuyos restos mortales colocamos hoy en la tierra como signo de inmortalidad. El corazón rebosando de tristeza, pero también de esperanza y de gratitud, de reconocimiento. Estos son los sentimientos de nuestra alma.

Hermanos y hermanas, en Cristo estáis presentes en la plaza de San Pedro, en las calles y en otros lugares de la ciudad de Roma, en estos días, como una muchedumbre silenciosa y orante. Saludo a todo el mundo cordialmente, también en nombre del Colegio Cardenalicio, deseo dirigir mi pensamiento a los jefes de Estado, de Gobierno, a las delegaciones de los distintos países. Saludo también a las autoridades y a los representantes de las iglesias y las comunidades cristianas y también de las distintas religiones. También a los arzobispos, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y también a los feligreses, futuro y esperanza de la Iglesia. Además mi saludo va a todos aquellos que en el mundo se unen a nosotros a través de la televisión, de la radio, en esta participación coral en el rito de despedida de nuestro amado Pontífice.

«Sígueme». Cuando era joven estudiante, Karol Wojtyła era entusiasta de la literatura, del teatro, de la poesía, trabajando en una planta química, rodeado por el terror nazi oyó la voz del Señor que le decía «Sígueme». En este contexto muy especial, empezó a leer libros de filosofía y de teología y luego entró en el seminario clandestino y tras la guerra pudo completar sus estudios en la Facultad Teológica de la Universidad de Cracovia. Muchas veces en sus cartas enviadas a los sacerdotes y en sus libros autobiográficos nos ha hablado de su sacerdocio, al que fue ordenado el 1 de noviembre de 1946. En estos textos interpreta su sacerdocio especialmente a partir de tres Palabras del Señor. En primer lugar: «Sois vosotros quienes me habéis escogido a mí, pero soy yo el que os ha escogido a vosotros para que vayáis y llevéis el fruto, y vuestro fruto permanezca». La segunda Palabra es: «El Buen Pastor ofrece su vida por los pequeños». Y, finalmente: «Como mi Padre me amó a mí, así, yo también os he amado a vosotros. Os quedáis en mi amor». Con estas tres Palabras vemos todo el alma de nuestro Santo Padre.

Él fue especialmente a cualquier lugar y sin cansarse, para llevar el fruto, este fruto que permanecerá. «Levantaos, vámonos», es el título de su último libro. Con estas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y de hoy. «Levantaos, y vámonos» y eso es lo que nos dice también a nosotros hoy. Él fue sacerdote hasta el final porque ha ofrecido su vida a Dios, por su rebaño y sus ovejas y por toda la familia humana en una donación humana al servicio de la Iglesia y sobre todo en las difíciles pruebas de los últimos meses. Se ha convertido así en una sola cosa con Cristo.

El Buen Pastor que ama a su rebaño, a sus ovejas, y finalmente les dice «permaneced en mi amor». El Papa que siempre ha buscado el encuentro con todo el mundo, que ha tenido capacidad de perdonar y de abrir su corazón a todo el mundo, nos dice también hoy con estas palabras de Dios: quedando en el amor de Dios aprendemos en la escuela de Dios el arte del verdadero amor, «Sígueme».

En el mes de julio de 1958, empezó para el joven sacerdote Karol Wojtyła una nueva etapa en el camino del Señor. Karol había ido, como solía hacer, con un grupo de jóvenes para pasar las vacaciones, pero llevaba consigo una carta en la que se le invitaba a presentarse al primado de Polonia, y podía adivinar el objetivo de este encuentro, su designación como obispo auxiliar de Cracovia, dejar la enseñanza académica, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar este patrimonio intelectual para conocer e interpretar el misterio de la criatura del hombre, para que se presentase en el mundo de hoy.

Karol Wojtyla aceptó, sintiendo en la llamada de la Iglesia la voz de Jesucristo. Luego se dio cuenta que es verdadera la palabra de Dios. Quien ha perdido su vida, la salvará. El Papa nunca quiso salvar su propia vida, quiso darse a sí mismo sin reservas, hasta el final, hasta el último momento.

Quiso darse a sí mismo por Cristo y también por nosotros y de esta forma pudo experimentar todo lo que había entregado a las manos de Dios y volvió nuevo, volvió a la palabra, la poesía, las cartas, una parte importantísima de su misión pastoral que ha traído nuevos aires y nueva actualidad, nueva atracción al anuncio del Evangelio, también cuando es signo de contradicción.

«Sígueme».

En octubre de 1978 el cardenal Wojtyla oye otra vez la voz del Señor, se renueva así el Evangelio que se recoge en esta celebración. Jesús le dice a Simón «¿me amas?». En la pregunta «¿Karol me amas?», el arzobispo de Cracovia contestó desde lo hondo de su corazón: «Señor, Tú lo eres todo, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero». El amor de Cristo fue la fuerza predominante para Juan Pablo II. Quien le oyó rezando, quien le oyó predicando, lo sabe, y así, gracias al arraigamiento con Cristo, pudo llevar el peso que va más allá de las fuerzas humanas, el de pastor de rebaño de Cristo y de su Iglesia Universal.

No es este el momento para hablar de los individuales contenidos de este Pontificado tan rico, pero quisiera leer dos pasajes de la liturgia de hoy en los que hay elementos céntricos de su anuncio. En la primera lectura dice San Pedro y dice el Papa también a nosotros: «en verdad me estoy dando cuenta que Dios no tiene preferencias entre los hombres, pero quien lo teme y practica la justicia, sea cual fuere la nación de su pertenencia, será aceptado por Él». Es ésta la palabra que Él mandó a los hijos de Israel llevando la nueva, a través de la paz y Jesucristo que es el Señor de todos.

En la segunda lectura de San Pablo, y con él Juan Pablo II, nos insta en voz alta: «Queridísimos hermanos, mi gozo y mi corazón permanece firme en el Señor», así como habéis aprendido con nuestro Padre el Papa.

«Sígueme».

Junto al mandato de llevar su rebaño, Cristo le anunció a Pedro su martirio. Con esta palabra, en conclusión, el Señor se refiere a otro diálogo que se

produce en la Última Cena, en donde Cristo dijo: «A dónde yo voy, vosotros no podéis ir».

De la cena a la Cruz pasa Jesús. Ahora tras la Resurrección ha llegado el momento. Llevando el rebaño de Dios, Pedro entra en el Misterio Pascual hacia la Cruz y la Resurrección. El Señor lo dice con estas palabras: «Cuando eras más joven ibas a dónde querías pero cuando se es mayor, otro te cogerá de la cintura y te llevará a dónde tú no quieras ir».

En el primer periodo de su Pontificado, el Pontífice, todavía joven y lleno de fuerzas, llegaba hasta los confines del mundo, pero luego poco a poco entró en la comunión y el sufrimiento de Cristo y ha ido entendiendo cada vez más la verdad de las palabras de que otra persona cogerá tu cintura, y precisamente en esta comunión con Dios, Jesús ha anunciado incansablemente el misterio del amor que llega hasta el final, ha interpretado para nosotros el Misterio Pascual como misterio de la Divina Misericordia. En su último libro dice, pensando en el atentado, «Cristo sufriendo por todos nosotros dio un nuevo sentido al sufrimiento, en otra dimensión, en otro orden, el orden del amor».

El Papa sufrió y amó en comunión con Cristo y, por lo tanto, el mensaje de su sufrimiento y su silencio ha sido tan elocuente y tan fecundo, Divina Misericordia. Divina Misericordia, el Santo Padre encontró el reflejo más puro de la Misericordia de Dios en la madre de Dios. Él, que había perdido a su madre cuando era muy joven, quiso muchísimo a la Madre Divina, oyó la palabra del Señor en la cruz como si le fuera expresada a él mismo, «aquí está tu madre», y la acogió dentro de su ser, «Totus Tuus», y de la madre aprendió a adecuarse a Cristo.

Para todos nosotros es inolvidable cómo, en este último Domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado ya por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico, y por última vez, dio la bendición «Urbi et Orbe». Podemos estar seguros que nuestro amado Pontífice está ahora en la ventana de la Casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, Santo Padre, bendíganos. Encomendamos tu alma a la madre de Dios, tu madre, que te guió todos los días y que te guiará aún hacia la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

TESTAMENTO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

6.3.1979

Totus tuus ego sum

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

“Velad, porque no sabéis el día en que vendrá nuestro Señor” (cf. Mt 24, 42)- estas palabras me recuerdan la última llamada, que tendrá lugar en el momento cuando el Señor lo quiera. Deseo seguirle y deseo que todo aquello que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuando sucederá, pero como en todo, también en este momento me pongo en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus Tuus. En las mismas manos maternas dejo todo y Todos aquellos con los que me ha relacionado mi vida y mi vocación. En estas Manos dejo sobre todo a la Iglesia, y también a mi Nación y a toda la humanidad. Agradezco a todos. A todos pido perdón. Pido también la oración, para que la Misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad e indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Esta lectura me ha impulsado a escribir el presente testamento.

No dejo detrás de mí ninguna propiedad de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano de las que me sirvo, pido que sean distribuidas como parezca oportuno. Que se quemen los apuntes personales. Pido que don

Estanislao, a quien agradezco su colaboración y la ayuda tan prolongada a lo largo de los años y tan comprensivo, vigile esto. Todos los demás agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón delante de Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones, que dio el Santo Padre Pablo VI (*nota marginal*: el sepulcro en la tierra, no en un sarcófago, 13.3.92).

“apud Dominum misericordia
et copiosa apud Eum redemptio”

Juan Pablo PP. II

Roma, 6.III.1979

Después de la muerte pido Santas Misas y oraciones

5.III.1990

Hoja sin fecha:

Expreso la más profunda confianza en que, a pesar de mi debilidad, el Señor me concederá toda gracia necesaria para afrontar según Su voluntad cualquier tarea, prueba y sufrimiento que quiera requerir de Su siervo, en el curso de la vida. Tengo también confianza que no permitirá jamás que, mediante alguna actitud mía: palabras, obras u omisiones, pueda traicionar mis obligaciones en esta santa Sede Petrina.

24.II- 1.III.1980

También durante estos ejercicios espirituales he reflexionado sobre la verdad del Sacerdocio de Cristo en la perspectiva del Tránsito que para cada uno de nosotros es el momento de nuestra muerte. La Resurrección de Cristo es para

nosotros signo elocuente (*añadido encima*: decisivo) de la despedida de este mundo- para nacer a otro, al mundo futuro.

He leído, pues , las anotaciones de mi testamento del último año, escrito también durante los ejercicios espirituales -las he comparado con el testamento de mi gran Predecesor y Padre Pablo VI, con aquel sublime testimonio sobre la muerte de un cristiano y de un papa- y he renovado en mi la conciencia de las cuestiones a las cuales se refiere la anotación del 6.III.1979 preparada por mi (de una manera muy provisional).

Hoy deseo agregar a esta solo esto, que cada uno debe tener presente la perspectiva de la muerte. Y debe estar listo para presentarse delante del Señor y del Juez- y al mismo tiempo Redentor y Padre. Yo también tomo en consideración esto continuamente, confiando aquel momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia- a la Madre de mi esperanza.

Los tiempos en los que vivimos, son indeciblemente difíciles e inquietos. Difícil y duro se ha tornado también el camino de la Iglesia, prueba característica de estos tiempos- tanto para los Fieles, como para los Pastores. En algunos Países (como por ejemplo en aquel sobre el que he leído durante los ejercicios espirituales), la Iglesia se encuentra en un periodo de persecución tal, que no es inferior a la de los primeros siglos, es más, los supera por el grado de crueldad y de odio. Sanguis martyrum- semen christianorum. Y además de esto- tantas personas desaparecen inocentemente, también en este País en el que vivimos...

Una vez más, deseo confiarme totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuándo y cómo debo terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral. En la vida y en la muerte Totus tuus mediante la Inmaculada. Aceptando desde ahora esta muerte, espero que Cristo me dé la gracia para el último tránsito, es decir la (mi) Pascua. Espero también que la haga útil para la causa más importante que busco servir: la salvación de los hombres, la salvaguardia de la familia humana, y en ella de todas las naciones y los pueblos (entre ellos me refiero también en particular a mi Patria terrena), útil para las personas que de modo particular me ha confiado, por la cuestión de la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.

No deseo añadir nada a lo escrito hace un año- solo expresar esta pres- teza y confianza, para la que de nuevo me han dispuesto los presentes ejercicios espirituales.

Juan Pablo II

Totus Tuus ego sum

5.III.1982

En el curso de los ejercicios espirituales de este año he leído (más veces) el texto del testamento del 6.III.1979. Aunque aún lo considero provisional (no definitivo), lo dejo en la forma en que está. No cambio (por ahora) nada, y tampoco agrego, en lo que se refiere a las disposiciones contenidas en él.

El atentado contra mi vida el 13.V.1981 de alguna manera ha confirmado la exactitud de las palabras escritas en el periodo de los ejercicios espirituales de 1980 (24.II- 1.III).

Aún más profundamente siento que me encuentro totalmente en las Manos de Dios- y me encuentro continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a Él en Su Inmaculada Madre (Totus Tuus).

Juan Pablo II

5.III.82

En relación con la última frase de mi testamento del 6.III.1979 (“sobre el lugar, el lugar del funeral, decida el colegio Cardenalicio y los Connacionales) -aclaro lo que tengo en mente: el metropolitano de Cracovia o el Consejo General del Episcopado de Polonia- al Colegio Cardenalicio pido que satisfaga en cuanto sea posible las eventuales peticiones de los nombrados arriba.

1.III.1985 (en el curso de los ejercicios espirituales)

Además- en lo que se refiere a la expresión “Colegio Cardenalicio y los Connacionales”: el “Colegio Cardenalicio” no tiene ninguna obligación de consultar

sobre este argumento a “los Connacionales; sin embargo puede hacerlo, si por algún motivo lo considera justo.

JP II

Los ejercicios espirituales del año jubilar 2000

(12-18.III)

(para el testamento)

1. Cuando el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el Primado de Polonia Card. Stefan Wyszynski me dijo: “La tarea del nuevo papa será la de introducir a la Iglesia en el Tercer Milenio”. No sé si repito exactamente la frase, pero por lo menos ese era el sentido de lo que entonces escuché. Lo dijo el Hombre que ha pasado a la historia como Primado del Milenio. Un gran Primado. He sido testigo de su misión, de Su total confianza. De Sus luchas: de Su victoria. “La victoria, cuando llegue, será una victoria mediante María”- Estas palabras de su Predecesor, el Cardenal August Hlond, solía repetir-las el Primado del Milenio.

De esta manera he sido, de alguna forma, preparado para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se me presentó. En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000, es ya una realidad de hecho. La noche del 24 de diciembre de 1999 fue abierta la simbólica Puerta del Gran Jubileo en la Basílica de San Pedro, luego la de San Juan de Letrán, después de Santa María la Mayor- en año nuevo, y el día 19 de enero la Puerta de la Basílica de San Pablo Extramuros. Este último acto, dado su carácter ecuménico, ha quedado impreso en la memoria en modo muy particular.

2. En la medida en que el Año Jubilar 2000 va adelante, de día en día se cierra tras de nosotros el siglo veinte y se abre el siglo veintiuno. Según los designios de la Providencia me ha sido concedido vivir en el difícil siglo que está a punto de terminar, y ahora en el año en el que mi vida alcanza los ochenta años (“octogesima adveniens”), es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón “Nunc dimittis”.

El día 13 de mayo de 1981, el día del atentado contra el Papa durante la audiencia general en la Plaza de San Pedro, la Divina Providencia me salvó de la

muerte de un modo milagroso. El que es el único Señor de la vida y de la muerte, Él mismo me ha prolongado la vida, en cierto modo me la ha dado de nuevo. Desde este momento mi vida pertenece aún más a Él. Espero que Él me ayudará a reconocer hasta cuándo debo continuar este servicio, al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando Él quiera. “En la vida y en la muerte pertenecemos al Señor... somos del Señor” (cf. Rm 14, 8). Espero también que hasta que me sea dado cumplir el servicio Petrino en la Iglesia, la Misericordia de Dios quiera prestarme las fuerzas necesarias para este servicio.

3. Como cada año durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Continúo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Aquello que entonces, y también durante los sucesivos ejercicios espirituales he añadido constituye un reflejo de la difícil y dura situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado. El último decenio del siglo pasado ha estado libre de las precedentes tensiones; esto no significa que no haya traído consigo nuevos problemas y dificultades. Particularmente, sea alabada la Providencia Divina por esto, porque el periodo de la llamada “guerra fría” ha terminado sin el violento conflicto nuclear, cuyo peligro amenazaba sobre el mundo en el periodo precedente.

4. Estando en el umbral del tercer milenio “in medio Ecclesiae”, deseo todavía una vez más expresar la gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II, del cual junto con toda Iglesia- y sobretodo con todo el episcopado- me siento deudor. Estoy convencido que aún por largo tiempo será dado a las nuevas generaciones descubrir las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha dejado. Como obispo que ha participado en el acontecimiento conciliar del primero al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán los futuros llamados a aplicarlo. Por mi parte agradezco al eterno Pastor que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado.

“In medio Ecclesiae”... desde los primeros años del servicio episcopal -resalto que gracias al Concilio- me fue dado experimentar la fraterna comunión del Episcopado. Como sacerdote de la Archidiócesis de Cracovia había experimentado lo que era la fraterna comunión del presbiterio- el Concilio ha abierto una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡A cuántas personas debería nombrar! Probablemente el Señor Dios ha llamado a Sí a la mayoría de ellas- en cuanto a los que aún se encuentran en este

mundo, las palabras de este testamento los recuerdan, a todos y en todas partes, donde quiera que se encuentren.

En el curso de más de veinte años en los que realizo el servicio Petrino “in medio Ecclesiae” he experimentado la benévola y fecundísima colaboración de tantos Cardenales, Arzobispos y Obispos, tantos sacerdotes, también personas consagradas -Hermanos y Hermanas- en fin tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el Vicariato de la Diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Como no abrazar con grata memoria a todos los Episcopados del mundo, con los cuales me he encontrado en las sucesivas visitas “ad limina Apostolorum”! ¡Cómo no recordar también a tantos Hermanos cristianos- no católicos! ¡Y al rabino de Roma y también a los numerosos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a tantos representantes del mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

6. A medida que se acerca el límite de mi vida terrena regreso con la memoria al inicio, a mis Padres, a mi Hermano y a la Hermana (que no he conocido, porque murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a aquella ciudad de mi amor, a los de mi tiempo, compañeras y compañeros de la escuela elemental, del gimnasio, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y en seguida a la parroquia de Niegowie, a la de San Floriano de Cracovia, a la pastoral de los estudiantes, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que de modo especial me han sido confiadas por el Señor.

A todos quiero decir una sola cosa: “Dios os recompense”

“In manus Tuas, Domine, commendo spiritum meum”

A.D.

17.III.2000

MISA «PRO ELIGENDO PONTIFICE»

HOMILÍA DEL CARDENAL JOSEPH RATZINGER, DECANO DEL COLEGIO CARDENALICIO

Lunes 18 de abril de 2005

En esta hora de gran responsabilidad, escuchemos con particular atención cuanto nos dice el Señor con sus mismas palabras. De las tres lecturas quisiera elegir sólo algún pasaje, que nos concierne directamente en un momento como este.

La primera lectura presenta un retrato profético de la figura del Mesías, un retrato que recibe todo su significado desde el momento en que Jesús lee este texto en la sinagoga de Nazaret, cuando dice: «Esta Escritura se ha cumplido hoy» (*Lc* 4, 21). En el centro del texto profético encontramos una palabra que, al menos a primera vista, parece contradictoria. El Mesías, hablando de sí mismo, dice que ha sido enviado «a proclamar el año de misericordia del Señor, día de venganza de nuestro Dios» (*Is* 61, 2). Escuchamos, con alegría, el anuncio del año de misericordia: la misericordia divina pone un límite al mal, nos dijo el Santo Padre. Jesucristo es la misericordia divina en persona: encontrar a Cristo significa encontrar la misericordia de Dios. El mandato de Cristo se ha convertido en mandato nuestro a través de la unción sacerdotal; estamos llamados a proclamar, no sólo con palabras sino también con la vida, y con los signos eficaces de los sacramentos, «el año de

misericordia del Señor». Pero ¿qué quiere decir Isaías cuando anuncia el «día de venganza del Señor»? Jesús, en Nazaret, en su lectura del texto profético, no pronunció estas palabras; concluyó anunciando el año de misericordia. ¿Fue este, quizás, el motivo del escándalo que se produjo después de su predicación? No lo sabemos. En todo caso, el Señor hizo su comentario auténtico a estas palabras con la muerte en la cruz. «Sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo...», dice san Pedro (*1 P 2*, 24). Y san Pablo escribe a los Gálatas: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: «Maldito todo el que está colgado de un madero», a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la Promesa» (*Ga 3*, 13-14).

La misericordia de Cristo no es una gracia barata; no implica trivializar el mal. Cristo lleva en su cuerpo y en su alma todo el peso del mal, toda su fuerza destructora. Quema y transforma el mal en el sufrimiento, en el fuego de su amor doliente. El día de venganza y el año de misericordia coinciden en el misterio pascual, en Cristo muerto y resucitado. Esta es la venganza de Dios: él mismo, en la persona de su Hijo, sufre por nosotros. Cuanto más nos toca la misericordia del Señor, tanto más somos solidarios con su sufrimiento, tanto más estamos dispuestos a completar en nuestra carne «lo que falta a las tribulaciones de Cristo» (*Col 1*, 24).

Pasemos a la segunda lectura, a la carta a los Efesios. Aquí se trata, en sustancia, de tres cosas: en primer lugar, de los ministerios y de los carismas en la Iglesia, como dones del Señor resucitado y elevado al cielo; luego, de la maduración de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, como condición y contenido de la unidad del cuerpo de Cristo; y, por último, de la participación común en el crecimiento del cuerpo de Cristo, es decir, de la transformación del mundo en la comunión con el Señor.

Detengámonos sólo en dos puntos. El primero es el camino hacia «la madurez de Cristo»; así dice, simplificando un poco, el texto italiano. Según el texto griego, deberíamos hablar más precisamente de la «medida de la plenitud de Cristo», a la que estamos llamados a llegar para ser realmente adultos en la fe. No deberíamos seguir siendo niños en la fe, menores de edad. ¿En qué consiste ser niños en la fe? San Pablo responde: significa ser «llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina...» (*Ef 4*, 14). ¡Una descripción muy actual!

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. *Ef* 4, 14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos.

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. Debemos madurar esta fe adulta; debemos guiar la grey de Cristo a esta fe. Esta fe -sólo la fe- crea unidad y se realiza en la caridad. A este propósito, san Pablo, en contraste con las continuas peripecias de quienes son como niños zarandeados por las olas, nos ofrece estas hermosas palabras: «hacer la verdad en la caridad», como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como «cimbalo que retíne» (*1 Co* 13, 1).

Vayamos ahora al Evangelio, de cuya riqueza quisiera extraer sólo dos pequeñas observaciones. El Señor nos dirige estas admirables palabras: «No os llamo ya siervos..., sino que os he llamado amigos» (*Jn* 15, 15). Muchas veces nos sentimos -y es la verdad- sólo siervos inútiles (cf. *Lc* 17, 10). Y, sin embargo, el Señor nos llama amigos, nos hace amigos suyos, nos da su amistad. El Señor define la amistad de dos modos. No existen secretos entre amigos: Cristo nos dice todo lo que escucha del Padre; nos da toda su confianza y, con la confianza, también el conocimiento. Nos revela su rostro, su corazón. Nos muestra su ternura por nosotros, su amor apasionado, que llega hasta la locura de la cruz.

Confía en nosotros, nos da el poder de hablar con su yo: «Este es mi cuerpo...», «yo te absuelvo...». Nos encomienda su cuerpo, la Iglesia. Encomienda a nuestras mentes débiles, a nuestras manos débiles, su verdad, el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el misterio de Dios que «tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único» (cf. *Jn* 3, 16). Nos ha hecho amigos suyos, y nosotros, ¿cómo respondemos?

El segundo modo como Jesús define la amistad es la comunión de las voluntades. «*Idem velle, idem nolle*», era también para los romanos la definición de amistad. «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (*Jn* 15, 14). La amistad con Cristo coincide con lo que expresa la tercera petición del padrenuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». En la hora de Getsemaní Jesús transformó nuestra voluntad humana rebelde en voluntad conforme y unida a la voluntad divina. Sufrió todo el drama de nuestra autonomía y, precisamente poniendo nuestra voluntad en las manos de Dios, nos da la verdadera libertad: «No como quiero yo, sino como quieres tú» (*Mt* 21, 39). En esta comunión de voluntades se realiza nuestra redención: ser amigos de Jesús, convertirse en amigos de Jesús. Cuanto más amamos a Jesús, cuanto más lo conocemos, tanto más crece nuestra verdadera libertad, crece la alegría de ser redimidos. ¡Gracias, Jesús, por tu amistad!

El otro aspecto del Evangelio al que quería aludir es el discurso de Jesús sobre dar fruto: «Os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (*Jn* 15, 16). Aparece aquí el dinamismo de la existencia del cristiano, del apóstol: os he destinado para que vayáis... Debemos estar impulsados por una santa inquietud: la inquietud de llevar a todos el don de la fe, de la amistad con Cristo. En verdad, el amor, la amistad de Dios se nos ha dado para que llegue también a los demás. Hemos recibido la fe para transmitirla a los demás; somos sacerdotes para servir a los demás. Y debemos dar un fruto que permanezca. Todos los hombres quieren dejar una huella que permanezca. Pero ¿qué permanece? El dinero, no. Tampoco los edificios; los libros, tampoco. Después de cierto tiempo, más o menos largo, todas estas cosas desaparecen. Lo único que permanece eternamente es el alma humana, el hombre creado por Dios para la eternidad. Por tanto, el fruto que permanece es todo lo que hemos sembrado en las almas humanas: el amor, el conocimiento; el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma a la alegría del Señor. Así pues, vayamos y pidamos al Señor que nos ayude a dar fruto, un fruto que permanezca. Sólo así la tierra se transforma de valle de lágrimas en jardín de Dios.

Por último, volvamos, una vez más, a la carta a los Efesios. La carta dice, con las palabras del salmo 68, que Cristo, al subir al cielo, «dio dones a los hombres» (*Ef* 4, 8). El vencedor da dones. Estos dones son: apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros. Nuestro ministerio es un don de Cristo a los hombres, para construir su cuerpo, el mundo nuevo. ¡Vivamos nuestro ministerio así, como don de Cristo a los hombres! Pero en esta hora, sobre todo, roguemos con insistencia al Señor para que, después del gran don del Papa Juan Pablo II, nos dé de nuevo un pastor según su corazón, un pastor que nos guíe al conocimiento de Cristo, a su amor, a la verdadera alegría. Amén.

FOTO RATZINGER

BIOGRAFÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

El cardenal Joseph Ratzinger, Papa Benedicto XVI, nació en Marktl am Inn, en la diócesis de Passau (Alemania), el 16 de abril de 1927. El padre, comisario de la gendarmería, provenía de una antigua familia de agricultores de la Baja Baviera. Pasó la adolescencia en Traunstein y fue llamado en los últimos meses de segundo conflicto mundial en los servicios auxiliares antiaéreos.

Era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional, decano del Colegio Cardenalicio.

De 1946 a 1951, año en que fue ordenado sacerdote (29 de junio) e iniciaba su actividad de profesor, estudió filosofía y teología en la universidad de Munich y en la escuela superior de Filosofía y Teología de Freising. En el año 1953 se doctora en Teología con la disertación «Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de San Agustín». Cuatro años más tarde obtenía la cátedra con su trabajo sobre «La Teología de la Historia de San Buenaventura».

Tras conseguir el encargo de Dogmática y Teología Fundamental en la escuela superior de Filosofía y Teología de Freising, prosiguió la enseñanza en Bonn, de 1959 a 1969, Münster de 1963 a 1966 y Tubinga, de 1966 a 1969. En este último año pasó a ser catedrático de Dogmática e Historia del Dogma en la Universidad de Ratisbona y vicepresidente de la misma universidad. En 1962 aportó una

notable contribución en el Concilio Vaticano II como consultor teológico del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia.

Entre sus numerosas publicaciones ocupa un lugar particular «Introducción al Cristianismo», recopilación de lecciones universitarias publicadas en 1968 sobre la profesión de fe apostólica; «Dogma y revelación» (1973), antología de ensayos, predicaciones y reflexiones, dedicadas a la pastoral. Obtuvo una notable resonancia el discurso pronunciado ante la Academia Católica bávara sobre el tema «¿Por qué sigo todavía en la Iglesia?, en la que afirmaba: «Solo es posible ser cristiano en la Iglesia y no al lado de la Iglesia». En 1985 publica «Informe sobre la fe» y en 1996 «La sal de la tierra».

El 24 de marzo de 1977, Pablo VI lo nombró arzobispo de München und Freising. El 28 de mayo sucesivo recibía la consagración episcopal. Fue el primer sacerdote diocesano que asumió después de 80 años el gobierno pastoral de la gran diócesis bávara.

Creado cardenal por el Papa Pablo VI en 1977, fue relator en la V Asamblea General del Sínodo de los Obispos (1980) sobre el tema: «Los deberes de la familia cristiana en el mundo contemporáneo» y presidente delegado de la VI Asamblea sinodal (1983) sobre «Reconciliación y penitencia en la misión de la Iglesia».

El 25 de noviembre de 1981 fue nombrado por Juan Pablo II prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe; presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional.

El 5 de abril de 1993 entró a formar parte del orden de los obispos, con el título de la Iglesia Suburbicaria de Velletri-Segni.

El 6 de noviembre de 1998 fue elegido vicedecano del colegio cardenalicio. El 30 de noviembre de 2002 el Santo Padre aprobó la elección de decano del colegio cardenalicio, realizada por los cardenales del orden de los obispos.

Fue presidente de la Comisión para la preparación del Catecismo de la Iglesia Católica, que tras seis años de trabajo (1986-1992) pudo presentar al Santo Padre el nuevo Catecismo.

El 10 de noviembre de 1999 recibió el doctorado «honoris causa» en Derecho por la Universidad italiana LUMSA.

Desde el 13 de noviembre de 2000 era Académico honorario de la Pontificia Academia de las Ciencias.

Fue creado cardenal por Pablo VI en el consistorio del 27 de junio de 1977, titular de la Iglesia Suburbicaria de Velletri-Segni (5 abril 1993) y de la Iglesia Suburbicaria de Ostia (30 noviembre 2002).

Era miembro del Consejo de la II Sección de la Secretaría de Estado, de las Congregaciones para las Iglesias Orientales, para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, para los Obispos, para la Evangelización de los Pueblos, para la Educación Católica; del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y de las Pontificias Comisiones para América Latina y «Ecclesia Dei».

Nota: Biografía oficial del nuevo Papa Benedicto XVI, cardenal Joseph Ratzinger, facilitada en español por el Vatican Information Service.

BENDICIÓN URBI ET ORBI

19 de abril de 2005

El cardenal chileno Jorge Arturo Medina, como corresponde al Protodiácono, ha anunciado al pueblo romano y al mundo entero el nombre del nuevo Papa según la fórmula, pronunciada en latín, de acuerdo con el *Ordo Rituum Conclavis* (ritos del cónclave):

Os anuncio un gran gozo, tenemos Papa: el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Joseph Ratzinger, Cardenal de la Santa Romana Iglesia, quien se ha dado el nombre de Benedicto XVI.

Bendición Urbi et Orbi

Queridos hermanos y hermanas:

Después del gran Papa, Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un sencillo y humilde trabajador en la viña del Señor.

Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar con instrumentos insuficientes y sobre todo confío en vuestras oraciones.

En la alegría del Señor resucitado, confiados en su ayuda permanente, sigamos adelante. El Señor nos ayudará. María, su santísima Madre, está de nuestra parte. Gracias.

MISSA PRO ECCLESIA

PRIMER MENSAJE
DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
AL FINAL DE LA CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA
CON LOS CARDENALES ELECTORES
EN LA CAPILLA SIXTINA

Domingo 20 de abril de 2005

Venerados hermanos cardenales;
amadísimos hermanos y hermanas en Cristo;
todos vosotros, hombres y mujeres de buena voluntad:

1. ¡Gracia y paz en abundancia a todos vosotros! (cf. *1 P* 1, 2). En mi espíritu conviven en estos momentos dos sentimientos opuestos. Por una parte, un sentimiento de incapacidad y de turbación humana por la responsabilidad con respecto a la Iglesia universal, como Sucesor del apóstol Pedro en esta Sede de Roma, que ayer me fue confiada. Por otra, siento viva en mí una profunda gratitud a Dios, que, como cantamos en la sagrada liturgia, no abandona nunca a su rebaño, sino que lo conduce a través de las vicisitudes de los tiempos, bajo la guía de los que él mismo ha escogido como vicarios de su Hijo y ha constituido pastores (cf. *Prefacio de los Apóstoles*, I).

Amadísimos hermanos, esta íntima gratitud por el don de la misericordia divina prevalece en mi corazón, a pesar de todo. Y lo considero como una gracia especial que me ha obtenido mi venerado predecesor Juan Pablo II. Me parece sentir su mano fuerte que estrecha la mía; me parece ver sus ojos sonrientes y escuchar sus palabras, dirigidas en este momento particularmente a mí: «¡No tengas miedo!».».

La muerte del Santo Padre Juan Pablo II y los días sucesivos han sido para la Iglesia y para el mundo entero un tiempo extraordinario de gracia. El gran dolor por su fallecimiento y la sensación de vacío que ha dejado en todos se han mitigado gracias a la acción de Cristo resucitado, que se ha manifestado durante muchos días en la multitudinaria oleada de fe, de amor y de solidaridad espiritual que culminó en sus exequias solemnes.

Podemos decir que el funeral de Juan Pablo II fue una experiencia realmente extraordinaria, en la que, de alguna manera, se percibió el poder de Dios que, a través de su Iglesia, quiere formar con todos los pueblos una gran familia mediante la fuerza unificadora de la Verdad y del Amor (cf. *Lumen gentium*, 1). En la hora de la muerte, configurado con su Maestro y Señor, Juan Pablo II coronó su largo y fecundo pontificado, confirmando en la fe al pueblo cristiano, congregándolo en torno a sí y haciendo que toda la familia humana se sintiera más unida.

¿Cómo no sentirse apoyados por este testimonio? ¿Cómo no experimentar el impulso que brota de este acontecimiento de gracia?

2. Contra todas mis previsiones, la divina Providencia, a través del voto de los venerados padres cardenales, me ha llamado a suceder a este gran Papa. En estos momentos vuelvo a pensar en lo que sucedió en la región de Cesarea de Filipo hace dos mil años. Me parece escuchar las palabras de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», y la solemne afirmación del Señor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (...) A ti te daré las llaves del reino de los cielos» (*Mt* 16, 15-19).

¡Tú eres el Cristo! ¡Tú eres Pedro! Me parece revivir esa misma escena evangélica; yo, Sucesor de Pedro, repito con estremecimiento las estremecedoras palabras del pescador de Galilea y vuelvo a escuchar con íntima emoción la consoladora promesa del divino Maestro. Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis débiles hombros, sin duda es inmensa la fuerza divina con la que

puedo contar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18). Al escogerme como Obispo de Roma, el Señor ha querido que sea su vicario, ha querido que sea la «piedra» en la que todos puedan apoyarse con seguridad. A él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu.

Me dispongo a iniciar este ministerio peculiar, el ministerio «petrino» al servicio de la Iglesia universal, abandonándome humildemente en las manos de la Providencia de Dios. Ante todo, renuevo a Cristo mi adhesión total y confiada: «*In Te, Domine, speravi; non confundar in aeternum!*».

A vosotros, venerados hermanos cardenales, con espíritu agradecido por la confianza que me habéis manifestado, os pido que me sostengáis con la oración y con la colaboración constante, activa y sabia. A todos los hermanos en el episcopado les pido también que me acompañen con la oración y con el consejo, para que pueda ser verdaderamente el «Siervo de los siervos de Dios».

Como Pedro y los demás Apóstoles constituyeron por voluntad del Señor un único Colegio apostólico, del mismo modo el Sucesor de Pedro y los obispos, sucesores de los Apóstoles, tienen que estar muy unidos entre sí, como reafirmó con fuerza el Concilio (cf. *Lumen gentium*, 22). Esta comunión colegial, aunque sean diversas las responsabilidades y las funciones del Romano Pontífice y de los obispos, está al servicio de la Iglesia y de la unidad en la fe de todos los creyentes, de la que depende en gran medida la eficacia de la acción evangelizadora en el mundo contemporáneo.

Por tanto, quiero proseguir por esta senda, por la que han avanzado mis venerados predecesores, preocupado únicamente de proclamar al mundo entero la presencia viva de Cristo.

3. Tengo ante mis ojos, en particular, el testimonio del Papa Juan Pablo II. Deja una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que, según su doctrina y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo al futuro. Con el gran jubileo ha entrado en el nuevo milenio, llevando en las manos el Evangelio, aplicado al mundo actual a través de la autorizada relectura del concilio Vaticano II. El Papa Juan Pablo II presentó con acierto ese concilio como «brújula» para orientarse en el vasto océano del tercer milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 57-58). También en su testamento espiritual anotó: «Estoy convencido de que durante mu-

cho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado» (17.III.2000).

Por eso, también yo, al disponerme para el servicio del Sucesor de Pedro, quiero reafirmar con fuerza mi decidida voluntad de proseguir en el compromiso de aplicación del concilio Vaticano II, a ejemplo de mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia. Este año se celebrará el cuadragésimo aniversario de la clausura de la asamblea conciliar (8 de diciembre de 1965). Los documentos conciliares no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada.

4. Mi pontificado inicia, de manera particularmente significativa, mientras la Iglesia vive el Año especial dedicado a la Eucaristía. ¿Cómo no percibir en esta coincidencia providencial un elemento que debe caracterizar el ministerio al que he sido llamado? La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede menos de constituir siempre el centro y la fuente del servicio petrino que me ha sido confiado.

La Eucaristía hace presente constantemente a Cristo resucitado, que se sigue entregando a nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su Cuerpo y su Sangre. De la comunión plena con él brota cada uno de los elementos de la vida de la Iglesia, en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso de anuncio y de testimonio del Evangelio, y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños.

Por tanto, en este año se deberá celebrar de un modo singular la solemnidad del *Corpus Christi*. Además, en agosto, la Eucaristía será el centro de la Jornada mundial de la juventud en Colonia y, en octubre, de la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, cuyo tema será: «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Pido a todos que en los próximos meses intensifiquen su amor y su devoción a Jesús Eucaristía y que expresen con valentía y claridad su fe en la presencia real del Señor, sobre todo con celebraciones solemnes y correctas.

Se lo pido de manera especial a los sacerdotes, en los que pienso en este momento con gran afecto. El sacerdocio ministerial nació en el Cenáculo, junto con la Eucaristía, como tantas veces subrayó mi venerado predecesor Juan Pablo II.

«La existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística»», escribió en su última *Carta con ocasión del Jueves santo* (n. 1). A este objetivo contribuye mucho, ante todo, la devota celebración diaria del sacrificio eucarístico, centro de la vida y de la misión de todo sacerdote.

5. Alimentados y sostenidos por la Eucaristía, los católicos no pueden menos de sentirse impulsados a la plena unidad que Cristo deseó tan ardientemente en el Cenáculo. El Sucesor de Pedro sabe que tiene que hacerse cargo de modo muy particular de este supremo deseo del divino Maestro, pues a él se le ha confiado la misión de confirmar a los hermanos (cf. *Lc* 22, 32).

Por tanto, con plena conciencia, al inicio de su ministerio en la Iglesia de Roma que Pedro regó con su sangre, su actual Sucesor asume como compromiso prioritario trabajar con el máximo empeño en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los discípulos de Cristo. Esta es su voluntad y este es su apremiante deber. Es consciente de que para ello no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en el camino del ecumenismo.

El diálogo teológico es muy necesario. También es indispensable investigar las causas históricas de algunas decisiones tomadas en el pasado. Pero lo más urgente es la «purificación de la memoria», tantas veces recordada por Juan Pablo II, la única que puede disponer los espíritus para acoger la verdad plena de Cristo. Ante él, juez supremo de todo ser vivo, debe ponerse cada uno, consciente de que un día deberá rendirle cuentas de lo que ha hecho u omitido por el gran bien de la unidad plena y visible de todos sus discípulos.

El actual Sucesor de Pedro se deja interpelar en primera persona por esa exigencia y está dispuesto a hacer todo lo posible para promover la causa prioritaria del ecumenismo. Siguiendo las huellas de sus predecesores, está plenamente decidido a impulsar toda iniciativa que pueda parecer oportuna para fomentar los contactos y el entendimiento con los representantes de las diferentes Iglesias y comunidades eclesiales. Más aún, a ellos les dirige, también en esta ocasión, el saludo más cordial en Cristo, único Señor de todos.

6. En este momento, vuelvo con la memoria a la inolvidable experiencia que hemos vivido todos con ocasión de la muerte y las exequias del llorado Juan Pablo

II. En torno a sus restos mortales, depositados en la tierra desnuda, se reunieron jefes de naciones, personas de todas las clases sociales, y especialmente jóvenes, en un inolvidable abrazo de afecto y admiración. El mundo entero con confianza dirigió a él su mirada. A muchos les pareció que esa intensa participación, difundida hasta los confines del planeta por los medios de comunicación social, era como una petición común de ayuda dirigida al Papa por la humanidad actual, que, turbada por incertidumbres y temores, se plantea interrogantes sobre su futuro.

La Iglesia de hoy debe reavivar en sí misma la conciencia de su deber de volver a proponer al mundo la voz de Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn* 8, 12). Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo.

Con esta conciencia me dirijo a todos, también a los seguidores de otras religiones o a los que simplemente buscan una respuesta al interrogante fundamental de la existencia humana y todavía no la han encontrado. Me dirijo a todos con sencillez y afecto, para asegurarles que la Iglesia quiere seguir manteniendo con ellos un diálogo abierto y sincero, en busca del verdadero bien del hombre y de la sociedad.

Pido a Dios la unidad y la paz para la familia humana y reafirmo la disponibilidad de todos los católicos a colaborar en el auténtico desarrollo social, respetuoso de la dignidad de todo ser humano.

No escatimaré esfuerzos ni empeño para proseguir el prometedor diálogo entablado por mis venerados predecesores con las diferentes culturas, para que de la comprensión recíproca nazcan las condiciones de un futuro mejor para todos.

Pienso de modo especial en los jóvenes. A ellos, que fueron los interlocutores privilegiados del Papa Juan Pablo II, va mi afectuoso abrazo, a la espera de encontrarme con ellos, si Dios quiere, en Colonia, con ocasión de la próxima Jornada mundial de la juventud. Queridos jóvenes, que sois el futuro y la esperanza de la Iglesia y de la humanidad, seguiré dialogando con vosotros, escuchando vuestras expectativas para ayudaros a conocer cada vez con mayor profundidad a Cristo vivo, que es eternamente joven.

7. *Mane nobiscum, Domine!* ¡Quédate con nosotros, Señor! Esta invocación, que constituye el tema principal de la carta apostólica de Juan Pablo II para el Año de la Eucaristía, es la oración que brota de modo espontáneo de mi corazón, mientras me dispongo a iniciar el ministerio al que me ha llamado Cristo. Como Pedro, también yo le renuevo mi promesa de fidelidad incondicional. Sólo a él quiero servir dedicándome totalmente al servicio de su Iglesia.

Para poder cumplir esta promesa, invoco la materna intercesión de María santísima, en cuyas manos pongo el presente y el futuro de mi persona y de la Iglesia. Que intercedan también con su oración los santos apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos.

Con estos sentimientos, os imparto mi afectuosa bendición a vosotros, venerados hermanos cardenales, a cada uno de los que participan en este rito y a cuantos lo siguen mediante la televisión y la radio.

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI EN OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA PARA EL INICIO DEL MINISTERIO PETRINO

Domingo 24 de abril de 2005

Señor Cardenal,
venerables Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
distinguidas Autoridades y Miembros del Cuerpo diplomático,
queridos Hermanos y Hermanas:

Por tres veces nos ha acompañado en estos días tan intensos el canto de las letanías de los santos: durante los funerales de nuestro Santo Padre Juan Pablo II; con ocasión de la entrada de los Cardenales en Cónclave, y también hoy, cuando las hemos cantado de nuevo con la invocación: *Tu illum adiuva*, asiste al nuevo sucesor de San Pedro. He oído este canto orante cada vez de un modo completamente singular, como un gran consuelo. ¡Cómo nos hemos sentido abandonados tras el fallecimiento de Juan Pablo II! El Papa que durante 26 años ha sido nuestro pastor y guía en el camino a través de nuestros tiempos. Él cruzó el umbral hacia la otra vida, entrando en el misterio de Dios. Pero no dio este paso en solitario. Quien cree, nunca está solo; no lo está en la vida ni tampoco en la muerte. En aquellos momentos hemos podido invocar a los santos de todos los siglos, sus amigos, sus hermanos en la fe, sabiendo que serían el cortejo viviente que lo acompañaría en el más allá, hasta la gloria de Dios. Nosotros sabíamos que allí se esperaba su llegada.

Ahora sabemos que él está entre los suyos y se encuentra realmente en su casa. Hemos sido consolados de nuevo realizando la solemne entrada en cónclave para elegir al que Dios había escogido. ¿Cómo podíamos reconocer su nombre? ¿Cómo 115 Obispos, procedentes de todas las culturas y países, podían encontrar a quien Dios quería otorgar la misión de atar y desatar? Una vez más, lo sabíamos; sabíamos que no estamos solos, que estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios. Y ahora, en este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo puedo hacerlo? ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? Todo vosotros, queridos amigos, acabáis de invocar a toda la muchedumbre de los santos, representada por algunos de los grandes nombres de la historia que Dios teje con los hombres. De este modo, también en mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce. Y me acompañan, queridos amigos, vuestra indulgencia, vuestro amor, vuestra fe y vuestra esperanza. En efecto, a la comunidad de los santos no pertenecen sólo las grandes figuras que nos han precedido y cuyos nombres conocemos. Todo nosotros somos la comunidad de los santos; nosotros, bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; nosotros, que vivimos del don de la carne y la sangre de Cristo, por medio del cual quiere transformarnos y hacernos semejantes a sí mismo. Sí, la Iglesia está viva; ésta es la maravillosa experiencia de estos días. Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven. Ella lleva en sí misma el futuro del mundo y, por tanto, indica también a cada uno de nosotros la vía hacia el futuro. La Iglesia está viva y nosotros lo vemos: experimentamos la alegría que el Resucitado ha prometido a los suyos. La Iglesia está viva; está viva porque Cristo está vivo, porque él ha resucitado verdaderamente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección.

La Iglesia está viva: de este modo saludo con gran gozo y gratitud a todos vosotros que estáis aquí reunidos, venerables Hermanos Cardenales y Obispos, queridos sacerdotes, diáconos, agentes de pastoral y catequistas. Os saludo a vosotros, religiosos y religiosas, testigos de la presencia transfigurante de Dios. Os saludo a vosotros, fieles laicos, inmersos en el gran campo de la construcción del

Reino de Dios que se expande en el mundo, en cualquier manifestación de la vida. El saludo se llena de afecto al dirigirlo también a todos los que, renacidos en el sacramento del Bautismo, aún no están en plena comunión con nosotros; y a vosotros, hermanos del pueblo hebreo, al que estamos estrechamente unidos por un gran patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las irrevocables promesas de Dios. Pienso, en fin –casi como una onda que se expande– en todos los hombres de nuestro tiempo, creyente y no creyentes.

¡Queridos amigos! En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. Algún rasgo de lo que considero mi tarea, la he podido exponer ya en mi mensaje del miércoles, 20 de abril; no faltarán otras ocasiones para hacerlo. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia. En lugar de exponer un programa, desearía más bien intentar comentar simplemente los dos signos con los que se representa litúrgicamente el inicio del Ministerio petrino; por lo demás, ambos signos reflejan también exactamente lo que se ha proclamado en las lecturas de hoy.

El primer signo es el palio, tejido de lana pura, que se me pone sobre los hombros. Este signo antiquísimo, que los Obispos de Roma llevan desde el siglo IV, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica –quizás a veces de manera dolorosa– y nos hace volver de este modo a nosotros mismos. Y así, no servimos solamente Él, sino también a la salvación de todo el mundo, de toda la historia. En realidad, el simbolismo del Palio es más concreto aún: la lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestas para conducirla a las aguas de la vida. La parábola de la oveja perdida, que el pastor busca en el desierto, fue para los Padres de la Iglesia una imagen del misterio de Cristo y de la Iglesia. La humanidad –todos nosotros– es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto; no puede abandonar la humanidad a una situación tan miserable. Se alza en pie, abandona la gloria del cielo, para

ir en busca de la oveja e ir tras ella, incluso hasta la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros. Se convierte así en el símbolo de la misión del pastor del que hablan la segunda lectura y el Evangelio de hoy. La santa inquietud de Cristo ha de animar al pastor: no es indiferente para él que muchas personas vaguen por el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. Por eso, los tesoros de la tierra ya no están al servicio del cultivo del jardín de Dios, en el que todos puedan vivir, sino subyugados al poder de la explotación y la destrucción. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud. El símbolo del cordero tiene todavía otro aspecto. Era costumbre en el antiguo Oriente que los reyes se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Era una imagen de su poder, una imagen cínica: para ellos, los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer a su agrado. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados. Precisamente así se revela Él como el verdadero pastor: “Yo soy el buen pastor [...]. Yo doy mi vida por las ovejas”, dice Jesús de sí mismo (*Jn* 10, 14s.). No es el poder lo que redime, sino el amor. Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces desearíamos que Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. Nosotros sufrimos por la paciencia de Dios. Y, no obstante, todos necesitamos su paciencia. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Una de las características fundamentales del pastor debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como ama Cristo, a cuyo servicio está. “Apacienta mis ovejas”, dice Cristo a Pedro, y también a mí, en este momento. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir.

Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia, que él nos da en el Santísimo Sacramento. Queridos amigos, en este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

El segundo signo con el cual la liturgia de hoy representa el comienzo del Ministerio petrino es la entrega del anillo del pescador. La llamada de Pedro a ser pastor, que hemos oído en el Evangelio, viene después de la narración de una pesca abundante; después de una noche en la que echaron las redes sin éxito, los discípulos vieron en la orilla al Señor resucitado. Él les manda volver a pescar otra vez, y he aquí que la red se llena tanto que no tenían fuerzas para sacarla; había 153 peces grandes y, “aunque eran tantos, no se rompió la red” (*Jn* 21, 11). Este relato al final del camino terrenal de Jesús con sus discípulos, se corresponde con uno del principio: tampoco entonces los discípulos habían pescado nada durante toda la noche; también entonces Jesús invitó a Simón a remar mar adentro. Y Simón, que todavía no se llamaba Pedro, dio aquella admirable respuesta: “Maestro, por tu palabra echaré las redes”. Se le confió entonces la misión: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres” (*Lc* 5, 1.11). También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera. Los Padres han dedicado también un comentario muy particular a esta tarea singular. Dicen así: para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera. Así es, efectivamente: en la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el

fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo.

Quisiera ahora destacar todavía una cosa: tanto en la imagen del pastor como en la del pescador, emerge de manera muy explícita la llamada a la unidad. “Tengo , además, otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor” (*Jn* 10, 16), dice Jesús al final del discurso del buen pastor. Y el relato de los 153 peces grandes termina con la gozosa constatación: “Y aunque eran tantos, no se rompió la red” (*Jn* 21, 11). ¡Ay de mí, Señor amado! ahora la red se ha roto, quisiéramos decir doloridos. Pero no, ¡no debemos estar tristes! Alegrémonos por tu promesa que no defrauda y hagamos todo lo posible para recorrer el camino hacia la unidad que tú has prometido. Hagamos memoria de ella en la oración al Señor, como mendigos; sí, Señor, acuérdate de lo que prometiste. ¡Haz que seamos un solo pastor y una sola grey! ¡No permitas que se rompa tu red y ayúdanos a ser servidores de la unidad!

En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada

—absolutamente nada— de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén.



Conferencia Episcopal Española

CARTA AL CARDENAL CAMARLENGO

Madrid, 2 de abril de 2005

Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Eduardo Martínez Somalo
Cardenal Camarlengo de la Santa Iglesia Romana
CIUDAD DEL VATICANO

Eminencia:

Al conocer la triste noticia de la muerte de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en nombre de todos los Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española, en el de nuestros colaboradores de esta Casa y en el nuestro propio, deseamos expresar a V. E. la honda pena que nos embarga y nuestros sentimientos de amor y adhesión a la Sede del Sucesor de Pedro en estos momentos de dolor para toda la Iglesia Católica.

Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al Pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad. Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y su enfermedad. Hoy los católicos de todo el

mundo, gracias a su ministerio, nos sentimos más firmes en la fe en Jesucristo, más animados por la esperanza de la Gloria y más resueltos a la caridad que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los hombres. Los católicos de España nunca olvidaremos a Juan Pablo II, el primer Papa que ha venido a visitarnos y nos ha lanzado, como en los mejores tiempos, a los caminos de la santidad.

Señor Cardenal, unimos nuestras oraciones a las de todos los pastores y fieles católicos dispersos por el mundo, para agradecer al Padre de las misericordias la vida y el servicio de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Encomendamos al Señor al siervo bueno y fiel. Él sabrá premiarle como sólo Él puede hacerlo. La Madre del Redentor, a la que tanto quiso y de la que tanto y tan hermosamente habló y enseñó en este mundo, le habrá conducido ya al abrazo eterno de su Hijo.

No queremos dejar de decirle, señor Cardenal, que confiamos plenamente en que Jesucristo, vivo en su Iglesia, seguirá pastoreando a su Pueblo, por medio de otro Pastor según su Corazón, como lo ha hecho por medio de los grandes papas del siglo XX y, en particular, por medio de nuestro muy querido Juan Pablo II.

De Vuestra Eminencia afectísimos en el Señor,

† Ricardo Blázquez Pérez
Obispo de Bilbao
Presidente de la CEE

Juan Antonio Martínez Camino
Secretario General de la CEE

MENSAJE DEL COMITÉ EJECUTIVO TRAS LA MUERTE DEL PAPA JUAN PABLO II

Madrid, 11 de abril de 2005

Todos los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, junto con otros muchos hermanos en el episcopado de nuestra Conferencia y del mundo entero, hemos asistido en Roma a los funerales por Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Nos hemos unido así al dolor y a la esperanza de la Iglesia y de la Humanidad, que se hicieron presentes en la Plaza de San Pedro de un modo nunca visto hasta ahora a través de numerosísimas representaciones oficiales y de millones de peregrinos, sobre todo jóvenes. Hemos vuelto humanamente impresionados y espiritualmente confortados; con el alma llena de gratitud a Dios por el inmenso regalo que han sido la persona y el servicio de Juan Pablo II.

El Papa ha muerto con fama de santo. En los últimos meses de su vida hemos visto cómo el hombre que había comenzado su pontificado con una vitalidad extraordinaria había ido perdiendo las fuerzas físicas y cómo el pregonero universal del Evangelio se había quedado incluso sin aquella voz fuerte y bella con la que durante años había hecho resonar por todo el mundo las palabras mismas de Jesucristo: “¡No tengáis miedo!”. Juan Pablo II murió anunciando el Evangelio de la Vida con la elocuencia suprema de la propia vida entregada hasta su último aliento al Señor y a su Iglesia. Fue su último gran servicio a la Humanidad. Fue la última verificación de su fama de hombre de Dios.

A lo largo de sus veintiséis años de ministerio, Juan Pablo II desplegó una actividad apostólica inmensa. Su testamento espiritual nos confirma que centró su misión en lo que constituye el corazón de la obra evangelizadora de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para la salvación de todos. El Gran Jubileo de la Encarnación, en el año 2000, constituyó la ocasión providencial que orientó el ministerio del Papa en este sentido. Al mismo tiempo, Juan Pablo II llevó adelante con múltiples iniciativas y hondo discernimiento la aplicación del Concilio Vaticano II, acontecimiento eclesial que él entendía como “un nuevo adviento” que propiciaría una renovada presencia viva de Cristo, Luz de los pueblos. Sus cinco visitas apostólicas a España han supuesto para nuestras Iglesias un impulso decisivo en la verdadera renovación conciliar. España evangelizada podrá ser así también evangelizadora, como el Papa deseaba.

Al proclamar tantos santos y beatos, muchos de ellos contemporáneos y compatriotas nuestros, entre ellos, significativamente tantos mártires del siglo XX de todas partes del mundo, Juan Pablo II nos ha recordado a obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos que la santidad es posible para todos y que es necesario aspirar a ella con determinación por los distintos caminos de seguimiento del Señor en fidelidad a las diversas vocaciones y misiones que enriquecen a la Iglesia. El mundo necesita santos. Podemos decir que lo hemos visto estos días de manera especial. Recogemos el desafío y la invitación que para todos supone la palabra y la vida de Juan Pablo II. Descanse en paz.

A la intercesión de María, la Madre del Redentor, que permanecía en oración con los apóstoles tras la resurrección del Señor, encomendamos a la Iglesia en estos momentos y, en particular, la elección del nuevo Papa. Bajo su protección materna, miramos con confianza al futuro.

MENSAJE DE FELICITACIÓN AL SANTO PADRE

Madrid, 19 de abril de 2005

A Su Santidad el Papa
Benedicto XVI

Santidad:

Con gran alegría y con profunda gratitud a Dios Nuestro Señor, hemos tenido noticia de que, en vuestra persona, la Iglesia Católica ha recibido ya un nuevo Pastor universal. En nombre de los Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española, de nuestros colaboradores de esta Casa y en el nuestro propio, expresamos a Vuestra Santidad nuestra completa y afectuosa adhesión filial, al tiempo que le aseguramos nuestro amor por la Sede Apostólica a la que el Espíritu Santo le acaba de llamar.

Conocemos por experiencia, cómo el servicio que el Sucesor de Pedro presta a la Iglesia de Jesucristo, extendida por todo el mundo, ha sido siempre principio y fundamento de la unidad en la fe, en la caridad y en la esperanza. Renovamos hoy, Santo Padre, nuestra disposición más sincera para trabajar en plena comunión con Pedro y bajo Pedro en el anuncio del Evangelio a la Humanidad de nuestros días.

Sabe Vuestra Santidad que cuenta con las oraciones fervientes de los católicos españoles para que el Señor le asista con su luz y su fuerza en el ministerio que Él mismo le ha confiado. Junto con toda la Iglesia glorificamos al Padre de las misericordias que ha regalado una vez más a su Pueblo un guía que le conduzca, en nombre de Jesucristo, por el camino que conduce a la Vida.

De Vuestra Santidad devotísimos hijos,

† Ricardo Blázquez Pérez
Obispo de Bilbao
Presidente de la CEE

Juan Antonio Martínez Camino
Secretario General de la CEE

NOTA CONJUNTA SOBRE LA MODIFICACIÓN JURÍDICA DEL MATRIMONIO

Madrid, 20 de abril de 2005

Con ocasión del debate parlamentario sobre el Proyecto de Ley de modificación del Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio, por el que se pretende modificar la institución del matrimonio para permitir que pueda ser contraído por personas del mismo sexo, las Iglesias cristianas y Confesiones religiosas firmantes de este comunicado desean expresar:

1.- Que el matrimonio monógamo heterosexual forma parte de la tradición judeo-cristiana y de otras Confesiones religiosas y en su estructura básica ha sido y es una institución fundamental en la historia de las sociedades de nuestro entorno cultural.

2.- Que cualquier modificación de la institución matrimonial requiere una profunda reflexión y un amplio diálogo y consenso social, de modo análogo a lo que ocurre con importantes instituciones del Estado. Las Iglesias y Confesiones religiosas firmantes piden que no se modifique la estructura del matrimonio.

3.- Que los derechos que se quieran o deban reconocer a otro tipo de uniones diferentes a la unión matrimonial no deberían afectar a la esencia e identidad

del matrimonio. En su caso, se debería acudir al derecho común para obtener la tutela de situaciones jurídicas de interés recíproco.

Firmado por:

Conferencia Episcopal Española
Mons. Adolfo González Montes
Presidente Comisión Episcopal Relaciones Interconfesionales

Federación de Comunidades Judías de España
D. Jacobo Israel Garzón
Presidente Federación Comunidades Judías

**Comisión Permanente Federación de Entidades
Religiosas Evangélicas de España**
D. José María Baena Acebal
Presidente Federación de Entidades Religiosas Evangélicas de España

Arcipreste Dimitri Tsiamparlis
Vicario General en Funciones
Deán de la Catedral Ortodoxa Griega en Madrid

NOTA ANTE LA DISCUSIÓN PARLAMENTARIA DE UNA LEY INJUSTA SOBRE EL MATRIMONIO

Madrid, 21 de abril de 2005

El Congreso de los Diputados ha puesto hoy a discusión una Ley que desfigura la institución del matrimonio en algo tan elemental como es su constitución por un hombre y una mujer. Se trataría por tanto de una Ley radicalmente injusta y perjudicial para el bien común. Se recuerda la Nota emitida en su día por el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal a este respecto bajo el título de *En favor del verdadero matrimonio*.

2. Las personas homosexuales, como todos, están dotadas de la dignidad inalienable que corresponde a cada ser humano. No es en modo alguno aceptable que se las menosprecie, maltrate o discrimine. Es evidente que, en cuanto personas, tienen en la sociedad los mismos derechos que cualquier ciudadano y, en cuanto cristianos, están llamados a participar en la vida y en la misión de la Iglesia. Condenamos una vez más las expresiones o los comportamientos que lesionan la dignidad de estas personas y sus derechos; y llamamos de nuevo a los católicos a respetarlas y a acogerlas como corresponde a una caridad verdadera y coherente.

3. Con todo, ante la inusitada innovación legal anunciada, tenemos el deber de recordar también algo tan obvio y natural como que el matrimonio no puede ser

contraído más que por personas de diverso sexo: una mujer y un varón. A dos personas del mismo sexo no les asiste ningún derecho a contraer matrimonio entre ellas. El Estado, por su parte, no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien común. Las razones que avalan estas proposiciones son de orden antropológico, social y jurídico.

4. a) Los significados unitivo y procreativo de la sexualidad humana se fundamentan en la *realidad antropológica* de la diferencia sexual y de la vocación al amor que nace de ella, abierta a la fecundidad. Este conjunto de significados personales hace de la unión corporal del varón y de la mujer en el matrimonio la expresión de un amor por el que se entregan mutuamente de tal modo, que esa donación recíproca llega a constituir una auténtica comunión de personas, la cual, al tiempo que plenifica sus existencias, es el lugar digno para la acogida de nuevas vidas personales. En cambio, las relaciones homosexuales, al no expresar el valor antropológico de la diferencia sexual, no realizan la complementariedad de los sexos, ni pueden engendrar nuevos hijos. (...)

El bien superior de los niños exige, por supuesto, que no sean encargados a los laboratorios, pero tampoco adoptados por uniones de personas del mismo sexo. No podrán encontrar en estas uniones la riqueza antropológica del verdadero matrimonio, el único ámbito donde, como Juan Pablo II recordó al Embajador de España ante la Santa Sede, las palabras padre y madre pueden “decirse con gozo y sin engaño”. No hay razones antropológicas ni éticas que permitan hacer experimentos con algo tan fundamental como es el derecho de los niños a conocer a su padre y a su madre y a vivir con ellos, o, en su caso, a contar al menos con un padre y una madre adoptivos, capaces de representar la polaridad sexual conyugal. La figura del padre y de la madre es fundamental para la neta identificación sexual de la persona. Ningún estudio ha puesto fehacientemente en cuestión estas evidencias.

b) La relevancia del único verdadero matrimonio para la vida de los pueblos es tal, que difícilmente se pueden encontrar *razones sociales* más poderosas que las que obligan al Estado a su reconocimiento, tutela y promoción. Se trata, en efecto, de una institución más primordial que el Estado mismo, inscrita en la naturaleza de la persona como ser social. La historia universal lo confirma: ninguna sociedad ha dado a las relaciones homosexuales el reconocimiento jurídico de la institución matrimonial.

El matrimonio, en cuanto expresión institucional del amor de los cónyuges, que se realizan a sí mismos como personas y que engendran y educan a sus hijos, es la base insustituible del crecimiento y de la estabilidad de la sociedad. No puede haber verdadera justicia y solidaridad si las familias, basadas en el matrimonio, se debilitan como hogar de ciudadanos de humanidad bien formada.

Si el Estado procede a dar curso legal a un supuesto matrimonio entre personas del mismo sexo, la institución matrimonial quedará seriamente afectada. Fabricar moneda falsa es devaluar la moneda verdadera y poner en peligro todo el sistema económico. De igual manera, equiparar las uniones homosexuales a los verdaderos matrimonios, es introducir un peligroso factor de disolución de la institución matrimonial y, con ella, del justo orden social.

Se dice que el Estado tendría la obligación de eliminar la secular discriminación que los homosexuales han padecido por no poder acceder al matrimonio. Es, ciertamente, necesario proteger a los ciudadanos contra toda discriminación injusta. Pero es igualmente necesario proteger a la sociedad de las pretensiones injustas de los grupos o de los individuos. No es justo que dos personas del mismo sexo pretendan casarse. Que las leyes lo impidan no supone discriminación alguna. En cambio, sí sería injusto y discriminatorio que el verdadero matrimonio fuera tratado igual que una unión de personas del mismo sexo, que ni tiene ni puede tener el mismo significado social. Conviene notar que, entre otras cosas, la discriminación del matrimonio en nada ayudará a superar la honda crisis demográfica que padecemos.

c) Se alegan también *razones de tipo jurídico* para la creación de la ficción legal del matrimonio entre personas del mismo sexo. Se dice que ésta sería la única forma de evitar que no pudieran disfrutar de ciertos derechos que les corresponden en cuanto ciudadanos. En realidad, lo justo es que acudan al derecho común para obtener la tutela de situaciones jurídicas de interés recíproco.

En cambio, se debe pensar en los efectos de una legislación que abre la puerta a la idea de que el matrimonio entre un varón y una mujer sería sólo uno de los matrimonios posibles, en igualdad de derechos con otros tipos de matrimonio. La influencia pedagógica sobre las mentes de las personas y las limitaciones, incluso jurídicas, de sus libertades que podrán suscitarse serán sin duda muy negativas. ¿Será posible seguir sosteniendo la verdad del matrimonio, y educando a los hijos de acuerdo con ella, sin que padres y educadores vean conculcado su derecho a

hacerlo así por un nuevo sistema legal contrario a la razón? ¿No se acabará tratando de imponer a todos por la pura fuerza de la ley una visión de las cosas contraria a la verdad del matrimonio?

5. Pensamos, pues, que el reconocimiento jurídico de las uniones homosexuales y, más aún, su equiparación con el matrimonio, constituiría un error y una injusticia de muy negativas consecuencias para el bien común y el futuro de la sociedad. Naturalmente, sólo la autoridad legítima tiene la potestad de establecer las normas para la regulación de la vida social. Pero también es evidente que todos podemos y debemos colaborar con la exposición de las ideas y con el ejercicio de actuaciones razonables a que tales normas respondan a los principios de la justicia y contribuyan realmente a la consecución del bien común. Invitamos, pues, a todos, en especial a los católicos, a hacer todo lo que legítimamente se encuentre en sus manos en nuestro sistema democrático para que las leyes de nuestro País resulten favorables al único verdadero matrimonio. En particular, ante la situación en la que nos encontramos, “el parlamentario católico tiene el deber moral de expresar clara y públicamente su desacuerdo y votar contra el proyecto de ley” que pretenda legalizar las uniones homosexuales.

6. La institución matrimonial, con toda la belleza propia del verdadero amor humano, fuerte y fértil, también en medio de sus fragilidades, es muy estimada por todos los pueblos. Es una realidad humana que responde al plan creador de Dios y que, para los bautizados, es sacramento de la gracia de Cristo, el esposo fiel que ha dado su vida por la Iglesia, haciendo de ella una madre feliz y fecunda de muchos hijos. Precisamente por eso, la Iglesia reconoce el valor sagrado de todo matrimonio verdadero, también del que contraen quienes no profesan nuestra fe. Junto con muchas personas de ideologías y de culturas muy diversas, estamos empeñados en fortalecer la institución matrimonial, ante todo, ofreciendo a los jóvenes ejemplos que seguir e impulsos que secundar. En este proyecto de una civilización del amor las personas homosexuales serán respetadas y acogidas con amor.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 156 Euros (mes 13 Euros)
50 ejemplares año . . . 312 Euros (mes 26 Euros)
100 ejemplares año . . . 572 Euros (mes 47,66 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid